

JERONIMO DE MENDIETA

VIDAS FRANCISCANAS



Imprenta Universitaria
MEXICO, 1945

CFA

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

52

RONIMO DE MENDIETA

VIDAS

FRANCISCANAS

VIDAS FRANCISCANAS

Prólogo y edición

Don B. Ispán



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
MEXICO 1955

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

52

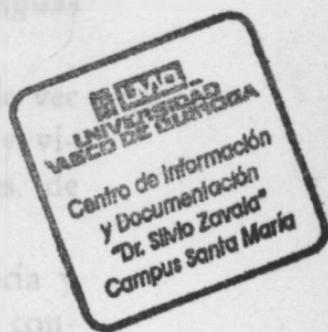
JERONIMO DE MENDIETA

VIDAS FRANCISCANAS

Prólogo y selección

de

Juan B. Iguiniz



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
MÉXICO 1 9 4 5

no cargo para sus defectos, suelta a menudo la pluma, y con libertad verdaderamente apotegmática, señala sin temor humano los abusos, desórdenes, vicios y maldades de los conquistadores, y hasta de los gobernantes, sin respetar del todo ni aun al soberano mismo", según don Joaquín García Lechalaca, a quien se debe el conocimiento de la mayor parte de la obra de este ilustre fraile.

Su *Historia eclesiástica indiana*, que Torquemada y otros aprovecharon para sus escritos, es sin duda una de las más valiosas de cuantas des-

CINCUENTA años de su vida, que casi llegó a los ochenta, estuvo Jerónimo de Mendieta dedicado a tareas de evangelización, como fraile franciscano, paternal con los indios, en cuyas lenguas predicaba más fácilmente que en castellano.

Al escribir en este idioma, como se puede ver en las biografías que siguen, su estilo llano y vigoroso está sembrado a trechos de imágenes, de las cuales trasciende una tenue poesía.

El padre Mendieta, "amador de la justicia y verdad, más inmediato a los tiempos de la conquista, testigo, por lo mismo, de mayores miserias de los indios, y defensor acérrimo de ellos, aunque

A D V E R T E N C I A

no ciego para sus defectos, suelta a menudo la pluma, y con libertad verdaderamente apostólica, señala sin temor humano los abusos, desórdenes, vicios y maldades de los conquistadores, y hasta de los gobernantes, sin respetar del todo ni aun al soberano mismo", según don Joaquín García Icazbalceta, a quien se debe el conocimiento de la mayor parte de la obra de este ilustre fraile.

Su *Historia eclesiástica indiana*, que Torquemada y otros aprovecharon para sus escritos, es sin duda una de las más valiosas de cuantas describen los trabajos de los misioneros. De ella proceden las páginas que forman este tomo de la Biblioteca del Estudiante Universitario.

PROLOGO

I

Fecundo fué el siglo XVI en ingenios ilustres, que con sus brillantes escritos fundaron y cimentaron en México la generación literaria que sin interrupción ha continuado hasta nuestros días, siguiendo en sus distintas actividades la corriente que le han ido demarcando el tiempo y los acontecimientos. Destacóse entre esas figuras el religioso franciscano Fray Jerónimo de Mendieta, que floreció en la segunda mitad de dicha centuria, y que con su bien cortada pluma dió lustre y esplendor a la ciencia y a las letras patrias.

Fué este insigne vástago de la familia seráfica, natural de Vitoria, capital de la Provincia de Alava, en España, donde vió la primera luz hacia 1525, con la particularidad de haber sido el último de los cuarenta hijos que procreó su padre en sus tres matrimonios. En temprana edad, com-

prendiendo lo pasajero de la vida y lo vano de las cosas terrenas, se resolvió a dejar el mundo y a abrazar la religión de los frailes menores en el convento de Bilbao, perteneciente a la provincia de Cantabria, donde vistió el tosco sayal, y transcurrido el tiempo de su noviciado hizo la profesión solemne de sus votos monásticos.

Ya investido de la dignidad sacerdotal y considerando quizá que las paredes de un claustro eran estrechas para saciar sus anhelos de trabajar en la conversión de los infieles, pensó pasar a la Nueva España, donde esperaba encontrar un campo virgen y vasto para el logro de sus propósitos. En 1554, tras de reiteradas instancias, obtuvo sus cartas patentes y la bendición de sus superiores para hacerse a la vela con rumbo a tan ignotas y lejanas tierras.

Después de dos meses de travesía, en los que tuvo que sufrir las penalidades de la navegación y las inclemencias del mar, logró arribar sano y salvo a las ansiadas playas de Veracruz, de las que se encaminó a pie hacia la ciudad de México. Fué destinado desde luego al convento de Xochimilco, en la ribera del pintoresco lago de su nombre, donde se consagró a completar sus estudios, cursando artes y teología bajo la dirección del docto y santo Fray Miguel de Gornales, "uno de los más insignes escolásticos que tuvo la provincia del Santo Evangelio", entre cuyos discípulos se contó como uno de los más aprovechados. Deseoso, cuales habían sido sus miras al venir a estas regiones, de cooperar con sus hermanos en la obra de la civilización y evangelización de los indios, se preparó a tan ardua y meritísima tarea, dedicándose con grande ahinco al aprendizaje de la

lengua mexicana. No obstante las dificultades que para ello en un principio tuvo que vencer, llegó a adquirirla con toda perfección, hasta llegar a convertirse en consumado maestro en ella; "siendo cosa muy notable —asegura su discípulo Fray Juan Bautista— que con adolecer de un defecto natural, el cual era ser tardo de lengua al hablar en castellano, y estar por eso impedido de predicar a los españoles, cuando subía al púlpito para hablar a los indios se expresaba en la lengua de ellos con tal claridad y elegancia que ponía admiración".

Ya en posesión de la lengua nativa y animado de gran celo apostólico por la salvación de las almas, dió principio a sus tareas sembrando la semilla del Evangelio en distintas regiones de la Provincia, a donde la obediencia lo llevaba. De los escasos datos que se tienen acerca de sus labores, se sabe que en 1562 era morador del convento de Toluca y que en 1566 andaba por el rumbo de Tlalmanalco en compañía del provincial Fray Miguel Navarro, con el objeto de inspeccionar el cuerpo del venerable padre Fray Martín de Valencia, cuyo sepulcro encontraron vacío, por haber sido sustraído y ocultado por los indios, temerosos quizás de llegar a perder tan preciada joya, ignorándose hasta la fecha su paradero. No se sabe dónde, pero probablemente en Tlaxcala, fué nuestro religioso súbdito del insigne varón de Dios Fray Toribio de Motolinía.

En 1569 volvió a cruzar los mares con destino a su patria en unión de su grande amigo el referido padre Navarro, que a la sazón era custodio general de la Provincia y que iba a representarla en el capítulo general de la Orden

que se celebró en Francia el año expresado. Acompañaba a su superior seguramente en calidad de secretario, mas habiéndose aquél enfermado en el camino, se vió en la necesidad de interrumpir su viaje y detenerse en España, donde permaneció alternativamente alojado en los conventos de Castro Urdiales y de Vitoria.

Aprovechando el Lic. D. Juan de Ovando, recientemente nombrado presidente del Real Consejo de Indias, la estancia de Fray Toribio en la Península, le consultó graves negocios relacionados con el estado social, político y religioso de la Nueva España, informándolo de todo con conocimiento de causa y sugiriéndole, con el acierto y la franqueza que lo caracterizaban, los remedios necesarios para corregir los males que se hacían sentir. Quizás se hayan tomado en cuenta sus sugerencias, aunque resultaban impracticables dados los intereses creados que había de por medio y que obstruían su realización. Sin embargo, se logró la creación de la Comisaría General de Indias, instituída por el general de la Orden por patente dada en París el 7 de abril de 1572, cabiéndole a Fray Jerónimo la honra de haber sido ideado por él tan importante establecimiento, que tantos frutos acarreó a la religión franciscana en ambas Américas.

Hallábase tranquilo en su convento de Vitoria, cuando recibió orden del padre general Fray Cristóbal de Capitefontium, datada en Roma el 26 de junio de 1571, de regresar, en la primera ocasión que juzgare cómoda y oportuna, a la Provincia del Santo Evangelio, en virtud de que sus trabajos todavía eran necesarios en la Nueva España.

Ordenósele además se encargase de escribir la historia de la obra civilizadora y doctrinal llevada a cabo por los franciscanos en esa región, mandato que está concebido en los términos que siguen: "Y porque en los años han obrado los santos religiosos de nuestra Orden en la conversión de los gentiles muchas cosas dignas de memoria, os mandamos también por la presente, que de todo cuanto podáis saber acerca de ello, hagáis una historia en lengua española y nos la enviéis en primera ocasión, para lo cual os concedemos el tiempo y lugar necesarios."

En virtud de la obediencia, tomó desde luego las providencias necesarias para acatar la orden, mas motivos ajenos a su voluntad no le permitieron retornar a México sino hasta fines de 1573 o principios del año inmediato. Volvió trayendo consigo nuevo contingente de religiosos que venían a reforzar las filas franciscanas, y su llegada fué muy celebrada por sus hermanos, que lo estimaban por sus altas prendas, y que quizás tuvieron motivos suficientes para temer que, en virtud de sus merecimientos, se le llegara a detener en su patria y lo perdieran para siempre.

En esta época, que podemos considerar como la segunda etapa de su vida religiosa en México, no llegaron a desmerecer en lo más mínimo sus actividades. Consta por relaciones que en 1575 y 1576 era guardián del convento de Xochimilco, tiempo en que acaeció la asoladora peste que diezmo a los indios; hacia 1580 habitaba en el de Tlalteolco, en los suburbios de México, y en 1585 el comisario visitador Fray Alonso Ponce lo nombró presidente del de Tlaxcala por ser "fraile viejo, honrado y principal, y bue-

na lengua mexicana", y en atención a estas circunstancias lo tomó por algún tiempo como intérprete. En 1588 estuvo en los conventos de la Puebla de los Angeles y de Santa Ana, cerca de Tlaxcala, y tres años después figuraba como guardián del de esta ciudad. En 1597 desempeñó igual cargo en el de Xochimilco, y gobernó también, aunque no se sabe cuándo, los de Tepeaca y Huexotzingo. Durante dos trienios ejerció por elección el cargo de definidor de la Provincia, y por humildad y quizás también por exceso de trabajo, renunció la guardianía del convento grande de México. Admirase el mejor de sus biógrafos de que, dados los grandes méritos que lo adornaban, no se le hubiese conferido el provincialato.

Era tan alto el crédito de que gozaba, que en cierto capítulo provincial, en que la Provincia se hallaba representada por sus más graves y distinguidos miembros, le fué encomendada la distribución de los oficios, así de guardianes de los conventos, como de intérpretes o lenguas para doctrinar a los indios. Realizó tan delicada tarea mientras los demás religiosos imploraban el auxilio divino, y una vez terminada presentó la tabla ante el definitorio, habiendo parecido tan bien a todos el tino y acierto con que estaba formada, que conforme la iba leyendo la iban aprobando los padres de él, y a su vez el prelado superior confirmando sin la menor objeción.

Como buen franciscano fué un verdadero padre de los indios. Dadas las condiciones por que en esa época atravesaban los naturales, oprimidos por los abusos y ambiciones de sus dominadores, se interesaba grandemente por ellos,

los auxiliaba en sus necesidades, los amparaba contra los desmanes de los encomenderos y luchaba con ardor por mejorar su precaria situación. Llegó a tal extremo el amor que les profesaba, que en más de una ocasión, por salir a su defensa, llegó hasta ser injusto con los españoles. Siendo guardián de Tlaxcala, tomó particular empeño en que salieran de esa región cuatrocientas familias indígenas para ir a poblar en el centro del país las regiones ocupadas por los salvajes chichimecas. Además, se preocupó por reunir en poblaciones a los indios que, huyendo de los españoles, vivían dispersos en campos y montañas, con el objeto de atraerlos a la civilización y reducirlos más fácilmente al redil de la Iglesia.

Poseía el padre Mendieta una gran facilidad para escribir, y por la claridad y tersura de su estilo se le llegó a llamar el Cicerón de la Provincia. Aprovechando tan felices dotes, sus superiores le encomendaban generalmente la redacción de los memoriales, cartas y otros documentos de importancia, tarea en la que dejaba a todos complacidos. En atención a la rectitud de su juicio, prudencia y saber, no pocos funcionarios, tanto civiles como eclesiásticos, con frecuencia ocurrían a él en demanda de pareceres y dictámenes acerca de graves y complejos negocios, cuya solución requería luces especiales. Y en virtud de dichos méritos, se le encomendó la revisión de varias obras escritas por los religiosos de su Orden, a fin de obtener las licencias necesarias para proceder a su publicación.

Fué además un religioso observantísimo de las reglas de su instituto, estricto en el cumplimiento de sus deberes

y escrupuloso en el desempeño de los cargos y oficios que se le encomendaban. “Y en todos estos oficios —asienta el padre Torquemada— se mostraba muy prudente, seguía la vida común, así en la comida como en el vestuario y calzado, sin usar de lienzo ni otra ropa que excediese a la ordinaria. Era muy devoto de la Madre de Dios y de los misterios que suelen contemplarse cuando se reza su corona y rosario, los cuales hacía pintar en una tabla en las casas donde estaba, y las ponía en el coro para que todos participaran de aquella devoción; y hay de estas tablas en algunas partes. Pintaba en algunas partes todos los misterios de nuestra redención para que los indios mejor los entendiesen y otras muchas cosas de las Sagradas escrituras del Testamento Viejo, porque era religioso muy ocupado. Y cuando no tenía qué hacer (después de los ratos de su oración y devociones) se ocupaba en rotular los libros de la librería y convento, porque decía que el fraile ocioso estaba en grande peligro y riesgo de su conciencia. Por esto nunca estaba ocioso este discretísimo varón, antes se ocupaba a veces haciendo el oficio de Marta, trabajando de sus manos, y a veces el de María, ocupándose en la oración y contemplación. Era hombre muy sufrido y muy compuesto en sus razones: guardaba mucho silencio y hacía muy continuas y ordinarias disciplinas: jamás dejaba de seguir el coro a todas las horas hasta que ya fué muy viejo y cayó en la última enfermedad de la cual murió.”

Compenetrado del espíritu del Patriarca de Asís, fué tal su desprendimiento de las cosas terrenas y su desprecio a las honras y dignidades humanas, que movido por estos

sentimientos propuso al general de la Orden la fundación de una especie de cofradía entre los religiosos, cuyos individuos se obligarían a no pretender nunca oficio alguno en la religión ni fuera de ella, y a no tomar en consideración al dar sus votos en las elecciones capitulares, sino los méritos de los sujetos, sin atender a su nacionalidad o residencia. Mas sus buenos deseos, encaminados al logro de la mayor perfección espiritual de los asociados, no llegaron a realizarse.

Fray Juan Domayquía resume las virtudes y dotes que lo adornaban, en estas breves, pero significativas frases: "Fué el padre Mendieta insigne predicador, hombre muy docto y de vida tan santa y ejemplar, que muy bien pudiéramos escribirle en el catálogo de los varones ilustres que ha habido en la Orden."

En medio de los deberes inherentes a su estado religioso y las cargas y tareas de diversa índole que, como hemos visto, le impuso la obediencia y la disciplina, se consagró a escribir la historia de la Provincia del Santo Evangelio, tal como la superioridad se lo había encomendado. Debido a que no le fué posible consagrar todo su tiempo a tan ímproba y delicada misión, empleó en ella largos veinticinco años, y al cabo vino a terminarla en 1596; mas la perfección de la obra correspondió con creces al tiempo empleado en prepararla y redactarla. Inmediatamente la remitió a España para su publicación, mas por motivos que después veremos no llegó a darse a la estampa y permaneció punto menos que ignorada en la librería de algún convento, sin que le hubiese cabido a su autor la natural satisfacción de

verla impresa y de que sus afanes hubieran sido mejor aprovechados. Fué preciso que transcurrieran más de dos centurias para que una mano generosa la sacara del olvido en que yacía y la diera a conocer por medio de la imprenta.

Rendida su naturaleza por tantos trabajos y fatigas, a los que se agregaba la pesada carga de los años que sobre sí llevaba, presintió que su fin se acercaba y rogó a Dios que su última enfermedad fuese penosa, a fin de purgar de esta suerte sus culpas y caídas en esta vida. "Fué la enfermedad —agrega el padre Torquemada— un desbarato del estómago, que rompió en sangre, la cual le duró mucho tiempo y le obligó a irse a la enfermería, donde estuvo muchos meses padeciendo de ella mucho. Mostró en esta enfermedad grandísima paciencia, y nunca la perdió por más que le afligiese: porque consideraba este considerado varón, que siendo de la mano poderosa del Señor y concedida a su petición, que le había de ser regalo."

Confortado con los postreros auxilios de la Iglesia, que recibió con el fervor y la tranquilidad de un varón santo, y rodeado de los religiosos sus hermanos, que lo acompañaron hasta recoger su último aliento, entregó su alma a su Creador en el convento grande de México, el 10 de mayo de 1604, próximo a cumplir los ochenta años de su edad. Sus venerables restos, después de las humildes honras fúnebres celebradas por su alma, fueron sepultados en el referido monasterio. Con su muerte perdió la Provincia un religioso ejemplar y un docto consejero, y los indios un ferviente y decidido protector.

II

Si juzgamos la producción bibliográfica de Fray Jerónimo de Mendieta por el número de sus escritos que han llegado hasta nosotros, tendremos que convenir que su pluma no fué muy fecunda; pero si analizamos su calidad, nos convenceremos de que su mérito es de altísima e indiscutible importancia. Con el objeto de dar a conocer tan meritísima producción, la dividiremos en dos grupos, incluyendo en el primero su obra histórica, y en el segundo sus piezas documentales y doctrinales.

Entra en el primero de dichos grupos su Historia eclesiástica indiana, de cuya existencia, hasta hace cerca de un siglo, sólo se tenían noticias por referencias de algunos autores. Ya se consideraba perdida para siempre, cuando en 1860 nuestro eminente historiador don Joaquín García Icazbalceta, a quien debe nuestra historia la publicación de tantos y tan valiosos documentos, tuvo aviso de que entre los papeles que dejó a su fallecimiento el célebre bibliógrafo español don Bartolomé José Gallardo, se encontraba el original manuscrito de tan deseada joya bibliográfica. Ante tan halagüeña noticia, se apresuró a hacer las gestiones necesarias para adquirirla por medio de su amigo el erudito librero don José María Andrade, que a la sazón se hallaba en España, logrando por tan eficaz conducto haberla a las manos para beneficio de nuestras letras.

Ya en posesión del manuscrito, se propuso no sólo conservar para su uso y regalo, sino en vista de su importan-

cia, darlo a la estampa para salvarlo del olvido y que fuera debidamente aprovechado. Para ello se impuso la dura tarea de paleografiarlo, modernizando su ortografía para facilitar su lectura, aunque conservando fielmente los giros arcaicos, con el objeto de que su estilo no perdiera su carácter, e ilustrando el texto con algunas notas aclaratorias.

Terminada esta labor, en la que empleó varios años y a la que prestó toda su atención, la dió a la imprenta a sus expensas, en lujosa, correcta y bien acabada edición, que muy bien puede estimarse como una de las mejores producciones de la tipografía mexicana. Fué obra de los peritos impresores don Francisco Diaz de León y don Santiago White, y consta de un grueso volumen en folio, de xlv páginas preliminares y 790 de texto, con la portada que sigue: *Historia eclesiástica indiana*. Obra escrita a fines del siglo XVI por Fray Gerónimo de Mendieta de la Orden de San Francisco. La publica por primera vez Joaquín García Icazbalceta. México. Antigua Librería, Portal de Agustinos N^o 3. M.DCCC.LXX.

Integran los preliminares las piezas que siguen: Advertencia.—Índice.—Correcciones.—Noticias del autor y de la obra, por el editor.—Tabla de correspondencias entre la Historia eclesiástica indiana de Fr. Gerónimo de Mendieta y la Monarquía indiana de Fr. Juan de Torquemada, por el mismo.—Obediencia del general de la Orden para el autor, dada en Roma, a 27 de junio de 1571.—Carta dedicada a nuestro padre Fray Antonio de Trejo, lector jubilado y comisario general de toda la familia de las Indias de nuestro Seráfico Padre San Francisco, suscrita en Vitoria

a 1º de julio de 1611, por Fray Juan de Domayquía.—
 Prólogo al devoto lector, por el mismo.—Advertencias
 preámbulas y lo que contiene esta historia, por el mismo.

El texto se halla dividido en cinco libros, subdivididos
 a su vez en capítulos, cuyos títulos indican su respectivo
 contenido, en el orden que sigue:

*Libro primero, que trata de la introducción del Evan-
 gelio y fe cristiana en la Isla Española y sus comarcas, que
 primeramente fueron descubiertas.*

*Libro segundo, que trata de los ritos y costumbres de
 los indios de la Nueva España en su infidelidad.*

*Libro tercero, en que se cuenta el modo como fué intro-
 ducida y plantada la fe de Nuestro Señor Jesucristo entre
 los indios de la Nueva España.*

*Libro cuarto, que trata del aprovechamiento de los in-
 dios de la Nueva España y progreso de su conversión.*

*Libro quinto. Primera parte, en que se cuentan las vi-
 das de los claros varones, apostólicos obreros de esta nueva
 conversión, que acabaron en paz con muerte natural. Se-
 gunda parte, que trata de los frailes menores que han sido
 muertos por la predicación del santo Evangelio en esta
 Nueva España.*

*Termina el volumen con una copiosa Tabla de las cosas
 notables en él contenidas, que facilita grandemente su con-
 sulta.*

*“Para escribir su obra —dice García Icazbalceta— se
 valió el Padre Mendieta de las fuentes ordinarias de la his-
 toria, es a saber, de los escritos de otros frailes sus prede-
 cesores; de las noticias verbales que le dieron los que aún*

vivían, y de lo que él mismo vió y supo en su tiempo. Entre los escritos que le fueron de mayor utilidad, cuenta los de Fray Andrés de Olmos, y los de Fray Toribio de Motolinía: sirvióse, además, de la Vida de Fray Martín de Valencia, escrita por su compañero Fray Francisco Jiménez, y tuvo también en su poder los once, doce o trece libros de Fray Bernardino de Sahagún, que trataban de las antigüedades de la tierra. A juzgar por lo que tenemos impreso de este autor, parece que el Padre Mendieta no hizo uso de sus escritos: una sola referencia hace a ellos, y no es de extrañarse, puesto que el asunto principal del Padre Sahagún son las antiguallas de los indios, y éstas las trató el Padre Mendieta per transennam, como una introducción necesaria para entender bien lo que iba a escribir de la conversión de los indios a la fe cristiana, objeto capital de su Historia. La Vida de Fray Martín de Valencia por Fray Francisco Jiménez se ha perdido hace mucho tiempo: en todo caso no pudo servir a nuestro Mendieta sino para este asunto especial: siendo de notar que lo que escribe en su Historia se encuentra poco más o menos, en la del Padre Motolinía. Acaso ambos bebieron en la misma fuente, que sería el escrito de Fray Francisco Jiménez."

El mérito de la obra del padre Mendieta se destaca a primera vista y constituye, desde diversos aspectos, una de las más preciadas producciones históricas de su época. El gran acopio de datos y noticias que proporciona, la forma metódica en que los expone, el juicio atinado y justo de sus apreciaciones, y el estilo claro, terso y vehemente en que está redactada, colocan a su autor entre los más cons-

picuos y eruditos historiadores y entre los más galaños escritores del siglo XVI.

“El Padre Mendieta —agrega García Icazbalceta—, hombre de carácter enérgico, celoso de la honra de Dios y enemigo de los vicios; amador de la justicia y verdad, más inmediato a los tiempos de la conquista, testigo, por lo mismo, de mayores miserias de los indios, y defensor acérrimo de ellos, aunque no ciego para sus defectos, suelta a menudo la pluma, y con libertad verdaderamente apostólica, señala sin temor humano los abusos, desórdenes, vicios y maldades de los conquistadores, y hasta de los gobernantes, sin respetar del todo ni aun al soberano mismo.”

Mas esa libertad de expresión, que constituye una de las grandes cualidades de la obra de nuestro religioso, impidió seguramente su publicación, no obstante su relevante valor intrínseco y las gestiones que creemos se han de haber puesto en juego para conseguirla. Sabido es que la censura, sin cuyo requisito no era posible dar a la estampa ninguna producción intelectual, se mostraba muy severa al tratarse de obras procedentes de América, y era celosísima de que los derechos reales no fueran vulnerados en lo más mínimo y de que se defendiera la justicia de las razas conquistadas y oprimidas por el yugo de sus dominadores.

Una producción de tan patente valer, cual lo es la del padre Mendieta, aun cuando hubiese sido condenada a la obscuridad, impidiéndose su divulgación, no podía pasar desapercibida y servir únicamente de pasto a la polilla. Varios escritores de la Orden, que pudieron enterarse de ella y apreciar su mérito, la utilizaron con provecho en la redac-

ción de sus obras. Mucho tiempo antes de que estuviese concluída, se le pidió de Roma a su autor enviara lo que tenía escrito, y acatando el mandato, remitió las biografías de los doce primeros religiosos y de otros que después fueron de la Provincia de San Gabriel, las que fueron facilitadas a Fray Juan Bautista de Moles, quien las reprodujo en castellano en su Memorial de la Provincia de San Gabriel (Madrid, 1572), y posteriormente el padre general Fray Francisco Gonzaga las insertó en latín en su crónica De origine Seraphicae Religionis Franciscanae (1587). Otros varios religiosos se aprovecharon de su contenido con mayor o menor ventaja, ya sea directamente o a través de las obras mencionadas, pero mejor que nadie el padre Torquemada, quien lo vació casi íntegro en su Monarquía indiana (Sevilla, 1615), aunque suavizando u omitiendo aquellos conceptos que en alguna forma podían lastimar, tanto a los religiosos de otras órdenes, como a los españoles en general. Así lo ha demostrado el acucioso García Icazbalceta en su Tabla de correspondencias, que precede a la edición de la obra.

Refiriéndonos ahora al segundo grupo en que hemos clasificado las producciones de Fray Jerónimo, y que logró acopiar el mismo García Icazbalceta, a quien ha cabido en suerte ser el editor de casi todos los productos de su pluma, consta de un buen número de memoriales, cartas y otras piezas dirigidas al rey, al Consejo de Indias, a los virreyes y a los prelados de la Orden, acerca del estado del Virreinato, la administración de la justicia, la condición de los indios, la cuestión de las doctrinas, el reparto de los diez-

mos, la relajación del clero, la situación de las religiones y otros asuntos de interés general y privado.

Ordenado debidamente el material, lo dió a luz en un volumen de xxxix páginas preliminares y 199 de texto, en tamaño cuarto, bajo el título de *Cartas de religiosos de Nueva España. 1539-1594*. México. Antigua Librería de Andrade y Morales, Sucesores. Portal de Agustinos núm. 3. 1886. Forma el primer tomo de la Nueva colección de documentos para la historia de México, editada por el propio García Icazbalceta, y le precede su erudita biografía de *Mendieta, corregida y aumentada, que había insertado al frente de la Historia eclesiástica indiana*. La mayor parte de los documentos que integran el volumen son obra de nuestro franciscano: unos por estar calzados con su firma y otros por existir motivos para atribuírselos. He aquí la nómina de aquellos cuya paternidad de hecho le corresponde:

Carta al Padre Comisario General Fray Francisco de Bustamante.—Toluca, 1º de enero de 1562.

Carta al Rey Don Felipe II.—Toluca, 8 de octubre de 1565.

Carta al Ilustre Señor Licenciado Joan de Ovando, del Consejo de S. M. en la Santa y General Inquisición y Visitador de su Real Consejo de Indias.

Carta al Ilustre Señor Licenciado Joan de Ovando, del Consejo de S. M. y visitador de su Real Consejo de Indias.

Carta al Muy Ilustre Señor Don Juan de Ovando, Presidente del Consejo Real de Indias.—Vitoria, 15 de septiembre de 1571.

Carta al Muy Ilustre Señor Don Juan de Ovando, Presidente del Consejo Real de Indias.

El orden con que los religiosos de San Francisco que residen en Indias podrían ser regidos mejor que ahora, y hacér más fruto en aquella obra.—Vitoria, 6 de noviembre de 1571.

Otra para el Licenciado Juan de Ovando, con Cristóbal de Horán.

Otra para el mismo, con el Padre Valadés.—Vitoria, 25 de marzo de 1572.

Carta para el Padre Francisco de Guzmán, recién instituído en Comisario General de todas las Indias.—Castro de Urdiales, 26 de noviembre de 1572.

Carta para el Ministro General Fray Francisco Gonzaga, persuadiéndolo a tratar cierta espiritual y muy provechosa cofradía.

Aún no terminaba la impresión del volumen, cuando don Joaquín García Icazbalceta tuvo noticias de que en el "British Museum" de Londres se encontraba un códice compuesto en su mayor parte de documentos semejantes a los que había insertado en las Cartas franciscanas, incluso algunos de ellos. Movidó por su afán de ilustrar nuestra historia, no escatimó diligencia a fin de adquirir buenas copias de dichas piezas, lo que al fin logró a costa de empeño y de dinero. Después de estudiar diligentemente su contenido, llegó a la conclusión de que la segunda parte del códice fué compaginada por el padre Mendieta, con excepción de las dos últimas piezas, que son posteriores a su fallecimiento. Ordenó su contenido por orden cronoló-

gico, restableciéndolo hasta donde le fué posible, por encontrarse varios documentos sin fecha, bautizó la colección con el nombre de Códice Mendieta y lo dió a la estampa, incluyéndola en los tomos IV y V de su mencionada Nueva colección de documentos para la historia de México.

Ocupa dos volúmenes en cuarto, de xvi y 280 páginas el primero, y de (5) y 280 el segundo, precediendo a aquél la portada que sigue: Códice Mendieta. Documentos franciscanos. Siglos XVI y XVII. Tomo primero. México. Imprenta de Francisco Díaz de León. Avenida Oriente 6, N° 163. 1892. La portada del segundo es idéntica, con la única diferencia del ordinal del tomo. Contienen del padre Mendieta las piezas que siguen:

Carta para el Rey Don Felipe, nuestro Señor, en nombre de los Padres Provincial y Difinidores, escrita en el mismo Capítulo de los Angeles, 1564.

Carta para el Confesor del Rey, Fray Bernardo de Fresneda, Obispo de Cuenca, en nombre del Padre Provincial.— Tlaxcala, 20 de mayo de 1564.

Otra Carta para el Rey Don Felipe, nuestro Señor, en nombre de los dichos padres Provincial y Difinidores.— México, 26 de agosto de 1564.

Otra para Su Majestad en favor de Don Luis de Velasco, en nombre de los dichos Provincial y Difinidores.— México, 28 de agosto de 1564.

Otra tercera Carta para el Rey Don Felipe, nuestro Señor, en nombre de los dichos Padres Provincial y Difinidores, escrita el año de 1565.

Carta para todo el Consejo Real de Indias, en nombre de los dichos Padres Provincial y Definidores.

Carta para Tello de Sandoval, Presidente del Consejo de Indias, en nombre del Provincial.

Carta para el Rey Don Felipe, nuestro Señor, en nombre del Padre Provincial, sobre el alzamiento que se dijo querían hacer algunos de la tierra.—México, 8 de agosto de 1566.

Carta para el Rey, nuestro Señor, en respuesta de otra de Su Majestad, en nombre de solo el Provincial Fray Miguel Navarro.

Carta del mismo Provincial para el Licenciado Ovando, Visitador del Consejo Real de Indias.—México, 15 de noviembre de 1569.

Parecer cerca de la necesidad que hay de juntar los indios de la provincia de Tlaxcalla que están derramados, y de la traza que para ello se podría dar.

Avisos para nuestro Reverendísimo Padre General Comisario de las Indias.

Lo que Fray Hierónimo de Mendieta escribió ahora últimamente al Padre General de la Orden de San Francisco es lo que se sigue.

Respuesta a la dicha carta del Padre Comisario General de Indias Fray Francisco de Guzmán.

Para el Reverendísimo Padre Comisario General de todas las Indias en Corte de Su Majestad.—México, 1574.

Respuesta al Sr. Virrey.—Tlaxcalla, 13 de julio de 1580.

Carta sobre las pasadas.—Tlaxcalla, 10 de agosto de 1580.

Carta para el mismo Señor Virrey Don Martín Enríquez.—Tlaxcalla, 19 de septiembre de 1580.

*Carta para el Señor Virrey nuevo Don Lorenzo Xuí-
rez de Mendoza y Figueroa, Conde de la Coruña.—Tlax-
calla, 16 de septiembre de 1580.*

*Traza de Ermitorios para Religiosos que desean reco-
gerse, propuesta en Difinitorio, año de 1591.*

*Memorial que envió al Reverendísimo Padre General
Fray Francisco de Gonzaga, año de mill y quinientos y
ochenta y dos, para tratarlo con Su Majestad.*

*El Memorial de arriba para Su Santidad en favor de
los Naturales se envió al Padre Fray Diego Valadés en
esta forma, y es la que sigue.*

*La Memoria que di al Padre Custodio de Zacatecas, es
la siguiente.*

*Memorial de las tres órdenes a la Real Audiencia de
México, pidiendo se difiriese el cumplimiento de la cédula
de S. M. sobre provisión de ministros a los naturales.*

*En el tomo segundo se registran los documentos que
siguen:*

*Carta para Don Pedro Moya de Contreras, Arzobispo
de México y Gobernador de esta Nueva España, por los de
Huexotzinco.—Huexotzinco, 16 de mayo de 1585.*

*Carta para el Padre Fray Gaspar de Ricarte, que fué a
España, contra el repartimiento de los indios.*

Memorial de algunas cosas que conviene representar al Rey Don Felipe, nuestro Señor, para descargo de su real conciencia.—Ciudad de los Angeles, 15 de abril de 1587.

*Consideraciones cerca de los indios de la Nueva España.
Cerca de la segunda Cédula de los Curatos.*

Carta para el Virrey Marqués de Villamanrique, pidiéndole la paz y asiento de esta Provincia.—Tochimilco, 29 de septiembre de 1587.

Carta para el Padre Provincial Fray Pedro de San Sebastián, que estaba en Quamantla aguardando al Marqués de Villamanrique que venía por Virrey, persuadiéndole la paz con el Padre Comisario.—Acatzingo, 15 de octubre de 1587.

Respuesta a una carta del Virrey.—Tuchimilco, 29 de octubre de 1587.

Carta para el Padre Comisario General.—Tuchimilco, 9 de noviembre de 1587.

Carta para el dicho Padre Comisario, enviada de Sanct Francisco de la Puebla al convento de Sancta Bárbara con el Padre Fray Francisco de Liñán.—25 de noviembre de 1587.

Carta para el Señor Obispo de Tlaxcala Don Diego Romano.—Sancta Ana de Tlaxcala, 6 de marzo de 1588.

Carta para el Padre Fray Bernardino de Sanciprián, Comisario General de la Nueva España.—Sancta Ana de Tlaxcala, 11 de octubre de 1588.

Carta para el Rey Don Felipe, nuestro Señor, cerca de la necesidad que hay de emendar el gobierno de la Nueva España.—Tepeacac, 24 de mayo de 1589.

Carta para Don Pedro Moya de Contreras, Arzobispo de México, sobre la misma materia.—Tepeacac, 25 de mayo de 1589.

Copia del cuaderno que envié al Arzobispo de México. Iba este tema de letra grande: "Castigo del cielo se debe aguardar si el gobierno de la Nueva España no se enmienda." Luego comencé por esta consecuencia.

Carta para el Virrey Don Luis de Velasco, recién llegado al puerto.—Tepeacac, 30 de diciembre de 1589.

Carta para el Obispo de Tlaxcala, en confirmación de otra que escribí al Virrey Don Luis de Velasco, cerca de cierta pregunta que me hizo.—Tepeacac, 9 de enero de 1590.

Carta para el Virrey Don Luis de Velasco, cerca de las necesidades de la Provincia de Tepeacac.—Tepeacac, 15 de enero de 1590.

Carta para el Arzobispo de México Don Pedro Moya de Contreras, Visitador del Consejo Real de Indias.—Tepeacac, 30 de enero de 1590.

La Copia del Tratado que envié a España al Arzobispo de México, contenida supra, envié también a México al Virrey Don Luis de Velasco, con la carta que se sigue.—Tepeacac, 20 de junio de 1590.

Carta para el Virrey Don Luis de Velasco, sobre que no se dé lugar para que los indios revoltosos levanten pleitos.—Tlaxcalla, 20 de febrero de 1591.

Carta para el mismo Virrey, consolándolo de la ida de sus hijos a España.—Tlaxcala, 25 de abril de 1591.

Carta para el mismo Virrey, en recomendación de dos personas pobres.—Tlaxcala, 27 de abril de 1591.

Carta para el mismo Virrey sobre que no haga caso de que murmuren, como él haga lo que debe.—Tlaxcala, 26 de junio de 1591.

Carta para el Virrey Don Luis de Velasco, sobre el alzamiento de unos chichimecos, y sobre los cuatro reales que quieren añadir a cada indio.—Xuchimilco, 14 de mayo de 1592.

Carta para el mismo Virrey sobre los cuatro reales de servicio, y repartimiento de los indios.—Xuchimilco, 31 de julio de 1592.

Carta de réplica para el Virrey, sobre la misma materia.—Xuchimilco, 4 de agosto de 1592.

Carta para el Virrey Conde de Monterrey, por los indios.—Huexotla, 17 de enero de 1596.

Finalmente, años después, otro de nuestros más eruditos historiadores, el R. P. Mariano Cuevas, S. J., a quien igualmente se debe la exhumación de importantes documentos, encontró en el Archivo General de Indias de Sevilla tres nuevas cartas del Padre Mendieta, que dió a conocer en sus Documentos inéditos del siglo XVI para la historia de México. (México, 1914.) Estas son:

Carta a un Ilustrísimo Señor (Presidente del Consejo?).—Santiago Tlaltelolco, 8 de septiembre de 1574.

Carta a un Ilustrísimo Señor.—México, 20 de marzo de 1574.

Carta a Felipe II.—Puebla de los Angeles, 15 de abril de 1587.

De los escritos en mexicano del Padre Mendieta nada se conoce. Sus papeles los donó a su discípulo Fray Juan Bautista, quien los utilizó en su Sermonario mexicano (México, 1606), y asegura que escribió poco, aun cuando, según lo dejamos asentado, fué un consumado nahuatlato y fecundo orador sagrado. No sería remoto que alguna de sus piezas oratorias figurara en la colección de manuscritos mexicanos de la Biblioteca Nacional, integrada principalmente por sermones y pláticas, desgraciadamente anónimos.

En breves y mal forjadas frases hemos reseñado la fecunda vida y dado a conocer la valiosa producción intelectual de Fray Jerónimo de Mendieta, sin otro fin que el de recordar a la juventud la memoria imperecedera de tan insigne franciscano.

JUAN B. IGUÍNZ

Fuentes: Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana*, Sevilla, 1615. —Vetancourt, Agustín de, *Menologio franciscano*, México, 1679. —Beristáin de Souza, José Mariano, *Biblioteca hispano americana septentrional*, México, 1819. —García Icazbalceta, Joaquín, *Biografía de Fray Jerónimo de Mendieta* (en sus *Cartas de Religiosos de Nueva España*, México, 1886). —Chavero, Alfredo, *Apuntes viejos de bibliografía mexicana*, México, 1903.



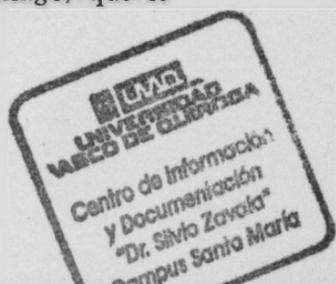
FRAY MARTIN DE VALENCIA

I

La vida del santo Fray Martín de Valencia escribió tres años después de su muerte el gran siervo de Dios Fray Francisco Jiménez, muy familiar de este varón santo, y uno de los once sus compañeros. Fué Fray Martín de Valencia natural de la villa de Valencia de Don Juan, en tierra de Campos, la cual está situada entre la ciudad de León y la villa de Benavente; hijo de padres honrados según el mundo, y de creer es serían buenos cristianos y que criarían a este su hijo en su tierna edad con la leche del temor de Dios en loables y santas costumbres, pues según lo que está escrito, "el árbol bueno es el que comunmente trae los buenos fructos". Y en otro lugar se dice: "El buen

hijo y sabio, arguye doctrina en su padre." Y muy raro acaece salir hijo virtuoso de padres viciosos, como la rosa entre las espinas. Verdad es que de la crianza de este siervo de Dios en su puericia y juventud ni de sus primeras inclinaciones y costumbres en aquella edad ninguna cosa hay escrita, porque él era tan humilde y despreciado, y tan señor de su lengua, que nunca trataba pláticas infructuosas, y menos tocantes a su propia persona. Pero bien se deja entender de la vida que en su media y postrimera edad hizo, en que permaneció y acabó, que la primera fué prevención de las bendiciones de dulzura del Señor. Y que entonces hizo tales obras, que mereció alcanzar de Dios la alteza de perfección de vida y ser llamado a mayores cosas, y tenido en memoria perpetua en la tierra, como creemos lo es en los cielos. Porque según el sabio dice, de los ejercicios y ocupaciones a que el hombre se aplica, se conoce la mala o buena inclinación de su mocedad. La noticia que de este apostólico varón se tiene, es desde que tomó el hábito de nuestro padre San Francisco en el convento de Mayorga, de la provincia de Santiago. En la cual determinación fué muy guerreado del demonio, que como astuto y experimentado, conocía de sus deseos, obras y vida pasada en el hábito seglar, la mejoría que con la mudanza de estado había de tener, mudando la vestidura del hombre viejo en otro nuevo, según convenía a hijo legítimo y verdadero imitador de tal padre como San Francisco. Y así padeció sobre el caso graves y terribles tentaciones de inconvenientes y estorbos que el enemigo le ponía por delante, mas él las venció con la gracia y ayuda del Señor. Tuvo por maestro

al devoto padre Fray Juan de Argomanes, que después fué provincial en la misma provincia de Santiago. Siendo novicio leyó el libro de las conformidades del padre San Francisco, en cuya leyenda fué muy alumbrado su espíritu, y comenzó a gustar y conocer la virtud de la pobreza, y a concebir ferventísimo celo de ella y deseo de la perfección, en tanto grado, que siendo ya profeso y venida a su noticia la fama de la estrecha observancia y de la reformación que en algunas casas que ahora son de la provincia de la Piedad en el reino de Portugal, y en otras de Extremadura, hacía el varón de Dios Fray Juan de Guadalupe (que a la sazón allí residía), procuró de pasar a ellas no sin mucho trabajo y dificultades que el adversario le causó, y los religiosos de su provincia (por no perder su santa compañía) le pusieron. Mas a todas se ofreció de buena voluntad, a trueque de alcanzar lo que su alma deseaba, que era estar en parte adonde con más estrechez y rigor guardase la vida y regla que había profesado, y tener por maestro y dechado un varón tan probado y perfecto religioso como era Fray Juan. En cuya compañía y conversación como hubiese estado, siguiendo sus pisadas en pobreza y humildad (a la manera de San Hilarión cuando fué a tomar ejemplo de vida y costumbres del glorioso San Antonio), volvió (ordenándolo el Señor) a su provincia de Santiago, hecho ya maestro en la escuela de virtudes, y con deseo de ayudar y honrar a su madre, adonde había profesado, y de sembrar en ella la doctrina de aprovechamiento espiritual que había aprendido. Aunque esto fué habiendo sido primero rogado de los religiosos de la dicha provincia de Santiago, que se



volviese a ella y que le darían una casa donde pusiese toda la perfección y estrechez que quisiese. Y aceptando este partido, eligió su asiento junto a Belvis, donde edificó un monasterio que puso por nombre Santa María del Bergoral, y allí moró algunos años, y en su compañía Fray Pedro de Melgar, dando tan buen ejemplo y doctrina, que en toda aquella tierra lo tenían por un apóstol, y todos lo amaban como a padre. Con esta casa de Belvis y otras seis que después dió la provincia de Santiago, y cuatro que tenían los compañeros de Fray Juan de Guadalupe (solicitándolo el varón de Dios y otros de su espíritu), se fundó la custodia de San Gabriel en mucha estrechez y observancia, el año de mil y quinientos y diez y seis, no obstante que el memorial de San Gabriel dice que el año de mil y quinientos y catorce. Y digo el año de diez y seis, por autoridad del padre Fray Toribio Motolinía, curioso investigador de los tiempos y verdades. Lo cual fué víspera de la Concepción de Nuestra Señora, y fué elegido por primer custodio Fray Miguel de Córdoba, varón de muy alta contemplación. Costóle este negocio a Fray Martín de Valencia mucho trabajo, así del espíritu como del cuerpo, porque además de la continua oración que por ello a Dios hacía, y contradicciones que se le ponían, anduvo él con otros compañeros largos caminos, yendo a Roma y otras partes, padeciendo mucha hambre, sed, cansancio y persecuciones. Y en estos caminos permitió el Señor, para más merecimiento de su siervo, que una vez en un despoblado lo prendieron ciertos ladrones, y queriéndose soltar, no pudo tanto huir que no lo tomasen otra vez, dándole muchos palos, los cuales

él recibió con gozo por amor de Dios, no quejándose ni dando mal por mal, mas antes con mucha paciencia rogando a Dios por los que le maltrataban y herían.

II

Como según la sentencia de esa misma verdad, no pueda ser escondida la ciudad que está asentada sobre el monte, ni pueda dejar de dar luz la candela que está puesta en alto sobre el candelero, dado caso que el siervo de Dios Fray Martín de Valencia era muy apartado de conversación y plática con seglares, amigo de soledad y recogimiento, por gustar en la continua oración y meditación cuán suave es el Señor a los que en él sólo esperan, no por esto dejaba de volar la fama de su santidad y vida religiosa entre los poderosos del mundo, que con tales nuevas se movían a desear gozar de sus sanos consejos y espiritual doctrina. Y entre otros el conde de Feria, teniendo noticia de su persona, en el primer capítulo que se celebró después de hecha provincia la custodia de San Gabriel, rogó que pusiesen al santo varón Fray Martín de Valencia en el monasterio de San Onofre de la Lapa, uno de los siete dichos, que está dos leguas de Zafra, en tierra del conde. Pidió esto por su consolación, por la fama que de él tenía. Y parece que fué provisión divina, porque estando allí puso paz y concordia entre las dos casas; es a saber, la de Pliego y la de Feria, que poco antes se habían juntado. Que aunque el marqués y la marquesa eran bien casados (como muy buenos cris-

tianos y generosos), los caballeros empero y criados de aquellas dos casas estaban muy discordes y había entre ellos mucho descontento. El marqués envió por él una cuaresma desde Montilla, donde lo tuvo predicando y confesando, y confesó al marqués y trató de la conformidad, y puso (como dicho es) tanta paz y concordia entre las dos casas, que más les parecía a todos ángel que hombre terreno, atribuyendo a sus oraciones y santidad la tranquilidad y sosiego que habían alcanzado. Y en toda aquella comarca hizo gran fruto, y dondequiera que estaba lo tenían por espejo y dechado de toda virtud y religión. Mas tenía el varón santo por su gran humildad tan contraria opinión de sí, que con andar ocupado en continua oración, y ser abstinentísimo y riguroso en la disciplina y aspereza de su carne, le parecía ser hombre inútil y sin provecho y que no servía ni agradaba a Dios, ni hacía cosa que fuese meritoria. Y con este descontento de sí mismo andaba imaginando qué haría y qué camino tomaría para darse a Dios enteramente, conforme al deseo de su espíritu, vacando a la oración y contemplación con quietud y sosiego, el cual no tenía por no poder huir la conversación de seglares, a cuya importunidad había dado entrada constreñido de la pura caridad, pero con la licencia que de cada día más iban tomando, ya le era penosa su familiaridad. Y pareciéndole que el mejor medio para alcanzar esto, era hacerse fraile cartujo, después de haber pensado mucho en ello, y encomendándolo a Dios, habida licencia de su superior, púsose en camino para efectuarlo por la obra. Mas como la voluntad de Nuestro Señor (a la cual él siempre se sujetaba

y quería cumplir) era que no dejase el hábito del padre San Francisco, quísole por su humildad alumbrar, y fué en esta manera: Caminando para el monasterio de la Cartuja, adonde pretendía tomar el hábito, comenzóle a doler sin ocasión alguna el pie tan reciamente, que no podía andar. Con este estorbo de fuera conoció su espíritu claramente que no era la voluntad de Dios que dejase el hábito que tenía, y así se volvió al convento de donde saliera. Este deseo de la soledad, en alguna manera se le cumplió en la casa y monasterio de Nuestra Señora de Monteceli del Hoyo, adonde se mudó, y aprovechó mucho en el espíritu, por ser muy aparejada para la oración, recogimiento y silencio, a causa de estar en el yermo, fuera de toda conversación de seglares. Aquí fué el caballero de Cristo muy visitado y regalado de su fiel Capitán y querido Esposo; allí le hablaba al corazón tierna y regaladamente, porque para esto lo llevó a la soledad y le dió la leche de la contemplación.

III

En este mismo lugar de Nuestra Señora de Monteceli del Hoyo fué también el siervo de Dios tentado y ejercitado, porque a los que Dios quiere ensalzar y escoge para sus siervos y privados, primero los quiere purgar y los hace pasar por el fuego de la tentación (como lo dice el salmista), para traerlos después al refrigerio de las celestiales consolaciones y a la perfecta unión del alma con su Criador. Pretendiendo, pues, el varón de Dios recogerse muy de

veras y darse a él en este monasterio del mismo Señor para más aprovechamiento suyo, le procuró nuestro adversario muchas tentaciones y de muchas maneras. Comenzó a tener gran sequedad y tibieza en la oración, y aborreció el yermo. Antes le daba contento el campo y la arboleda, y después los árboles le parecían demonios. No podía ver los frailes con amor y caridad como solía. No tomaba sabor en cosa alguna espiritual, ni arrostraba a ella sino con gran sequedad y desabrimiento. Vivía con esto muy atormentado. Vínole sobre esto una terrible tentación contra la fe, sin poder desecharla de sí. Parecíale que cuando celebraba y decía misa, no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y con gran dificultad consumía el Santísimo Sacramento. Tanto le fatigaba esta imaginación, que no quería celebrar, ni casi podía comer, y estaba ya tan flaco de la mucha abstinencia y penitencia y de la aflicción de su espíritu, que no tenía sino solos los huesos pegados a la piel, y consumidas las carnes como otro Job. Y parecíale a él que estaba muy recio y bueno, y que tenía tantas fuerzas, que podría llevar mayor rigor consigo. Y pasando el día entero sin comer, otro día se hallaba con las mismas fuerzas que antes, y aun, según él decía, con más, y sin gana de comer. Estuvo de esta manera sin comer cuatro o cinco días, y enflaquecía mucho su cuerpo. Importunábanlo los frailes que comiese, y él decía que nunca con tantas fuerzas se había hallado como entonces, que no era pequeña sino muy grande y sutil tentación de Satanás, para lo derrocar de tal manera, que cuando ya lo sintiese del todo sin fuerzas lo dejase, y desfalleciese sin poder tornar en sí, o enloque-

ciese, para lo cual ayudaba mucho velar tanto de noche sin dormir, como él lo hacía. Mas como Nuestro Señor nunca desampara a los suyos, ni permite que caigan en la tentación, y es tan fiel que no deja ser tentado a alguno más de aquello que puede sufrir, para que con la tentación tenga aprovechamiento en su alma, dejó llegar a este su siervo hasta donde pudo sufrir la tentación sin detrimento de su alma, y tuvo por bien que una pobre mujer le alumbrase y diese medicina para ella. Que es materia grande para considerar nosotros la grandeza de nuestro Dios, que no escoge los sabios y letrados del mundo, sino los simples y humildes para usar sus misericordias por medio de ellos, tomándolos por instrumento, como lo hizo en esta mujer simple que digo. Y acaeció en esta manera: Como el varón de Dios fuese del monasterio del Hoyo a pedir limosna del pan a un lugar que se dice la Robleda, la hermana de los frailes, viéndolo flaco y debilitado, díjole en entrando en casa: “¡Ay, padre! ¿y vos qué habéis, que parece queréis expirar de flaco?” Oyendo él estas palabras, como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un gran sueño, le cavaron el corazón. Y volviendo en sí, comenzó a pensar cómo no comía casi nada. Y decía entre sí, si por ventura aquello fuera tentación, y consideró y creyó que cierto lo era. Y viéndose descubierto el enemigo, dejéle, y cesó la tentación. Sintió luego el soldado de Cristo gran flaqueza y desmayo, y hallése tan sin fuerzas, que no se podía tener en los pies. Comenzó a comer moderadamente, y de ahí adelante quedó más avisado para conocer las astucias y engaños de Satanás. Deshicieronse con esto todos los de-

más nublados de las imaginaciones y tentaciones espirituales que lo atormentaban. Y como bien purgado con la tentación pasada, volvió a gustar con más suavidad el manjar de la vida en el santísimo Convite del altar. Y comenzó a amar de más cordial y nuevo amor a sus hermanos los religiosos, abrazándolos y mostrando quererlos meter en sus entrañas. Y perseverando en este amor de los frailes con quienes conversaba, trájolo Dios a un amor general de los prójimos, mereciéndolo sus obras y deseos; tanto, que por amor de ellos vino a desear padecer martirio entre infieles por convertirlos y salvar sus ánimas.

IV

Este ferviente deseo de ofrecerse al martirio por la salvación de sus prójimos alcanzó el varón de Dios con muchos ejercicios corporales y espirituales, de ayunos, vigiliias y oraciones. Y creciendo en él con mucho fervor, quiso el Señor consolarlo, mostrándole en espíritu lo que de él tenía determinado en cumplimiento de este deseo. Lo cual pasó de esta suerte: Rezando una noche los maitines en el coro y comunidad del monasterio del Hoyo, una feria cuarta en tiempo de Adviento, luego en el principio de ellos comenzó a sentir una devoción interior y a traer en la memoria la conversión de los infieles. Y pensando en esto, en muchos versos de los salmos que iba rezando hallaba entendimientos a este propósito, de que mucho se gozaba su alma y espíritu. Aumentábasele más este deseo en aquel

salmo que comienza: *Eripe me de inimicis meis, Deus meus*, donde dos veces se repite aquel verso: *Convertentur ad vesperam, et famem patientur ut canes*: convertirse han a la tarde, y padecerán hambre como perros. Y decía, hablando consigo mismo: “¿Cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿Cuándo será esta tarde? ¿No sería en este tiempo? ¿No sería yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en las vísperas y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?” Estas y otras cosas razonaba consigo el siervo de Dios, ocupando todos los salmos en deseos llenos de caridad y amor del prójimo. Sucedió por divina disposición que acabados los salmos de los maitines, no siendo él semanero en los oficios, ni cantor, le encomendaron que dijese las lecciones. Lo cual aceptó el siervo de Dios, y con pronta obediencia y voluntad se levantó y las comenzó a decir. Y como esas mismas lecciones (que eran del profeta Isaías) hiciesen a su propósito, porque hablaban de la conversión de las gentes, y juntamente de la caridad con los prójimos, levantáronle más el espíritu. Y estando así leyéndolas al púlpito, vió súbitamente en espíritu muchas ánimas de infieles en gran número que se convertían a la fe, y venían como desaladas a recibir el santo bautismo. Fué tanto el gozo y alegría que su espíritu sintió interiormente, que no fué en su mano dejar de mostrarlo de fuera. Y así, como hombre loco y fuera de juicio, comenzó a dar voces, y decir tres veces en alta voz: “Lado sea Nuestro Señor Jesucristo.” Y dicho esto quedó como fuera de sí, que no pudo pasar adelante. Los religiosos, viéndolo así como atónito y como embriagado, no sabiendo el misterio,

pensando que enloquecía, lleváronlo a una celda y claváronle la ventana, y cerrándole la puerta de la celda, se tornaron a acabar los maitines. El varón de Dios se quedó en la celda absorto y fuera de sí hasta otro día a hora de misa mayor, que volvió en sí. Y como se halló encerrado y la celda oscura, quiso abrir la ventana (que no había sentido cómo la enclavaron) y no la pudo abrir. Sonrióse, conociendo que de temor no se echase por ella la habían cerrado así los frailes. Tornó a pensar y contemplar en la visión que había visto, y rogó a Nuestro Señor se la dejase ver con los ojos corporales, y que él no muriese hasta verla cumplida. Fué el Señor servido de se lo conceder, y viniendo a esta Nueva España (como abajo diremos), por diversas veces vió multitud de indios pedir el bautismo y juntarse con mucho deseo de oír y de aprender la doctrina cristiana. Entonces daba él infinitas gracias a Dios porque le había hecho ver con los ojos corporales lo que en espíritu le había mostrado. Y después descubrió a algunos religiosos sus familiares en esta Nueva España, para gloria de Dios, la revelación dicha. Porque en España, donde él la había tenido, aunque fué preguntado de algunos luego cómo volvió en sí, qué era lo que había visto, no lo quiso descubrir ni decir en público. Después que el varón de Dios vió esta visión de los infieles y su conversión, inflamado en mayor caridad y amor del prójimo, comenzó a procurar la ida entre ellos, suplicando a Dios en sus continuas oraciones que él lo ordenase según su divino beneplácito, y rogando a sus amigos espirituales que encomendasen al Señor cierta jornada que pensaba hacer, como también poniendo alguna diligencia

humana para ponerlo por obra, imaginando de pedir licencia para ir entre los moros de Africa. Estando ya, pues, determinado de hacer esta jornada, pidió la licencia por tres veces, y no le fué concedida. Y la una vez de estas que iba a do estaba el prelado, como pasase un río que iba muy crecido, tuvo harto qué hacer en pasarse a sí solo, y tuvo por bien soltar una Biblia y otros librillos que llevaba para su espiritual consuelo. Y visto que el río se los llevaba, encomendólos muy de corazón a Nuestro Señor y a su bendita Madre que se los guardasen, y fuélos a tomar buen trecho de allí el río abajo, sin haber padecido detrimento alguno. En este intervalo, una persona muy espiritual a quien Dios comunicaba muchos secretos, tuvo la revelación que cuando fuese tiempo el Señor llamaría a Fray Martín y a otros que con él habían de ir, y envióle a decir: "Hermano Fray Martín, sosegaos, y no curéis de hacer la jornada que tratáis, porque no es esa la voluntad de Dios. Estad seguro y cierto que cuando fuere tiempo conveniente, El os llamará sin que vos lo procuréis." Sosegóse con esto Fray Martín, y doce años después el ministro general Fray Francisco de los Angeles, con mucho acuerdo y prevención, lo señaló y eligió para que viniese al negocio de la conversión de estas gentes indianas con doce compañeros, los que a él le pareciesen más idóneos.

V

Fué este varón de Dios observantísimo de su regla, y vivió en suma penuria y estrechez. Anduvo siempre des-

calzo. Vestía sólo un hábito, y debajo de él un cilicio áspero de cerdas. Su comida era una escudilla de cocina, y por fiesta, siendo prelado, le echaba en ella el cocinero algunos bocados de carne. Demás de los ayunos de la Iglesia y de la regla, ayunaba otros muchos días. Traía consigo ceniza para echar en la cocina y en lo demás que comía, por quitarle el sabor. Algunas veces, si estaba dulce el manjar, echábase agua con la ceniza, acordándose del profeta, que decía: "Comía yo ceniza así como pan, y mezclaba mi bebida con llanto." Y también trayendo a la memoria aquellas palabras del Hijo de Dios por otro profeta: "Acuérdate de mi pobreza, amargura y hiel." A la vejez aumentó la abstinencia a ejemplo del santo abad Hilarión, ayunando cuatro días en la semana con pan y legumbres. Tenía unas ásperas disciplinas, y dondequiera que llegaba tomaba por regalo azotarse mucha parte de la noche. En la oración era continuo y principal ejercicio, trayendo siempre delante de sí a Jesucristo crucificado. Con esta memoria era tan áspero consigo, que no perdonaba a su cuerpo ningún género de penitencia, antes lo castigaba con mucho rigor, y así lo traía sujeto al servicio del espíritu, ejercitando en él la mortificación de Jesús, con ayunos, vigiliass, azotes, cansancio, frío y calor, y otras penalidades voluntarias, porque los que son de Cristo mortificaron y crucificaron su carne con los vicios y deseos del mundo. En el tiempo de sus enfermedades (con que el Señor mucho lo visitaba) no quería cama más blanda que una corcha o una estera, ni beber un poco de vino, ni tomar otras medicinas, ni curarse con otro médico sino con el verdadero, que es Jesucristo. La última vez que fué

prelado, casi al cabo de su vida, no se contentando con los trabajos del oficio y los ejercicios acostumbrados de su continua oración y contemplación, y otros corporales que tenía, añadió otros por no dar algún descanso a su cuerpo. En particular tomó por devoción hincar cada día las rodillas muchas veces y a menudo en tierra. Y estaba en este ejercicio cada vez que las hincaba, como un cuarto de hora, con que recibía mucha fatiga y cansancio por su vejez; tanto, que una vez, como estuviese en este ejercicio en su celda de noche, un fraile que estaba aposentado junto a ella, sintiéndolo gemir, pensó que era otra cosa, y llegando a la puerta de la celda oyóle acezar como hombre fatigado y cansado, y pensando que era algún demonio que lo fatigaba y que luchaba con el varón santo, fuélo a decir a otro religioso muy familiar del siervo de Dios Fray Martín, el cual, como sabía muy bien lo que era, le dijo que no curase de ello, que era otra cosa de lo que él pensaba. Tenía tanto cuidado y solicitud en cumplir estos sus ejercicios, que nunca los perdía por ocasión y ocupación que tuviese. Si alguna vez estaba ocupado o le era forzoso entender en las cosas de su oficio, y se le pasaba la hora de sus ejercicios, como era estar en cruz o de rodillas, o tomar alguna disciplina, o contemplar la vida y pasión de Cristo, después en breve tiempo volvía a cumplir lo que había dejado, teniendo los tales ejercicios como por cosa obligatoria. Y decía a los compañeros: "Aún no he pagado hoy mis devociones." Sabía muy bien lo que dice el apóstol, que no son dignas las pasiones voluntarias que el hombre toma en el tiempo de esta vida para merecer el premio de la eterna que nos está

aparejado. Y si lo son, es mediante las que la humanidad santísima de nuestro Redentor por nosotros padeció. Por esto este siervo suyo tan voluntariamente se abrazaba con ellas y las tomaba con prontitud de ánimo y corazón, llamándolas devociones, para consolarse con esto. La impresión que en él hacía la memoria de la pasión del Señor, claramente la experimentaban sus compañeros en su exterior apariencia, particularmente desde el domingo que la Iglesia intitula de Pasión, hasta la Pascua de Resurrección, porque en aquel tiempo se paraba tan flaco y debilitado, como si estuviera enfermo. Y en llegando la Pascua, volvía luego en sí. Confesó el santo varón a algunos de sus familiares, que esto procedía del gran sentimiento interior que en aquel tiempo de la pasión su espíritu recibía. Y que no era en su mano dejar de mostrarlo de fuera en su cuerpo. Y húbolos de satisfacer, porque le importunaban preguntándole qué sentía o qué enfermedad padecía. En otros tiempos usaba otras maneras de ejercicios, que era cantar después de maitines un cántico de divinas alabanzas tan suave y apacible, que parecía cantarse con voz de ángel a quien lo oía. Mas lo que en aquel cántico decía, sólo Dios lo sabe, porque no había quién lo pudiese entender. Después de maitines apenas dormía; todo era hasta la mañana aparejarse para celebrar. Decía cada día misa muy de mañana, donde derramaba muchas lágrimas muy cordiales y de gran devoción. Comúnmente se confesaba de dos a dos días. En adquirir y granjear las virtudes era muy solícito, y sobre todas ellas trabajó por alcanzar la verdadera humildad, como fundamento de todas las otras. En esto ponía mayor diligencia,

como quien tenía conocimiento de sí mismo, porque era naturalmente brioso y de compleción colérica, y no hombre manso y tierno, que fué mucha parte para comenzar y perseverar en su austeridad y rigor de penitencia. Mas considerando que no bastaba cumplir con Dios en la interior humildad conociendo su bajeza y vileza y despreciándose a sí mismo, sino que era menester cumplir también con los hombres no los ofendiendo con movimientos briosos de muestras exteriores, tenía una envidia santa a los que de su natural eran mansos y mortificados. Por esto solía decir a Fray Francisco Jiménez, uno de los once compañeros que con él vinieron y el más familiar suyo (que era como otro Fray León, a quien llamaba Fray Oveja el padre San Francisco): “¡Oh hermano, quién fuera de vuestra condición!” Y el bendito Fray Francisco Jiménez (es de creer) respondería: “¡Oh hermano, quién tuviera vuestra virtud y perfección! Que más mérito es pelear y hacer el hombre contra su natural inclinación, que seguirse por ella, por buena que sea.” Estas y otras semejantes espirituales competencias da a entender Fray Francisco Jiménez en su escritura, que pasarían entre los dos.

VI

Entre otros actos de humildad que se cuentan de este bienaventurado, diré aquí sólo dos. El uno, que siendo el siervo de Dios electo provincial segundo de la provincia de San Gabriel, año de mil y quinientos y veinte y dos, vigilia

de la Asunción de Nuestra Señora, y visitando los conventos que estaban a su cargo, usaba de esta costumbre: Al tiempo de tomar las culpas a sus hermanos, él decía primero las suyas, y se visitaba y tenía a sí mismo capítulo, poniéndose de rodillas en medio del coro, y reprendiéndose de sus propios defectos, se desnudaba el hábito y hacía allí en presencia de todos una disciplina, y besaba los pies a los frailes. Entonces le veían el cilicio, que jamás se lo quitaba del cuerpo. Hacía esto, no tanto por lo que a él tocaba, ni por mostrarse humilde, como por dar a sus súbditos ejemplo de humildad y sujeción a la corrección, viendo que él, siendo prelado, se humillaba y corregía primero a sí mismo, no teniendo por ventura culpas de que se acusar. Y este mismo modo de corregir guardó en esta tierra, aun entre los indios, porque muchas veces cuando por sus culpas los había de reprender y hacer azotar, él mismo se disciplinaba primero delante de ellos, para que conociesen que de amor y caridad y deseo de su salvación se movía a castigar y corregirlos, con lo cual ellos recibían el castigo con paciencia y hacimiento de gracias. El otro ejemplo es, que una vez desde la provincia de San Gabriel quiso ir a su patria, donde era natural y de todos conocido (por ventura por importunación de sus deudos); púsole por obra, y pareciéndole vanidad haberse puesto en aquel camino y tenido aquel cumplimiento con sus parientes, llegado cerca del pueblo de Valencia de Don Juan, se paró a considerar para qué fin había tomado aquel trabajo y andado tanto camino. Y teniéndolo por cosa del mundo y sin provecho, en venganza de sí mismo y pena de su culpa, con deseo

grande que tenía de alcanzar la humildad y menosprecio de su persona, queriendo ser tenido de los hombres por loco por amor de Dios, quitóse el hábito antes que entrase en el pueblo, y desnudo en carnes, con solos paños menores, echada la cuerda a la garganta, mandó al compañero que lo llevase de diestro como a malhechor por las calles de Valencia hasta la iglesia, y lo pasase por una calle donde moraban los más de sus parientes. Hecho esto, sin más visitar a nadie, se volvieron por donde habían venido, con que los parientes y vecinos de aquel pueblo lo menospreciaron y tuvieron en poco, que era lo que él deseaba, porque por este fin hizo el siervo de Dios lo que aquí se ha dicho, con mucha fuerza y violencia que puso a su natural para salir con semejante acto por amor de Jesucristo, y por vencer a sí mismo. Con estos y otros semejantes ejercicios alcanzó la virtud de la humildad que tanto deseaba, en gran perfección, y hablaba de ella como quien tanto había cursado en buscarla. Y afirma su muy íntimo compañero Fray Francisco Jiménez que le vió hacer cosas y actos de humildad tan prodigiosos, y le oyó palabras muy profundas de ella, alegando siempre aquellas del humildísimo Jesús en el Evangelio: "Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." Y no era menester contar particularidades de la humildad de este varón santo, pues todas sus obras y palabras y lo exterior de su vida no eran otra cosa sino un continuo acto y dechado de esta virtud. Con venir a esta Nueva España por prelado y caudillo de los primeros religiosos enviados a evangelizar en ella la fe católica con toda la autoridad del Sumo Pontífice, como su Legado, y

con ser conocido de españoles y indios en un tan gran imperio por tal prelado y cabeza de esta nueva Iglesia, hasta que él mismo lo renunció, con todo esto nunca quiso subir de su bajo punto de fraile pobre y despreciado, antes mucho más, en aquel tiempo se preció y arreó de la pobreza y menosprecio de sí mismo, porque esta era la principal piedra que pretendió echar por fundamento del edificio de la ley evangélica que él y sus compañeros vinieron a plantar, andando descalzo, desnudo y roto. Andaba solo visitando toda la tierra de provincia en provincia, porque como eran entonces pocos los frailes, y cada uno de ellos tenía millón de ánimas a quien acudir, no quería traer consigo compañero, porque se acudiese a lo más principal. El mismo llevaba su zurrón y manto a cuestras, no consintiendo que indio (con haber tantos como había) se lo llevase. Y esto mismo hicieron otros prelados a ejemplo suyo.

VII

Como el siervo de Dios era ya viejo de cincuenta años cuando vino a esta Nueva España, no pudo darse mucho a la lengua de los naturales, y también por no dejar lo esencial que Dios le había comunicado de su oración y contemplación y ejercicios espirituales, y por esto supo poco de ella. Empero, con aquello poco hacía más que los otros, por el ejemplo que daba de santa vida, y porque el Señor le daba gracia y sabiduría con que a todos, así religiosos como seglares, españoles e indios, aprovechase mucho. Su

ejercicio más ordinario entre los indios era enseñar a leer los niños, desde el *a, b, c*, hasta leer romance y latín, y la doctrina cristiana, haciéndoles por medio de intérpretes muchas pláticas saludables conforme al talento de su edad, considerando que aquéllos habían de ser maestros de sus padres y de todos los demás en las cosas de la fe, como lo fueron. Habiéndoles dado lección, poníase a orar en parte donde le viesen, y él a ellos; lo uno porque no dejasen de leer y estudiar, y lo otro por darles ejemplo de llegarse a Dios con la oración, conociendo que era necesario hacerlo así para con los indios, que más hacen lo que ven que lo que oyen. Poníalos a sus tiempos en oración, así vocal como mental, y después de maitines cantaba con ellos himnos y enseñábalos a rezar en cruz, levantados y abiertos los brazos por espacio de siete *Pater noster* y siete *Ave Marías*. Con esta doctrina sacó de ellos muchos discípulos y buenos, que después se dieron a la vida espiritual conforme a su capacidad, y sirvieron de ayudar en la predicación a los religiosos, que para esto no sabían tanta lengua como era menester. Con los españoles que a la sazón gobernaban la tierra pasó el varón de Dios innumerables trabajos e increíbles aflicciones de espíritu sobre defender la inmunidad de la Iglesia, a cuyos mandamientos ellos no obedecían, ni hacían caso de excomuniones ni otras censuras. Y también por irles a la mano el varón apostólico en los agravios y vejaciones que hacían a los indios, y malos ejemplos que les daban en notable perjuicio de la fe de Cristo que se les comenzaba a predicar. Por esta ocasión tomaron tanto odio y rencor al siervo de Dios y a sus compañeros (con ser todos muy per-

fectos varones), como si fueran mortales enemigos, persiguiéndolos en cuanto podían y levantándoles muchos falsos testimonios de cosas feas, que en su imaginación no cabían, hasta que quiso Dios que descubierta la malicia de los perseguidores, fuesen castigados, quedando apurada la inocencia de sus siervos. A uno de ellos, que una vez quería hacer siniestra justicia de un hombre, le fué a hablar el santo Fray Martín, y díjole en secreto sus pensamientos cerca del negocio, por donde él debiera desistir del agravio que hacía. Mas como vió que por esto no mudaba parecer, díjole que había de ser por ello destruído y perdido, lo cual así se cumplió, porque después de haber estado un año en cárceles en esta Nueva España, lo llevaron a la corte del Emperador a España, donde le costó el pleito mucha cantidad de hacienda y muchos años de inquietud. Estimó en tanto el siervo de Dios Fray Martín los trabajos que en este evangélico apostolado padeció, que afirmó el padre Fray Toribio Motolinía, que dos años después de venidos a esta tierra le oyó decir que en más estimaba los servicios que a nuestro Señor Dios había hecho estos dos años que había trabajado en este apostolado, y lo juzgaba de más merecimiento, que treinta años que estuvo en la religión en España, aunque los pasó en mucha oración y contemplación divina, y en muchos ejercicios de penitencia, ayunos, disciplinas, desnudez, descalcez y otros santos ejercicios. Bien conforma esta su sentencia con lo que dice la sagrada Escritura: *Melior est iniquitas viri, quam benefaciens mulier*. Que es decir, que más vale la distracción y obra activa del varón que se ocupa en las obras de miseri-

cordia, como son predicar y enseñar a tanta gente y tan necesitada como era ésta (mayormente al principio de su conversión), que la bondad del puro contemplativo, que es como mujer, que poco más que a sí aprovecha, buscando su quietud y consolación propia. Cuanto más que este siervo de Dios y sus compañeros fueron consumados en entrambas vidas, activa y contemplativa, de día ayudando a los prójimos en sus necesidades espirituales, y de noche (todo lo que la humana flaqueza permite) vacando a la vida contemplativa, conforme a aquello del santo profeta: *In die mandavit Dominus misericordiam suam, et nocte canticum ejus*. “En el día encomendó el Señor las obras de su misericordia y en la noche sus alabanzas.” Esta fué la vida de nuestro Redentor, que de día andaba por las villas y castillos evangelizando el reino de Dios, y de noche *erat pernoctans in oratione*, “trasnochaba en la oración”. A este propósito dice San Dionisio que de todas las cosas divinas, la más divina es obrar con Dios la salud de las almas. Bien concuerda con esto lo que dice San Jerónimo escribiendo a Paulino presbítero, que la santa rusticidad y simplicidad del recogimiento, para sí solo aprovecha, y que cuanto edifica la Iglesia de Dios con el ejemplo de la vida, tanto daña no resistiendo a los que destruyen esa misma Iglesia.

VIII

El santo obispo Don Fray Juan de Zumárraga, primer prelado de la Iglesia de México, cuando vino la primera

vez de España, traía gran deseo de ver al varón santo Fray Martín, y comunicarlo, por la fama de su santidad, y si posible fuese, tenerlo en su compañía para mejor gozar de su espiritual conversación. Y como este meritísimo prelado era en extremo aficionado a la virtud y amiguísimo de la compañía, conversación y amistad de los virtuosos y siervos de Dios, con este intento de gozar (si alcanzarlo pudiese) de la compañía santa del bendito Fray Martín, se fué para Tlaxcala, donde a la sazón era guardián, y descubrióle su corazón y deseo, cosa a la verdad muy ajena de la condición del varón de Dios. El cual, aunque luego le pareció que aquello no le convenía para su recogimiento y contemplación, con todo esto lo encomendó muy de veras a Nuestro Señor en la oración, como quien nunca se determinaba en cosa alguna de importancia, ni la hacía sin pedir a Dios su voluntad. Puesto en oración, adormeciése (como siempre le acontecía en las visiones y revelaciones que tuvo, de algunas de las cuales se hará mención adelante), y adormecido le pareció que se veía en la mar en una barca sin remos, y que la mar hacía grandes olas, y corría tempestad, y andaba la barca casi para se anegar, de que tuvo mucho temor. Y viéndose en agonía, fuéle dicho en espíritu que la mar es el siglo, y salir de la clausura y meterse en él, es andar en barca sin remos en peligroso mar, donde fácilmente la barca anega y el navegante perece. Contando esto al obispo santo y dándosele por respuesta, se excusó con él. Mas no por esto le perdió él la devoción, antes de ahí adelante se la tuvo mayor. La misma devoción, afición y deseo de su compañía tuvo el gran siervo de Dios y muy

íntimo familiar del dicho santo obispo Fray Domingo de Betanzos, de la orden de los predicadores, y uno de los más memorables y perfectos varones que entre ellos ha habido en esta Nueva España. El cual, como no pudiese alcanzar lo que su corazón deseaba, sino muy de tarde en tarde, por ser ambos de diferentes órdenes, y haber de residir forzosamente en diversos monasterios, y por ventura en remotas provincias, ya que no podía tener consigo vivo al varón santo Fray Martín, hízolo pintar en el monasterio de Tepetlaoztoc, donde el Fray Domingo tenía lo más del tiempo su habitación y morada. Y yo vi permanecer allí esta su figura, hasta que un vicario de aquella casa, para hacer otro edificio, desbarató la pieza donde el santo estaba retratado, y así se perdió la figura. Estos tres varones de gran perfección, conviene a saber: el santo primero obispo de México Don Fray Juan de Zumárraga, Fray Martín de Valencia y Fray Domingo de Betanzos, con el gran fervor de espíritu que tenían, y celo de la salvación de las almas, desearon mucho e intentaron de embarcarse y entrar en la mar en busca de las gentes de la gran China, antes que hubiera la noticia que ahora hay de ellas, ni de la navegación, si se podía hacer o no. El primero que esto intentó fué el santo Fray Martín, porque tuvo revelación que había otras muchas gentes hacia la parte del poniente, de más entendimiento y capacidad que estas de la Nueva España. Y anhelaba su espíritu por ir a verlas en sus días y convertirlas a su Dios. El cual, puesto que las mostró en espíritu a este su siervo para que por sus ruegos y de otros semejantes las mereciese ver y descubrir aquellos

que ese mismo Dios para ello tenía escogidos y determinado las descubriesen y convirtiesen, no quiso empero que él las viese, ni fuese a buscarlas, sino que perseverasen él y sus compañeros en la vocación para que fueron llamados de la conversión de los naturales de esta Nueva España. Y fué así, que partido el santo varón Fray Martín con algunos compañeros al puerto de Tehuantepec para embarcarse en los navíos que Don Hernando Cortés, marqués del Valle, había mandado hacer para este efecto, le impidió Dios la ida, que no le fué posible embarcarse. La causa (según algunos dicen) fué, que dando cata a los navíos al tiempo del partirse, hallaron que estaban perdidos de carcoma o broma, atribuyéndolo a que se debió de labrar verde la madera, o por mejor decir, por ser así la voluntad de Dios. Y con este impedimento se hubieron de quedar y dejar lo que habían intentado él y el santo obispo (que ya había enviado a renunciar el obispado) y Fray Domingo de Betanzos. Y algunos años después, por el crédito que habían dado a lo que con ellos tenía comunicado el siervo de Dios Fray Martín, se determinaron de tornar a hacer aquel viaje, mas fueron también entonces impedidos. Y era tanta la confianza que llevaban en Dios de hallar lo que iban a buscar, y la certidumbre de la navegación, en aquellos tiempos no sabida, que poniendo la dificultad Fray Domingo en el vaso del navío, dijo Fray Martín con mucho fervor: "Metedme en una calabaza, que yo estoy seguro que me guiará y llevará el Señor adonde deseo."

IX

Muchas veces fué visto arrobado el santo Fray Martín, y estar extático y fuera de sí, y elevado su espíritu, como lo estuvo casi ocho horas cuando en espíritu vió la conversión de estas gentes indianas estando en unos maitines en España, según arriba se ha contado. Una vez, cuando huésped en el convento de San Francisco de Salamanca, el hermano que hospedaba los frailes en el pueblo de Cantalapiedra, andaba solo por el convento mirándolo (porque a los tales se suele dar esta licencia), el cual llegando a la hospedería abrió acaso la puerta de la celda donde el siervo de Dios estaba aposentado. Y viólo estar puesto en cruz, y (a lo que le pareció) levantado del suelo, y temblándole todo el cuerpo y los brazos, de tal suerte que le causó admiración y una espiritual consolación en su alma. Quedó de esto aquel hermano muy edificado, y concibió nuevo amor y devoción a los frailes, más que hasta entonces les tenía. En el monasterio de Belvis, de la provincia de San Gabriel, estando una vez predicando la Pasión, y llegando a aquel paso cuando crucificaron a Cristo, fué tanto el sentimiento de su espíritu, que salió de sí, diciendo a grandes voces: "Clavo, clavo, clavo", y se arrobó, quedándose yerto arrimado al púlpito. Estando así, un religioso gran siervo de Dios, llamado Fray Diego de Almonte, que se halló presente, con fervor de espíritu y santa sinceridad comenzó a dar voces, diciéndole: "Martín, Martín, estate allá, no vuelvas acá." Llegaron algunos al santo, y tirándole recio de la falda

m u c h a s , mas no volvió en sí. Hicieron tras esto en él muchas experiencias para que volviese y acabase el sermón, de que el auditorio llevaba mucho gusto, pero no aprovechó cosa. Y así al cabo de muy gran rato lo bajaron del púlpito, y sacado de la iglesia lo metieron en casa de un hidalgo devoto, donde rodeado de mucha gente, habiéndole punzado las carnes y hecho otras diligencias penosas, vino a abrir los ojos; y vuelto en sí dió un gran suspiro, y dijo: “¡Oh! Dios os perdone: ¿por qué me habéis fatigado tanto, quitándome tan gran consuelo?” Otras veces se arrobó de esta manera predicando la Pasión, y la una de ellas que tornó en sí más presto de lo que solía, quiso acabar su sermón, y era ya la gente ida. Morando en el mismo monasterio de Belvis, yendo a la limosna a un lugar que se llama la Mesa de Ibor, siendo ya tarde, y habiendo saludado a la hermana que lo hospedaba, se recogió en oración en un corral de la casa. Y siendo ya buen rato pasado de la noche, queriendo la hermana darle colación, y viendo que no venía, lo buscó por toda la casa. Y como no lo hallase, salió al corral, y lo halló y vió en oración a un rincón junto a un horno que allí estaba, elevado en Dios. Parecióle que estaba todo abrasado y encendido con gran resplandor, que lo rodeaba a él y al horno donde estaba arrimado y arrinconado orando. De lo cual admirada la hermana, relató después esta grandeza que vió en el santo, y quedó de esto memoria en aquella tierra, que hasta hoy dura. Otra vez, estando el siervo de Dios en oración, fuéolo a llamar un religioso para cierto negocio que se ofrecía, y por voces que le dió no le respondió. Tanto era lo que estaba absorto en

Dios por la oración y contemplación. Esto acaecía muchas veces, que los que lo iban a llamar, lo veían tan fuera de sí y les respondía tan asombrado como si despertara de un pesado sueño. Otras veces, aunque hablaba y comunicaba con los frailes, estaba como enajenado, que parecía no oía, ni veía, ni sentía con los sentidos corporales, porque tenía el espíritu con Dios, adonde más propiamente estaba presente, que con los que hablaba. En el pueblo de Tlalmanalco, como entrase una vez descuidadamente en su celda Antonio de Nava, que a la sazón era allí alcalde mayor, halló al santo Fray Martín en oración, elevado en el aire sobre la tierra. Lo mismo afirman haber visto el primero marqués del Valle, Don Hernando Cortés, que lo visitaba muy a menudo. En el oratorio y cueva de Amecameca (según refiere el padre Fray Toribio, uno de los doce), aparecieron al santo Fray Martín los gloriosos San Francisco y San Antonio de Padua, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios, que era hijo de salvación, y lo mismo dice Fray Francisco Jiménez, su íntimo compañero y arca de sus secretos. Un venerable religioso, llamado Fray Bernardino de Sahagún, que vino a esta Nueva España cinco años después de los primeros doce, refiere que siendo él conventual en el dicho pueblo de Tlalmanalco, fué a visitar aquella casa el santo Fray Martín (que era custodio la segunda vez), y como era pública voz y fama que se arrobaba en la oración, una mañana acabando de rezar las horas canónicas, viendo que se había apartado el varón santo a un rincón que estaba a un lado del coro, tuvo voluntad de ir a ver cómo estaba. Y llegando al

lugar de donde lo podía acechar, vió una claridad u otra cosa semejante (que no pudo determinar qué fuese) que lo encandiló y privó de la vista, de suerte que no pudo ver cosa alguna, ni tampoco al siervo de Dios que allí estaba, y así se volvió atrás turbado, y con miedo de lo que interior y exteriormente había sentido.

X

Entre las muchas revelaciones que el santo varón tuvo, le fué también dado a entender que había de morir en el campo y no en la cama, como él lo dijo a un siervo de Dios, llamado Fray Antonio Ortiz, más de diez años antes de su muerte, mas no le fué revelado en qué manera. Y él, entendiendo por esto que había de morir mártir, conforme a su deseo y a lo que a Nuestro Señor en sus oraciones cuotidianamente pedía, procuró en España de pasar a tierra de moros. Por esta causa, cuando le mandó la obediencia venir a esta tierra de la Nueva España a la conversión de los naturales de ella, que eran infieles, vino con gran júbilo y alegría de su alma, pensando hallar aquí lo que tanto deseaba. Después, visto que no podía conseguir la palma del martirio entre estos indios, porque luego todos ellos sin dificultad alguna recibieron la fe y se sujetaron a la doctrina de la Iglesia, intentó de pasar a la China. Esto fué un año antes de su muerte, que fué el de mil quinientos treinta y tres, siendo custodio y prelado de los frailes de esta Nueva España la segunda vez. Mas como no hubo

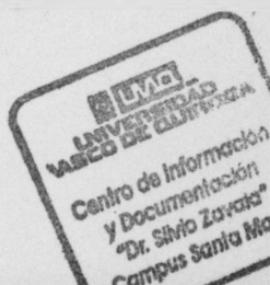
efecto esta su ida (como atrás se dijo), dió la vuelta para México, habiendo andado en este camino de ida y vuelta más de trescientas leguas por los rodeos que llevó; y por la distancia del camino y asperezas de él, llegó a México muy fatigado y enfermo de una pierna. Con todo esto, por ser tiempo de Cuaresma y Pasión cuando vino, nunca se pudo acabar con él que se calzase unas sandalias, antes se anduvo descalzo y la pierna arrastrando y los pies corriendo sangre, alabando al Señor, como lo hacía en semejantes trabajos y enfermedades con que siempre lo visitaba. Y cuando las padecía, ninguno le vió curar con médico terreno ni procurar medicinas humanas, poniendo toda su confianza en solas las celestiales, y en solo el verdadero médico Jesucristo, a ejemplo de la bienaventurada Santa Agueda, virgen y mártir. En este camino ganó mucho el varón de Dios de méritos y ganancias espirituales delante de Nuestro Señor, porque allende el gran trabajo corporal, fuéle materia de darse más a Dios con más ímpetu y fervor de espíritu. Y bien se pareció cuando vino de esta jornada, que volvía otro nuevo hombre, según lo mostraba por ejemplo de vida y de más profunda humildad. En llegando mereció (según él lo deseaba) ser absuelto de la carga y oficio de prelación, porque luego como vino se cumplió el término de su trienio, y tenido capítulo y electo otro en custodio, se fué a recoger al monasterio de Tlalmanalco, y de allí se iba algunas veces al oratorio que antes había hecho en una cueva del monte de Amecameca, aunque no dejaba de trabajar en la doctrina de los indios, especialmente en su ejercicio de enseñar los niños. Mas fué poco tiempo el que

allí estuvo, porque luego, año de mil quinientos treinta y cuatro, le dió el mal de la muerte, que fué un dolor de costado. Antes que le diese, estando bueno, día de San Gabriel, dijo a su compañero: "Ya se acaba." A lo cual preguntó el compañero: "¿Qué, padre?" Y callando el siervo de Dios, de allí a poco tiempo tornó a decir: "La cabeza me duele." Crecióle la enfermedad, por lo cual le fué forzoso volverse con su compañero al convento de Tlalmanalco, y allí recibió los santos sacramentos. Y por ser el mal agudo, los compañeros acordaron de llevarlo a la enfermería de México. Puesto en camino, y llegados con él al embarcadero de Ayozingo, lo metieron en una canoa para llevarlo por la laguna. Mas apenas entró en ella cuando sintió ser ya llegada la hora, y mandóse sacar a tierra para ponerse de rodillas. Estando así, dijo a su compañero Fray Antonio Ortiz, a quien muchos años antes había manifestado la revelación que no había de morir en cama: "Hermano, *fraudatus sum a desiderio meo.*" Y volviéndose luego (por amor y deseo de su beatífica visión) a su Criador, encomendándole su alma, expiró. Quiso decir este varón apostólico en aquellas palabras: *fraudatus sum a desiderio meo*, "defraudado he quedado de mi deseo", que quedaba defraudado de lo que deseó siempre su corazón, que era pasar de esta vida por martirio. Y que se había engañado en pensar que había de ver con sus propios ojos aquellas gentes de la China que el Señor le había mostrado en espíritu. Empero no fué el varón santo engañado en la revelación de que no había de morir en cama, pues murió en

la tierra desnuda, puesto de rodillas sobre ella. Volvieron los compañeros su cuerpo al monasterio de Tlalmanalco y enterráronlo, puesto en un ataúd de madera, en medio de la capilla mayor, cubierto con una lápida grande, escrito en ella su nombre; aunque esto último del ataúd y lápida se hizo algunos días después de su muerte, por mandado del custodio que le había sucedido en el oficio, que vino luego a Tlalmanalco sabida su muerte. Y por ser el difunto muy devoto del glorioso príncipe San Miguel, dijo la misa del glorioso arcángel. Y una persona devota afirmó que vió desde que se comenzó la Gloria hasta que el sacerdote consumió, al santo Fray Martín estar levantado ante su sepultura con su hábito y cuerda, y las manos compuestas y metidas en las mangas como lo usan los frailes, y los ojos bajos, como se cuenta de San Luis obispo. Tanto amor y celo tuvo a la santa pobreza, que aun después de muerto, en su sepultura la quiso guardar. Porque quitándole del ataúd una tabla vieja y poniéndole otra nueva pintada, por devoción de un fraile, fueron oídos en la sepultura grandes ruidos, hasta que le tornaron a poner la tabla vieja y quitaron la nueva, que era curiosa.

XI

Estuvo este santo cuerpo hasta que se perdió (que fueron más de treinta años), entero, porque la sepultura fué abierta muchas veces con deseo que religiosos, así de nuestra orden como de la de los predicadores, tenían de lo ver,



y lo vieron muchos, porque los guardianes condescendían con ellos también en el mismo deseo. Mas desde el año de mil quinientos sesenta y siete a esta parte no ha aparecido, aunque el sepulcro se ha abierto algunas veces. Y entiendo fué permisión divina el haberse totalmente perdido, porque demasiada curiosidad, o por mejor decir, tentación, era andar enterrando y desenterrando tantas veces un cuerpo que era tenido en reputación de santo. Y así en pena de esta irreverencia y tentación, quitó Nuestro Señor tan santa prenda de aquel convento y la tiene guardada donde su Majestad sabe y es su voluntad, para cuando sea tiempo de manifestarse, que si no fuere en nuestro tiempo, será en el del juicio universal en la resurrección de todos los que en este mundo nacieron, cuando tomarán sus cuerpos y se presentarán ante el tribunal de Cristo. Y yo, Fray Jerónimo de Mendieta, que esto escribo, confieso haber caído en la misma culpa y tentación, pero de tal manera que no merecí verlo como los otros, porque fuí el primero que lo hallé menos. Lo cual aconteció de esta manera: El año de mil quinientos sesenta y siete, acompañando yo al ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, que a la sazón era el padre Miguel Navarro, llegamos al pueblo de Tlalmanalco, donde estaba el sepulcro del santo varón. Y como había oído de los mismos que lo habían visto, religiosos de crédito, que estaba su cuerpo santo entero y sin alguna corrupción, y que podría haber un año poco más o menos que se había abierto su sepulcro la última vez, y lo habían visto, importuné y persuadí al dicho ministro que ambos lo fuésemos a ver. Y llevando con nosotros algunos

V I D A S F R A N C I S C A N A S

indios que quitasen la lápida con barras de hierro y palancas, abierto el sepulcro y cavado hondo, no hallamos el cuerpo ni indicio de él, sino algunas astillejas o briznas de madera que serían del ataúd en que fué sepultado, cosa que nos dejó admirados y turbados. Hízose diligente inquisición entre los indios principales del pueblo, y entre los que de ordinario sirven en el convento (porque sin venir a su noticia parecía imposible poderse sacar de allí el santo cuerpo), mas no se pudo hallar rastro entre ellos, ni menos lo supieron los frailes, ni hasta el día de hoy se ha podido saber cosa, con haberse publicado el año de mil quinientos ochenta unas letras apostólicas sobre este negocio, llenas de graves censuras.

FRAY JUAN DETECTO

Aunque la vida del santo Fray Martín de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este libro, por haber sido el primer prelado que con autoridad apostólica y del general de la orden pasó a estas partes a predicar el santo Evangelio, es de saber que un año antes habían venido a esta Nueva España tres religiosos también franciscanos, de nación flamencos, que por haberlos traído el mismo espíritu de la conversión de los infieles, y hecho en el caso su posible (como perfectos varones que eran y muy siervos de Dios), es justo se haga de ellos memoria (como de primeros en tiempo) antes que se escriban las vidas de los compañeros del santo Fray Martín de Valencia. Y pasa en esta manera: Como por todos los reinos y provincias de la cristiandad se divulgase la fama de cómo el valeroso capitán Don Hernando Cortés con otros españoles sus compañeros habían descubierto y conquistado un nuevo mundo en la región que llamaron Indias, lleno de gente idólatra, y que deseaban ministros para convertirlos a la fe, entre otros muchos religiosos de diversas naciones que ofrecieron sus deseos a

Dios para emplearse en esta tan santa obra, fueron tres escogidos varones del convento de San Francisco de la ciudad de Gante; es a saber: el guardián que a la sazón era de dicho convento, llamado Fray Juan de Tecto, y dos súbditos suyos, el uno sacerdote, por nombre Fray Juan de Aora, y el otro Fray Pedro de Gante, lego. Solos estos tres religiosos hallaron ventura de cumplir sus deseos y pasar a esta Nueva España antes que los doce, con sola licencia de su provincial y beneplácito del Emperador, el cual alcanzaron con favor de los caballeros y señores flamencos, que como criados y oficiales del Emperador, eran entonces poderosos en los reinos de España. Bien es verdad que el Emperador quisiera detener al Fray Juan de Tecto para que no pasara acá, por ser su confesor, mas vencieronle sus ruegos y deseos, y así lo dejó pasar. Venidos, pues, a las Indias, comenzaron luego a deprender la lengua de los naturales, y a recoger algunos niños hijos de principales, en especial en Texcoco, adonde hallaron acogida en casa del señor, que les dió un aposento, y holgaba que industriasen a los de su casa y a otros niños que se allegaban, aunque todo era poco lo que hacían por no estar del todo la tierra asentada, ni tener ellos la autoridad que se requería para tratar con aquella gente, que quiere ser mandada con imperio. Y en México hicieron menos, por estar aquella ciudad recién destruída, aunque no dejaba de acudir allá Fray Juan de Tecto, solicitando a algunos principales que le diesen sus hijos para enseñarlos a leer y escribir. Y otro año siguiente, cuando llegaron los doce apostólicos varones, que fué el de mil quinientos veinticuatro, vien-

do que los templos de los ídolos aún se estaban de pie, y los indios usaban sus idolatrías y sacrificios, preguntaron a este padre Fray Juan de Tecto y a sus compañeros, qué era lo que hacían y en qué entendían. A lo cual el Fray Juan de Tecto respondió: "Aprendemos la teología que de todo punto ignoró San Agustín", llamando teología a la lengua de los indios, y dándoles a entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar. Era este religioso varón doctísimo; tanto, que se afirma de él no haber pasado a estas partes otro que en ciencia se le igualase. Leyó la santa teología, antes que pasase a las Indias, catorce años en la Universidad de París. Y el fin de sus días fué que saliendo de México Don Hernando Cortés (que después fué marqués del Valle) a conquistar las Hibueras, cerca de Honduras, en el año de mil quinientos veinticinco, llevó consigo a este siervo de Dios, porque no se hallaba sin su santa compañía, y él gustó mucho de ello, porque no menos deseo tenía de convertir almas a Dios. Y sucedió que yendo el marqués contra el capitán Narváez, ¹ que se le había alzado, faltaron los bastimentos de tal suerte, que mucha gente murió de hambre, y entre ellos el bendito Fray Juan de Tecto, arrimándose a un árbol de pura flaqueza, dió allí el alma a Dios, que no fué pequeño género de martirio. Fué este religioso verdadero discípulo de Cristo, pues por su amor dejó la patria y su natural, dejó los deudos y parientes, dejó los amigos y conocidos, y finalmente la honra del mundo y

1 No fué Narváez, sino Cristóbal de Olid el que se alzó. J. G. I.

J E R O N I M O D E M E N D I E T A

propia voluntad, pues renunciando la guardiana que tenía y negándose a sí mismo, tomó su cruz de penitencia y se fué en pos de El y le siguió, mostrando el fuego de caridad que en su alma ardía, pues la puso a la muerte por sus amigos y prójimos, de cuya salvación tenía ferventísimo celo y andaba solícito y cuidadoso.

FRAY JUAN DE AORA

Fray Juan de Aora, uno de los tres que (como dicho es) vinieron a esta Nueva España, año de mil quinientos veintitrés, era natural de Flandes, y sacerdote honrado, ya viejo cano cuando vino. Estúvose con Fray Pedro de Gante siempre en Tezcuco entendiendo en la doctrina y conversión de los naturales, hasta que fué servido el Señor de llevárselo para sí dentro de pocos días. Su cuerpo fué depositado en la misma casa del señor que los había acogido, en una capilla adonde por entonces decían misa, hasta que se edificó el convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tezcuco, con vocación del bienaventurado San Antonio de Padua. Donde siendo guardián el siervo de Dios Fray Toribio Motolinía, uno de los doce, lo trasladó del lugar donde primero estaba a la sobredicha iglesia.

FRAY PEDRO DE GANTE

El varón de Dios Fray Pedro de Gante fué natural de la ciudad o villa de Iguen, de la provincia dicha Budarda. El cual por huir los peligros del mundo y deleites de la carne con que el demonio suele atraer y convidar a los mancebos al tiempo que les comienza a hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión del padre San Francisco. Y aunque por su suficiencia pudiera ser del coro, no quiso sino ser lego, por su gran humildad. En la cual mudanza mostró bien ser varón de mucha caridad y maciza cristiandad. Morando en el convento de Gante y oyendo la nueva que por toda la tierra volaba, cómo Don Hernando Cortés había descubierto y conquistado la tierra firme de la Nueva España, poblada y llena de gente bárbara e idólatra, movido con espíritu de Dios y salvación de las almas, vino a ella en compañía de su mismo guardián Fray Juan de Tecto, y otro religioso, como arriba se dijo. Era Fray Pedro de Gante muy ingenioso para todas las buenas artes y oficios provechosos a la humana y cristiana policía. Y así parece que lo proveyó

Nuestro Señor en los principios de la conversión de estos indios, necesitados de semejante ayuda, para que los guiase e industriase no sólo en las cosas espirituales de la salvación de sus almas, mas también en las temporales de la humana industria, que a los rudos abren los ojos del entendimiento para entrar en las cosas del espíritu, conforme a lo que el apóstol dice: *Prius quod animale, deinde quod spirituale*. Fué el primero que en esta Nueva España enseñó a leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales, y la doctrina cristiana, primeramente en Texcoco a algunos hijos de principales, antes que viniesen los doce, y después en México, donde residió casi toda su vida, salvo un poco de tiempo que fué morador en Tlaxcala. En México hizo edificar la suntuosa y solemne capilla de San José, a las espaldas de la humilde y pequeña iglesia primera de San Francisco, donde se juntan los indios para oír la palabra de Dios y los oficios divinos, y enseñarse en la doctrina cristiana los domingos y fiestas y recibir las santos sacramentos. También hizo edificar la escuela de los niños, donde a los principios se enseñaron los hijos de los señores de toda la tierra, y ahora se enseñan los de la misma ciudad de México. Y junto a la escuela ordenó que se hiciesen otros aposentos o repartimientos de casas donde se enseñasen los indios a pintar; allí se hacían las imágenes y retablos para los templos de toda la tierra. Hizo enseñar a otros en los oficios de cantería, carpintería, sastres, zapateros, herreros y los demás oficios mecánicos con que comenzaron los indios a aficionarse y ejercitarse en ellos. Tenía Fray Pedro junto a la escuela una celda para recogerse a

ratos entre día, y allí se daba a la oración y lección y a otros ejercicios espirituales, y a ratos salía a ver lo que los indios hacían. Su principal cuidado era en que los niños saliesen enseñados, así en la doctrina cristiana, como en leer y escribir y cantar, y en las demás cosas en que los ejercitaba. Y por el consiguiente, que los adultos diesen cuenta de la doctrina y se juntasen todos los domingos y fiestas a oír misa y la palabra de Dios. Entendía en examinar los que se habían de casar, y aparejar los que se habían de confesar y los que habían de recibir el santísimo sacramento de la Eucaristía. Predicaba cuando no había sacerdote que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien, puesto que era naturalmente tartamudo, que por maravilla los frailes le entendían, ni en la lengua mexicana los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una doctrina que anda impresa, bien copiosa y larga. Instituyóles las cofradías que tienen, y siempre aumentando el ornato del culto divino, así en tener buena copia de cantores y menestriles, como en ornamentos para celebrar los oficios divinos en la capilla de San José, y en andas, cruces y ciriales para las procesiones, que no las debe de haber en tanto número en ninguna ciudad de la cristiandad. Edificó muchas iglesias, así en la ciudad de México como en otros pueblos de la comarca. En estas obras y otras semejantes se ocupó este siervo de Dios cincuenta años que vivió en esta tierra con grandísimo ejemplo y honestidad de su persona, y con una libertad apostólica, sin pretender otro interés más que la gloria y honra

de Dios y edificación de las almas, mediante lo cual fueron sin número las que ganó para Cristo. Y a esta causa fué muy querido, como se vió muy claro en todo el discurso de su vida, y en que con ser fraile lego, y predicarles a los indios y confesarlos otros sacerdotes grandes siervos de Dios y prelados de la orden, al Fray Pedro sólo conocían por particular padre, y a él acudían con todos sus negocios, trabajos y necesidades, y así dependía de él principalmente el gobierno de los naturales de toda la ciudad de México y su comarca en lo espiritual y eclesiástico; tanto, que solía decir el segundo arzobispo Fray Alonso de Montúfar, de la orden de predicadores: "Yo no soy arzobispo de México, sino Fray Pedro de Gante, lego de San Francisco." Y a la verdad el Fray Pedro lo hubiera sido si quisiera ordenarse sacerdote, porque el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, como era de su patria y tenía entera noticia de su persona y vida, lo estimaba en mucho, y (quieren decir) lo convidó con el arzobispado de México. Mostró muy tierno y singular amor a los indios naturales de esta tierra, y porque tuviesen suficiente doctrina, escribió algunas cartas a los religiosos flamencos de su nación, exhortándolos a que viniesen a esta nueva tierra a cultivar la viña del Señor, que en aquellos tiempos estaba falta de obreros. Tenían los naturales también a este siervo de Dios mucho amor, en especial los de México, como lo mostraron claro volviendo Fray Pedro de Gante de Tlaxcala (adonde por la obediencia había morado un poco de tiempo) para México, porque salieron a recibirlo en la laguna grande de Texcoco con una hermosa flota de canoas, haciéndole una solemne fiesta, a

manera de guerra naval, con sumo regocijo. Una india mexicana tenía por devoción vestir algunos frailes, y queriendo una vez ponerlo por obra, fuélo a tratar con un religioso llamado Fray Melchor de Benavente, que en aquella sazón tenía cargo de los indios en la capilla de San José. Y díjole: "Padre, yo quiero vestir cinco religiosos, y a ti con ellos, que todos seréis seis", y fuélos nombrando por sus nombres, y entre ellos nombró al santo varón Fray Pedro de Gante, que ya era difunto. A lo cual respondió Fray Melchor de Benavente: "Hija, ¿no sabes que Fray Pedro de Gante pasó ya de esta vida, y es difunto?" Ella replicó: "Padre, yo doy en ofrenda un hábito a Fray Pedro de Gante: dalo tú a quien quisieres." Tanto era el amor que le tenían los naturales a este siervo de Dios aun después de muerto. Trabajó mucho Fray Pedro de Gante en esta viña de Cristo, especialmente en los principios, quebrantando muchos ídolos y destruyendo sus templos. Edificó más de cien iglesias donde se invocase el Nombre del verdadero Dios. Fué tentadísimo del demonio para tornarse a Flandes y dejar tan alta empresa; mas con la ayuda del Señor venció la tentación y fué quebrado el lazo, y el siervo de Dios libre, según él lo confesó en una carta que escribió a los padres de Flandes. Fué varón de mucha humildad, como lo mostró en que desechó y no hizo caso de tres licencias que le enviaron, sin procurarlas él ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera, del Papa Paulo III. La segunda, del capítulo general celebrado en Roma siendo generalísimo de la orden Fray Vicente Lunel, porque oyendo su fama los padres que allí se juntaron, les

pareció que tal varón no había de estar en estado de lego. La tercera, de un nuncio apostólico que estuvo en corte del César Carlos V, y sería por ventura a contemplación del mismo César, que (según queda dicho) aun arzobispo lo quiso hacer. Mas todo esto tuvo el verdadero siervo de Cristo por estiercol y vanidad, sólo por ganar a Cristo, humilde, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación con que fué llamado al estado monástico. Murió años de mil quinientos setenta y dos, con cuya muerte sintieron los naturales grande dolor y pena, y en público la mostraron, porque demás de acudir a su enterramiento copiosísimo concurso de ellos con derramamiento de lágrimas, muchos de ellos se pusieron luto por él, como verdadero padre que les había faltado, y después de haberle hecho muy solemnes exequias todos en común, se las hicieron en particular cada cofradía por sí, y cada pueblo y aldea de la comarca, y otras personas particulares con largas y abundantes ofrendas. E hicieronle también su cabo de año con mucha solemnidad. Fué tanto lo que ofrecieron por el siervo de Dios Fray Pedro, que hincharon el convento de San Francisco de México aquel año de provisión y vituallas. Pidieron su cuerpo los naturales a los prelados de la orden para sepultarlo en su solemne capilla de San José. Concediéronselo, y tiénelo allí el día de hoy en mucha veneración, y su figura sacada al natural de pincel y casi en todos los principales pueblos de la Nueva España lo tienen pintado, juntamente con los doce primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio.

FRAY FRANCISCO DE SOTO

Fray Francisco de Soto fué el segundo de los doce primeros que vinieron a fundar esta provincia del Santo Evangelio. Salió para estas partes de la provincia de San Gabriel, aunque había tomado el hábito en la de Santiago. Era varón de juicio naturalmente muy claro, y de gran prudencia. En España había sido guardián de Villalpando y Benavides, y en esta provincia lo fué después de muchos conventos. Eligiéronlo muchas veces en difinidor, y fué cuarto provincial de esta provincia, los cuales oficios ejercitó el siervo de Dios con mucha loa y prudencia. Cuando fué provincial visitó la provincia siempre a pie y descalzo. Hizo el oficio de predicador apostólico excelentísimamente, predicando la fe de Cristo con mucho fervor de espíritu entre los españoles e indios, aunque por haber venido ya anciano, no supo mucha lengua mexicana. Celaba como otro Finés la honra de Dios, y muy en particular la observancia de la pobreza, de la cual era amicísimo. Haciéndose la iglesia del convento de Xochimilco, le dijeron que en lo alto de la capilla mayor ponían ciertas figuras labradas de

piedra. Oyólo el santo Fray Francisco, y aunque la obra no era de mucha suntuosidad, sino bien moderada, con gran angustia de su corazón respondió a los que lo decían: "Eso es dar una higa de piedra a la santa pobreza." Tanto era el amor y celo que a la pobreza tenía. Siendo ministro provincial, le escribió un religioso, tentado de la ambición, que se acordase de él, pues sabía la lengua de los naturales para poder ser guardián en algún convento de los que están en los pueblos. Lo cual leyendo el santo prelado, y teniendo compasión de la dolencia de su oveja, le respondió con una carta breve y compendiosa, refiriéndole tan solamente aquellas palabras del apóstol: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo tamquam Aaron*. Con las cuales quedó aquel religioso reprendido y curado. Dábale el santo varón a entender por ellas, que por la misma razón que uno procura prelacias, no las merece, y que aquellos son dignos de ellas que huyéndolas y teniéndolas por penosa carga, son promovidos a ellas y las aceptan puramente por Dios. Traía siempre este bienaventurado delante sus ojos (como otro David) al Señor, y todas sus pláticas y conversaciones eran de Dios. Era templadísimo en el comer, y no bebía vino; mas si algún religioso tenía necesidad de él, si tenía escrúpulo de beberlo (como los demás no lo bebían por ser costoso a causa de traerse en aquellos tiempos muy poco de España), el siervo de Dios le quitaba el escrúpulo, y le decía que por su necesidad lo bebiese templadamente, aunque estuviese delante de los indios en sus pueblos, que antes ellos recibirían en ello documento de cómo lo habían de beber, viendo al religioso beber poco y

aguado. Este varón santo en una virtud fué extremado, que dado caso era muy escrupuloso para sí, guardando mucho él en su persona aquel memorable dicho de San Gregorio: *Bonarum mentium est, ibi culpam timere, ubi culpa non est*, que es de buenas ánimas y santas, temer culpa donde no la hay; con todo esto tuvo singular gracia en quitar escrúpulos a los otros. Pretendían los españoles de esta Nueva España pedir al Emperador Carlos V el repartimiento perpetuo de los pueblos de los indios, y para autorizar más su petición y justificar la causa, solicitaron a los religiosos de las tres órdenes que les diesen para ello sus firmas y parecer, porque sabían muy a la clara que sin ellas, el católico Emperador no había de condescender con ellos. Ganaron los españoles con facilidad el parecer de los demás religiosos, salvo el de los nuestros, a cuya causa formaron quejas contra ellos, hasta llamarlos enemigos del bien común y hombres que en todo querían ser particulares. Viendo, pues, nuestros religiosos que la malicia y odio de los seglares cada día crecía más, hubieron de ablandar, y para justificar su razón dijeron, que pues el padre Fray Francisco de Soto estaba electo por discreto para el capítulo general y de camino para España, adonde había de tratar negocios con la majestad real, la provincia comprometía en él sobre este caso, para que el parecer que él diese, fuese el de todos. Los seglares, con intervención de unos y otros, tanto supieron persuadir al siervo de Dios, que lo trajeron a su opinión, haciéndole firmar juntamente con los otros, más por importunación que de entera voluntad, como después pareció. Porque haciendo mucha reflexión en ello, y mirándolo con

más madurez y advertencia, cayó en su alma un escrúpulo muy grande, hallándose arrepentido de lo que había hecho. Y no pudiendo sufrir la inquietud que esto le causaba, rogó que le mostrasen la escritura que se había firmado para estar más advertido de lo que en ella se contenía. Mostráronsele, y él, viendo su firma, rompióla, y echándosela en la boca tragósele, diciendo que había sido engañado. Fué esto ocasión de otra persecución mayor para nuestros religiosos, porque en México les quitaron las limosnas, y los afrentaban cuando los veían, y pidiendo limosna de pan, decían algunas mujeres: "Pues cómo, ¿los frailes no comen papel? ¿para qué piden pan?" Empero el Señor, que no desampara a sus siervos, no permitió pasar adelante esta persecución, antes por su infinita bondad se allanó todo, y vivieron los religiosos más quietos. Enviado a España con negocios de la provincia en favor de los naturales, y pasando por Tlaxcala, prometió a los indios de volver a verlos, acabados los negocios a que iba, dándole Nuestro Señor vida. Embarcóse el año de mil quinientos cuarenta y seis. Llegado a España, y estando en la corte del Emperador, llegaron nuevas de la muerte del santo arzobispo de México, Don Fray Juan de Zumárraga. Y queriendo proveer aquella Iglesia de otro semejante prelado, el Emperador y su consejo enviaron a convidar al siervo de Dios Fray Francisco de Soto con el arzobispado. Lo cual el humilde y apostólico varón rehusó con mucha instancia, teniendo todas las honras del mundo por estiércol, sólo por ganar a Jesucristo, verdadera riqueza y honra de las ánimas. Para lo cual alegó muchas razones con que le dejaron de in-

sistir en ello, y él quedó con suma alegría y consolación de espíritu. Pasó en España muchos trabajos por los caminos, así de cansancio por su vejez y descalcez, como de falta de provisión, por ir desproveído de todo lo temporal, conforme el consejo del Evangelio, y también por no ser bien acogido de sus propios hermanos los frailes, a causa de la comisión y cargo que llevaba de recoger hasta cierto número los que le pareciese para ministros de los indios, lo cual los guardianes de España ásperamente llevaban. Mas todo esto pasó el varón santo con mucha paciencia e igualdad de corazón. Enfermó en el convento de San Francisco de Sevilla, y viéndose cercano a la muerte, pidió con muchas lágrimas a Nuestro Señor le diese vida para poder cumplir con los indios convertidos la palabra que les había dado de tornar, y esto para sola su honra y ampliación de su santa fe católica. Y como el Señor haga la voluntad de los que le temen y oye su ruego, oyó el de su siervo, y alcanzó entera salud. Descubría a todos el deseo que tenía de volver a esta Nueva España, y morir y enterrarse entre los otros sus compañeros. Oyó esto un mercader rico de la misma ciudad, muy aficionado suyo y devoto de la orden, y consoló al siervo de Dios, prometiéndole que si moría en España antes de embarcarse para Indias, le haría traer sus huesos para enterrarlos en la Nueva España en el convento de San Francisco de México con sus hermanos y compañeros. Lo cual oyendo él con grandísimo júbilo de su corazón, y agradeciéndoselo, le echó mil bendiciones. Estando para embarcarse en el puerto de San Lúcar de Barrameda, subíase cada día a una ermita que está en la huerta del convento de

San Francisco, y mirando a la mar (porque desde allí se parece) y derramando muchas lágrimas, le decía: "Oh mar, tómate y pásame de esotra parte. Hermana mar, concéde-me esto, y llegado yo allá muera luego." Estas y otras semejantes palabras decía el varón santo, con que mostraba el deseo que tenía de convertir almas a su Criador y morir entre los religiosos de su celo y espíritu, lo cual Nuestro Señor le concedió, porque al cabo de pocos días se tornó a embarcar para esta Nueva España. En la nao en que venía supo cómo se hacían muchas ofensas a Dios, y dijo a los que en ella venían: "Esta nao no llegará al puerto en salvamento." Y así sucedió como él lo dijo, porque en San Germán se perdió, y no llegó a tierra firme. Entró Fray Francisco en otra nao, y llegó a esta Nueva España el año de mil quinientos cincuenta. Pasó por Tlaxcala, y predicó a los indios a quienes había prometido volver. Estando en el púlpito, vieron todos un resplandor de fuego que cercaba al santo varón, y levantóse un gran ruido y alteración entre la gente. Túvose luego el año siguiente de mil quinientos cincuenta y uno, por el mes de septiembre, capítulo provincial, y predicó el sermón de él, y fué allí electo en primero difinidor. Enfermó en el mismo capítulo, y visitándolo el médico, le dijo: "Padre, aparejaos para morir, porque se os va acabando la vida." Respondió el siervo de Dios con mucho ánimo: "¿Pues qué he hecho, pobre de mí, en tantos años que ha que indignamente tengo el hábito, sino traer siempre esta hora delante de los ojos, y aparejarme para morir?" Aparejóse con largo apercebimiento y prevención, aprovechándose del consejo del Espíritu Santo

V I D A S F R A N C I S C A N A S

que dice de los que en este caso se descuidan: "Gente son estos tales sin consejo y prudencia. Ojalá supiesen y entendiesen y proveyesen sus postrimerías." Recibió con mucha devoción los santos sacramentos, y cuando le ungiéron con el óleo santo, respondió a todas las oraciones que el sacerdote ministro le decía. Hecha y firmada por él la tabla del capítulo, antes que se leyese pasó bienaventuradamente de esta vida a la inmortal a recibir el premio de sus fieles trabajos, viendo allí juntos sus compañeros y hermanos, como lo tenía muy deseado, y fué de ellos honrado en sus exequias, enterrándose también entre sus compañeros difuntos en San Francisco de México.



FRAY MARTIN DE LA CORUÑA

Fué Fray Martín natural de la Coruña, y tercero en número de los doce. Llamóse por otro nombre Fray Martín de Jesús. Vino de la religiosa provincia de San Gabriel. Fué varón de gran perfección en toda virtud, especialmente en la paciencia, que nos es muy necesaria, y en que hemos de poseer nuestras ánimas. Nunca por ocasión que le diesen la perdía. Era en la oración muy continuo, y andando por los caminos y sentado a la mesa, no se apartaba de ella. Muchas veces le vieron arrobado y fuera de sí en contemplación. Siendo guardián de Cuernavaca después que volvió de la larga y trabajosa jornada que hizo con el capitán Don Hernando Cortés a la California, un religioso gran siervo de Dios, llamado Fray Juan Quintero, morador del dicho convento, lo halló dos veces apartado en oración, encendiendo el rostro como de fuego del fervor de la devoción. También fué muy austero para su cuerpo, y hombre de gran penitencia y ferventísima caridad con los prójimos. El santo Fray Francisco de Soto daba testimonio de la gran santidad de este siervo de Dios, diciendo que lo tenía por tan

santo como a Fray Martín de Valencia. El cual siendo custodio y primero prelado en estas partes (como queda dicho), lo envió a la provincia o reino de Michoacán, año de mil quinientos veinticinco, juntamente con el cacique señor de aquella tierra que vino a México a pedir ministro para la conversión de sus naturales. Y así fué el siervo de Dios Fray Martín de la Coruña el primer evangelizador de aquellas gentes. Muchos años antes de su muerte le quitó Nuestro Señor los movimientos de la sensualidad. Murió en el convento de Pítzcuaro, y está allí enterrado. Después de muerto, quedó su cuerpo con gran olor y suavidad, y sus carnes tan hermosas y tiernas como de un niño. Afir- maron los clérigos y otros vecinos de Pítzcuaro, que un sábado de mañana, después de muerto, lo vieron vestido de vestiduras blancas puesto sobre un altar en la iglesia donde está enterrado, con dos candelas encendidas en el mismo altar, y otras cuatro sobre su sepultura. Lo mismo dicen que vieron otra segunda vez, en lo cual quiso mostrar Nuestro Señor la gloria de que este su siervo gozaba.

FRAY JUAN SUAREZ

Fray Juan Suárez vino de la provincia de San Gabriel, y es el cuarto en número de los doce primeros apostólicos varones. En el primer capítulo que estos padres tuvieron en la ciudad de México después de su venida a estas partes, fué electo Fray Juan por primer guardián del convento de Huexotzingo, adonde dejó memoria entre los indios de su mucha religión y santidad. Después se ofreció que el capitán Pánfilo de Narváez iba a conquistar la Florida, y por el celo de la conversión de aquella gente, fué en su compañía Fray Juan Suárez, llevando por su compañero a Fray Juan de Palos, y allí murieron ambos de hambre. El padre Fray Juan Bautista Moles, en el Memorial que recopiló de su provincia de San Gabriel, dice que el que hizo el memorial de la provincia del Santo Evangelio (el cual parece haber leído en Roma, porque se lo prestó el padre general Fray Francisco Gonzaga, a quien yo lo envié), se engañó en nombrar a este padre Fray Juan Juárez, que no se llamaba sino Fray Alonso Juárez. Yo digo que el padre Fray Alonso sería otro, pues dice murió en aquella provincia, y del

J E R O N I M O D E M E N D I E T A

Fray Juan quedó memoria que murió en la costa de la Florida, como aquí se dice. Cuanto más que se ha de creer al original de la obediencia que los doce trajeron, que se guarda en el archivo de San Francisco de México, adonde se nombra Fray Juan y no Fray Alonso. También se ha de creer a la tradición antigua que en estas partes hay, que en dondequiera que se hallan pintados y con sus nombres, le intitulan Fray Juan y no Fray Alonso. Y de los que vivimos, conocimos a algunos de los doce, y cuando nombraban a los compañeros, le llamaban a él Fray Juan. Por haber estado tan poco tiempo en esta provincia, quedó tan corta la memoria de este padre; mas no podemos negar que ya que no sepamos algunas particulares hazañas de su mucha virtud y penitencia y trabajos que padeció en su peregrinación de mar y tierra con celo de la salud de las almas en el ministerio de las que tuvo a su cargo el tiempo que le duró en aquellos principios, y de los muchos encuentros y combates que el demonio le daría en la batalla espiritual, a lo menos que su memoria y nombre no se haya de eternizar en el cielo, pues dice el Espíritu Santo que el justo será en eterna memoria. Y él fué justo y obró justicia, y sin duda alcanzó las promesas que Dios tiene hechas a los que le temen y aman con sencillo corazón.

FRAY ANTONIO DE CIUDAD RODRIGO

Este siervo de Dios fué natural de Ciudad Rodrigo, de donde tomó el sobrenombre, y quinto en el número de los doce. Vino de la provincia de San Gabriel. En esta del Santo Evangelio, fué el segundo provincial que en ella hubo, y guardián de muchos conventos. Era varón de mucha penitencia, y muy austero en el comer y beber. Con ser en aquel tiempo el trabajo de los religiosos muy grande y continuo (por ser ellos pocos y los indios muchos, y acacer a algunos de ellos predicar todas las fiestas tres sermones en tres lenguas diferentes, y después cantar la misa, bautizar cantidad de niños, y confesar los enfermos y enterrar los difuntos cuandos los había), con todo esto vivían en tanta penuria y tomaban las cosas necesarias a su sustento con tanta moderación y templanza, que cierto pone admiración. Andaban descalzos y con hábitos viejos y remendados. Dormían en el suelo, y un palo o piedra por cabecera. Ellos mismos traían un zurroncillo en que llevaban el breviario y algún libro para predicar, no consintiendo que se lo llevasen los indios. Su comida eran tortillas, que

es el pan de los indios hecho de maíz, y ají, que acá llaman chile, y capulines, que son cerezas de la tierra y tunas. Su bebida siempre fué agua pura, porque vino no lo bebían, ni lo que ofrecían querían recibir, como se vió en lo que aquí referiré. Siendo Fray Antonio guardián del convento de México, el santo primer arzobispo de aquella ciudad, Don Fray Juan de Zumárraga, le envió una vispera de Pascua una botija de vino para regalo de los religiosos. Llevándola el portero a la celda del bendito guardián, diciéndole cómo el arzobispo la enviaba para los religiosos, salió el guardián de la celda diciendo a grandes voces: "Cilicios, cilicios, no vino, no vino." Y puesto que los religiosos le rogaron mucho, que por el contento y respeto de quien lo enviaba se quedase en casa para la sacristía, nunca lo quiso recibir, cumpliendo con palabras con el arzobispo, enviándole las gracias por la limosna que a sus hijos hacía, y suplicándole, que pues los amaba, no permitiese se relajasen y pusiesen en malas costumbres: que aquel vino se podía emplear en otras personas que más lo hubiesen menester. De esta manera celaba este bendito varón la perla preciosa de la pobreza. Fué a España en nombre de todos los religiosos de esta tierra para negociar con el Emperador Carlos V que los indios fuesen relevados de tantos trabajos y vejaciones como en aquellos principios padecían, en especial para que se diese libertad a los que injustamente tenían por esclavos. Y ciertamente la solicitud y diligencia de este siervo de Dios fué entonces de grande eficacia para el remedio de esta tierra, porque si pasara adelante la mala costumbre de los esclavos, ya no hubiera indio en toda ella. El cristia-

nísimo Emperador, informado de lo que pasaba, envió cédulas y ordenanzas muy favorables, así para esto de los esclavos, como para que se moderasen los tributos, y para que la doctrina de los indios fuese muy favorecida. Escribía también en particular al mismo Fray Antonio, encargándole le diese aviso si se cumplían o no sus cédulas y provisiones. Fué este siervo de Dios electo en obispo de la Nueva Galicia; mas él por su mucha humildad no lo quiso aceptar. Volvió de España el año de mil quinientos veintinueve, y trajo consigo veinte religiosos, que fueron después escogidos ministros y obreros en esta viña del Señor. Adoleció de enfermedad que Nuestro Señor le dió, el año de mil quinientos cincuenta y tres. Viniéndolo a visitar el médico del convento de México, llamado el doctor Alcázar, y viendo que tenía poco de vida, le dijo: "Padre, encomendaos a Dios, porque ya es llegada vuestra hora." A lo cual respondió el santo varón con júbilo y alegría de corazón, como si le hubieran dado unas nuevas de mucho contento: "¡Oh señor doctor! Dios os dé buenas nuevas, como vos a mí me las habéis dado." Quedó el médico de esto tan edificado, que salió de la enfermería derramando lágrimas y diciendo: "Bendito seáis vos, Señor Dios, en vuestros siervos y amigos, que si a mí, pecador, me dijeran que me iba muriendo, se me juntara el cielo con la tierra." Está sepultado en el convento de San Francisco de México, adonde murió.

FRAY TORIBIO MOTOLINIA

Fué Fray Toribio el sexto en el número de los doce, natural de Benavente en España y profeso de la provincia de Santiago, y traspuesto después en la recolección de la provincia de San Gabriel, como casi todos los doce lo fueron. Llamábase Fray Toribio de Benavente, y cuando llegaron a esta tierra de las Indias, como él y sus compañeros venían descalzos y con hábitos pobres y remendados, mirándolos así los indios, decían muchas veces este vocablo: *motolinía*, hablándose unos a otros, que en la lengua mexicana quiere decir pobre o pobres. Fray Toribio, con el deseo que traía de aprender la lengua de los indios, como les oyese tantas veces aquel vocablo, preguntó qué quería decir. Y como le dijesen que quería decir pobre, dijo: "Este es el primer vocablo que sé en esta lengua, y porque no se me olvide, éste será de aquí en adelante mi nombre", y desde entonces dejó el nombre de Benavente y se llamó Motolinía. Era varón muy espiritual, de mucha y continua oración. Entre otras virtudes que en él resplandecían, la castidad fué la principal, de la cual era tan celoso que a un religio-

so grave y ejemplar, por sólo que le vió una vez llegar la mano al rostro de una niña que su madre traía en los brazos para que la bendijese, lo reprendió. Trabajó mucho, así en enseñar la doctrina cristiana y cosas de nuestra fe a los naturales, como en bautizar, de lo cual era amicísimo. Por esto se disponía a ir a lejanas tierras, por que los niños no se muriesen sin bautismo. Fué a la provincia de Guatemala, llevando consigo algunos religiosos ejemplares y celosos de la salvación de las almas, y con ellos plantó allí la fe de Jesucristo, e hizo muy gran fruto en aquellos naturales. Pasó adelante de Guatemala, por ver dos religiosos extrangeros que tuvo noticia andaban en la conversión de los indios en la provincia de León y Nicaragua, y también por ver un volcán de fuego que está en aquella tierra, que es cosa de admiración. Era de esto tan amigo, que teniendo relación cierta de estas maravillas de la naturaleza, las procuraba ver y las escribía, para que todos los que las supiesen alabasen a Dios en ellas, como él lo alababa cuando las veía. Volviendo después a esta Nueva España, y siendo guardián en la ciudad de Texcoco, hubo un año de gran sequía en toda la tierra, y los panes estaban muy bajos, que no crecían por falta de agua, y quemados de los grandes soles. En este tiempo predicó un día a los naturales con gran fe y fervor de espíritu, y mandóles fuesen en procesión, azotándose, a una iglesia de Santa Cruz, que está junto a la laguna grande, y que con toda devoción pidiesen a Dios agua, y tuviesen esperanza que no se las negaría. Hiciéronlo así, y fué con ellos el santo Fray Toribio, y vueltos de la procesión, en llegando al monasterio comenzó

a llover, y de allí adelante siempre llovió hasta que granó el maíz, y fué aquel año de mucha cosecha. También acaeció que otro año vinieron tantas aguas y tan continuas, que no cesaba de llover día y noche; tanto, que no sólo los panes se perdían en el campo, mas también las casas, como eran de adobes, se caían. Mandó el varón santo a los indios que fuesen en procesión, azotándose, a la iglesia de Santa Cruz, y volviendo de la procesión, quiso Nuestro Señor que luego cesase el agua, como antes cayese muy recia y con ímpetu. Después todo aquel verano llovió templadamente como lo habían menester, con lo cual los indios quedaron muy edificados y más firmes en la fe cristiana. Todo lo cual se cree haber concedido Nuestro Señor por los méritos de este su siervo. Cayó enfermo, y estando cercano a la muerte, pocos días antes le tomó gran deseo y fervor de decir misa. Hizo poner recado en un altar para decirla en el claustro antiguo de San Francisco de México, y allí fué casi arrastrando, porque no quiso dejarse traer de alguno, y dijo su misa. Diéronle la extremaunción poco antes de completas. Acabado de recibir este sacramento, dijo a los religiosos que presentes estaban, fuesen a decir completas, que a su tiempo él los llamaría. Enviólos a llamar acabadas las completas, y estando todos juntos en su presencia, y habiéndoles dado su bendición con muy entero juicio, dió el alma a su Criador. El obispo de Jalisco, Don Fray Pedro de Ayala, de la orden de nuestro padre San Francisco, que presente se halló a su finamiento, le cortó un pedazo de la capilla del hábito que tenía vestido el siervo de Dios, porque le tenía mucha devoción y en reputación de santo, como en la verdad lo

era. Murió en el convento de San Francisco de México, donde está enterrado, el día del glorioso mártir español San Lorenzo, cuyo muy particular devoto era. Enterráronlo el mismo día con la misa del santo en lugar de la de difuntos. En cuyo introito se cantan aquellas palabras: *Confessio et pulchritudo in conspectu ejus*, etc., las cuales con harta congruidad se pueden aplicar a este apostólico varón, gran confesor de Cristo y hermoso por el ornato de toda virtud, amicísimo de la pobreza evangélica, celoso de la honra de Dios, muy observante de su regla y ferventísimo en la conversión de los naturales, de los cuales bautizó, por cuenta que tuvo en escrito, más de cuatrocientos mil, sin los que se le podrían olvidar; lo cual, yo que lo escribo y fuí su súbdito, lo vi firmado de su nombre. Fué el último que murió de los doce, y sexto provincial en esta provincia del Santo Evangelio. Escribió algunos libros, los cuales son: "*De moribus Indorum.*" "*Venida de los doce primeros padres, y lo que llegados acá hicieron.*" "*Doctrina cristiana en lengua mexicana.*" Y otros tratados de materias espirituales y devotas.

FRAY GARCIA DE CISNEROS

El séptimo de los doce fué Fray García de Cisneros. Vino de la provincia de San Gabriel. Era muy avisado y circunspecto en sus cosas, celoso y muy amigo de la observancia de su profesión. Y así haciéndose provincia esta que antes era custodia del Santo Evangelio en el capítulo general de Niza, el año de mil quinientos treinta y cinco, y teniéndose capítulo en esta Nueva España, dejando el oficio de cuarto y último custodio el venerable padre, digno de eterna memoria por su mucha virtud y letras, Fray Jacobo de Testera (que después fué comisario general de estas partes), con unánime consentimiento de los padres vocales y por sus muchos méritos y virtud, fué Fray García electo en primer provincial de esta provincia. Este oficio hizo el siervo de Dios con mucha prudencia y aceptación de todos. Trabajaba mucho con los indios y predicábales muchas veces la palabra de Dios. Y porque en su ausencia no faltase este manjar espiritual de las almas, escribía muchos sermones en lengua de los mismos naturales, y dejábaselos en los pueblos por donde pasaba para que los más hábiles de ellos

los leyesen y predicasen a los otros en los domingos y fiestas cuando se juntaban en la iglesia. Los cuales hoy día los tienen en mucho y guardan muchos de los indios. Sabía muy bien que no vive el hombre con sólo el pan material, mas también con toda palabra que sale de la boca de Dios. Instituyó el colegio de Santiago Tlaltelolco a contemplación de los célebres varones Don Antonio de Mendoza, primer virrey de esta Nueva España, y Don Fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México. Puso por lectores en él religiosos santos y doctos como fueron Fray Arnaldo de Bassacio, Fray Andrés de Olmos, Fray Juan de Gaona y Fray Bernardino de Sahagún. Al colegio intituló de Santa Cruz, y en él se enseñan a leer y escribir los niños hijos de los naturales comarcanos a la ciudad de México y otros de más lejos, y después se les lee latinidad. También se fundó (siendo provincia) la ciudad de los Angeles, que es la segunda de españoles en esta Nueva España, y fué el que más orden, traza y color dió para ello, juntamente con Fray Toribio Motolinía, y ambos le pusieron el nombre de los Angeles. Teniendo el mismo oficio quiso partirse a los reinos de Castilla a dar cuenta al Emperador y a los preladados de su orden de muchas necesidades y trabajos que esta nueva Iglesia padecía. Estándose aparejando para esta jornada, le dió una enfermedad de que murió, y es de creer fué a gozar de Dios para siempre en su gloria, según lo bien y apostólicamente que vivió. Están sus huesos en el convento de San Francisco de México.

FRAY LUIS DE FUENSALIDA

Fray Luis de Fuensalida fué el octavo en el número de los doce. Tomó el hábito en la provincia de San Gabriel; hombre muy prudente, amigo de su profesión y de toda virtud. Entendía moderadamente en la obra de los indios y de su conversión, por no perder sus ejercicios de oración y devoción. Fué electo en segundo custodio después que lo dejó de ser la primera vez el santo Fray Martín de Valencia. Aprendió la lengua mexicana y predicó en ella primero que otro alguno de los doce sus compañeros, y entre ellos fué el que mejor la supo. Diéronle el obispado de Michoacán, y para ello le enviaron cédula del Emperador Carlos V, mas por su grande humildad no lo quiso aceptar. Llegando la nueva a esta tierra cómo la Goleta era tomada y ganada de los infieles, le vino deseo de pasar a Africa a predicar a los moros y padecer martirio por Jesucristo. Por este respecto fué a España, tomando por ocasión que iba a dar cuenta al Emperador y al general de la orden del estado de esta tierra. Llegado a España, alcanzó la licencia que pretendía para pasar a Africa con otros frailes, aunque no la

pudo cumplir, porque Fray Pedro de Alcántara, que a la sazón era provincial en la provincia de San Gabriel, se la revocó, por ventura porque Nuestro Señor determinaba de él otra cosa, o pareciéndole al provincial que aquella provincia tenía necesidad de semejante varón. Y así pareció, pues fué después en ella difinidor y guardián de los principales conventos. Pasados algunos años, y teniendo los padres de aquella provincia puestos los ojos en él para elegirlo por provincial de ella, acordó de volverse a esta Nueva España, diciendo que desde aquí quería levantarse a juicio con sus santos hermanos y compañeros que en esta tierra había dejado. Tornando, pues, de vuelta a estas partes, el año de mil quinientos cuarenta y cinco, acabó en el Señor bienaventuradamente en la isla de San Germán, donde está enterrado. Bien podemos decir de este siervo de Dios lo que canta la Iglesia del glorioso San Martín: que puesto que no pasó de esta vida por cuchillo de persecución, no por eso perdió la palma y corona del martirio.

FRAY JUAN DE RIBAS

Este bendito padre es el noveno en el número de los doce primeros. Tomó el hábito de religión en la provincia de San Gabriel. Aunque en su tiempo se guardaba la regla de nuestro padre San Francisco con harta estrechura en esta provincia del Santo Evangelio, con todo eso, anhelando con ardentísimo deseo a mayor perfección este varón de Dios y otros diez o doce con él, hombres de mucho espíritu y religión, procuraron nueva reformación. Con este intento quisieron hacer otra provincia por sí, la cual llamaron la Insulana, denominándola así del general de la orden, que a la sazón era Fray Andrés de la Insula. Para este fin, el santo Fray Juan de Ribas dejó la guardianía de Cuernavaca. Anduvieron estos padres muchas tierras, buscando asiento idóneo para su propósito, y no hallándolo a su gusto, se volvieron a esta provincia del Santo Evangelio de donde habían salido, en la cual el siervo de Dios fué muchas veces definidor y guardián del convento de México. Era celosísimo de la observancia de su regla, y especialmente de la pobreza, y en los capítulos, diciendo lo que sentía

sobre cosas que tocaban a la guarda de ella, se encendía tanto en fervor de espíritu, que no era en su mano dejar de echar espumajos por la boca. En particular, hallándome yo (que esto escribo) presente en un capítulo provincial, adonde se ventiló si se recibiría el colegio que ahora tienen en la ciudad de los Angeles los padres de Santo Domingo (el cual primeramente dejaba el fundador Luis Romano a la provincia del Santo Evangelio, si nuestros religiosos lo quisiesen recibir), comenzando a dar su parecer los que a la sazón eran prelados, y habiendo persuadido el uno de ellos, como hombre que tenía energía y retórica, con muchas razones y ejemplos de cosas pasadas en España, que convenía se recibiese: visto por el santo Fray Juan de Ribas, que por ser prelado de tanta autoridad y letras el que lo había persuadido, la mayor parte de los votos le seguirían (como de hecho le siguieron), llegada su vez (que fué luego de los primeros), habló con tanto espíritu y celo, fundando el contrario parecer en la estrecha obligación de nuestra profesión a la santa pobreza con razones muy claras y ejemplos que para ello trajo deshaciendo los contrarios, que no hubo religioso que después osase contradecirle, sino que todos votaron conforme a su parecer. Tanto era lo que estimaba la perla preciosa de la santa pobreza. Y no sólo la celaba en los otros, mas en sí propio la amaba, viviendo paupérrimo y andando siempre descalzo. Siendo guardián del convento de Tlaxcala, le dijeron que el santo varón Fray Toribio Motolinía hizo en el convento de Atlixco (donde estonces era guardián) unas almáticas de raso harto pobres. Sintiólo tanto Fray Juan de Ribas,

V I D A S F R A N C I S C A N A S

verdadero amador de la pobreza, que con aflicción grande de su espíritu y mucho sentimiento, respondió al que se lo había dicho: "Decidle a nuestro hermano Fray Toribio, que se quite el nombre de Motolinía (que quiere decir pobre), pues no muestra serlo en sus obras." Era también Fray Juan sincerísimo, que no cabía en su pensamiento ningún género de malicia ni sospecha siniestra de alguno. Fué grande predicador de los indios en su lengua mexicana, mostrando en los sermones sumo deseo de la salvación de sus almas. Hacía representar los misterios de nuestra santa fe, y las vidas de algunos santos en sus propias fiestas, porque mejor lo pudiesen percibir y retener en la memoria, según son gentes de flaca capacidad y talento. Morando en el convento de Texcoco, el día de San Juan Bautista dijo misa con la mayor devoción que pudo. Otro día siguiente, que fué a veinticinco de junio del año de mil quinientos sesenta y dos, dió el alma a su Criador, estando con todo su juicio, y alabando el santísimo Nombre de Jesús, puesto de rodillas en tierra, y de pechos sobre su pobre cama. Está sepultado en el mismo convento de Texcoco. Escribió algunos tratados en la lengua mexicana, y son: "Doctrina cristiana o catecismo." "Sermones dominicales de todo el año." "*Flos sanctorum* traducido en la lengua." "Preguntas y respuestas cerca de la vida cristiana."

FRAY FRANCISCO JIMENEZ

Es este varón de Dios el décimo de los doce. Vino con ellos de la provincia de San Gabriel, donde tomó el hábito de religión. Fué muy docto en el derecho canónico, varón de gran serenidad y humildad, *dilectus Deo et hominibus*, por su mucha afabilidad y benevolencia con todos, amigo y celoso de su profesión. Su humildad fué tanta, que en España no quiso ordenarse de misa, hasta que habiendo de pasar a estas partes, se ordenó por necesidad que para la conversión de los indios habría de sacerdotes (aunque era hombre ya de edad), y fué el primer sacerdote que cantó misa nueva en este nuevo mundo. Envióle el Emperador cédula para ser primer obispo de Guatemala, mas por quedar en el estado humilde que había elegido de fraile menor, no lo quiso aceptar. Andaba tan embebido y absorto en Dios, que tenía necesidad de compañero que le hiciese comer y mudar de ropa. Muchas veces le preguntaban si había comido, y no se acordaba de ello. Y esto no por falta de memoria y buen entendimiento (que tal lo tenía), mas por andar siempre en continua oración mental tratando con

Dios, extático y fuera de sí, como enajenado de sus potencias y sentidos. Siendo guardián de Cuernavaca, tenía en su compañía un religioso gran siervo de Dios, llamado Fray Miguel de las Garrobillas, el cual enfermando, el guardián, usando de su mucha caridad, lo trajo en un caballo a la enfermería de México para que fuese curado. Y descansando ambos en el camino, se soltó el caballo y huyó por lo más alto de la sierra. Y para buscarlo y preguntar por él, ninguno de los dos se acordó de qué color era. Tanto era su pensamiento en Dios, que aun de las cosas que traía entre manos no se acordaba. Fué uno de los primeros que aprendieron la lengua mexicana, y la supo muy bien y el primero que hizo de ella arte y vocabulario, y en ella escribió muy buenas cosas. Examinó también todos los libros y tratados que en esta lengua se habían escrito, por particular comisión a él dada. Predicó mucho a los españoles e indios, y de todos era generalmente amado, en especial de los religiosos que en esta Nueva España entonces comenzaron a venir a entender en el ministerio de los indios, que fueron los dominicos y agustinos, con quienes siempre trataba. Cuando visitaba los pueblos de los indios, guardaba este orden: en llegando a ellos se entraba a la iglesia a hacer oración, y acabada brevemente la oración, se asentaba y hacía una plática a los indios que allí estaban juntos, porque esta fué desde el principio de su conversión su loable costumbre, de salir todo el pueblo o poco menos en dos hileras, los hombres en una y las mujeres en otra, a recibir el religioso que les iba a administrar doctrina y los santos sacramentos. En esta plática les decía la causa de su

venida, que era para darles el pan y mantenimiento de la palabra de Dios, y los medicamentos necesarios para la salud de las almas a los que espiritualmente estuviesen dolientes. Y tras esto, habiéndolos preparado con los avisos que para ello se requieren, primeramente confesaba los que hallaba enfermos, después a los sanos que lo pedían. Este mismo modo han usado ordinariamente los siervos de Dios, obreros de esta su viña, en las visitas que hacían tomando este trabajo sobre el del camino, por descanso y refrigerio. Adoleció este santo varón de una grave enfermedad que Nuestro Señor le dió para prueba de su paciencia y más mérito suyo. Y estando en la cama muy desfallecido sin poderse menear, oyó que le traían el santísimo sacramento del Cuerpo de nuestro Redentor, y levantóse con mucho fervor de espíritu, y puso las rodillas en tierra con gran ímpetu de devoción, que parecía haber cobrado nuevas fuerzas, y así lo recibió. Dió santamente el espíritu al Señor en el convento de San Francisco de México, donde está enterrado. Después de muerto, el enfermero de aquel convento, que se decía Fray Lucas de Almodóvar, devoto y santo religioso, conociendo la mucha santidad del siervo de Dios Fray Francisco Jiménez, y por la devoción que le tenía, le cortó un dedo de la mano, el cual se le perdió al cabo de un año, sin saber cómo ni dónde, aunque lo traía siempre en la capilla del hábito. Confesó después este religioso (que era varón de mucha verdad y religión) que en un año que lo trajo consigo no se secó, sino que estaba fresco, y daba de sí tanta fragancia de olor, que le confortaba. El día que murió en México el santo Fray Francisco, en Tuchpa

J E R O N I M O O D E M E N D I E T A

(q uese en la provincia de Jalisco, setenta leguas de Méxi-
co) otro santo varón llamado Fray Daniel, lego, con quien
el difunto tenía capitulada hermandad espiritual (como
muchos religiosos lo usan en sus religiones), lo supo, y el
mismo día Fray Daniel dijo a un religioso en cuya compa-
ñía estaba: "Ha sido Nuestro Señor servido de llevar hoy
a su gloria al padre Fray Francisco Jiménez." Créese pia-
dosamente que el mismo Fray Francisco, por la hermandad
que entre sí tenían, le aparecería por la voluntad del Señor.
Escribió este bendito padre con mucha curiosidad y con-
cierto la vida del santo Fray Martín de Valencia, tres años
después de su muerte, como quien había sido el más íntimo
familiar suyo.

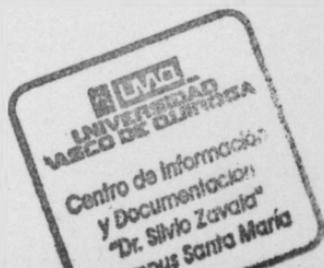
FRAY ANDRES DE CORDOBA

Entre las cosas en que más resplandeció la Sabiduría divina, una fué la vocación de sus santos apóstoles, para por ellos conquistar el mundo. No buscó armas, no máquinas, no pertrechos de guerra ni municiones, no fuerzas de hombres valientes ni riquezas, no poderío ni nobleza de linaje; mas unos pobres pescadores, flacos, sin letras ni nombre. Esto nos dice muy claro el apóstol: "Las que el mundo tiene por bobería, eligió Dios para confundir los sabios, y las cosas flacas para confundir las cosas fuertes, y las menospreciadas y sin nobleza para confundir las altas." La razón de esto da San Agustín, diciendo: "Si fuera elegido para la predicación del Evangelio algún rey, dijera: mi dignidad fué elegida; si los hombres ricos, dijeran: nuestras riquezas fueron elegidas; si el Emperador, dijera que su poderío; si el orador, que su elocuencia; si el sabio, que su sabiduría. A solos los pobres, sin letras, nombre ni linaje les dice Cristo: Venid en pos de mí." Esto se verificó muy bien en los doce apóstoles, por cuya predicación se promulgó la ley cristiana por todo el mundo, y ahora últi-

mamente en este nuevo mundo por algunos religiosos pobres y sin letras. Entre los tres primeros, el uno, Fray Pedro de Gante, lego, hombre de mucho espíritu, virtud y celo de las almas, y entre los doce (cuyas vidas contamos) Fray Juan de Palos (de quien luego haremos mención) y Fray Andrés de Córdoba, de quien ahora aquí tratamos. Este siervo de Dios fué lego simple, mas muy sabio en las cosas del espíritu y servicio del Señor. Vino de la provincia de San Gabriel, y es el undécimo en número entre los doce. Los viejos santos de esta provincia daban testimonio de su mucha religión y virtud, y cuán ejemplar obrero fué en esta viña de Cristo. Aprendió la lengua mexicana y en ella predicó muchas veces a los naturales. Discurrió por diversas partes para convertir infieles, siendo mandado por la obediencia; conviene saber: México, Michoacán y Jalisco. Pasó santamente a la vida inmortal a recibir el premio de sus santos trabajos. Sus huesos están con mucha veneración guardados en una caja de piedra detrás del altar de la capilla mayor del convento de Izatlán, de la provincia de Jalisco, con los de otros cuatro santos frailes que fueron muertos por los indios infieles en defensa de la fe. Estos fueron: Fray Antonio de Cuéllar, guardián de aquel convento; Fray Juan Calero, lego; Fray Francisco Lorenzo, sacerdote, y otro fraile mancebo llamado Fray Juan.

FRAY JUAN DE PALOS

Fray Juan de Palos fué el duodécimo en el número de los doce primeros. Vino de la provincia de Andalucía. Lo cual pasó de esta manera: En la obediencia que el padre generalísimo Fray Francisco de los Angeles (que después fué cardenal de Santa Cruz) dió a los primeros padres que vinieron a esta Nueva España, venían señalados trece con su prelado el santo Fray Martín de Valencia. Entre los cuales venían Fray José de la Coruña, sacerdote, y Fray Bernardino de la Torre, lego. Quedáronse estos dos en España por la ocasión que en el tercer libro se dijo, y porque viniese cumplido el número de doce, eligieron los demás con mucho acuerdo a Fray Juan de Palos, lego, y muy virtuoso, que moraba en el convento de San Francisco de Sevilla. Fué en esta tierra muy ejemplar trabajador, y predicó muchas veces a los indios en la lengua mexicana que aprendió. Acompañó por la obediencia a Fray Juan Suárez cuando fué a la Florida con el capitán Pánfilo Narváez, donde murió de hambre, como en la vida de Fray Juan Suárez se dijo, y como fueron compañeros en la peregrinación y muerte, es de creer lo son también en la gloria. Como fué su vida tan corta en esta Nueva España, fué también poco lo que se supo de ella.



FRAY JUAN DE ZUMARRAGA

Fué este varón santo vizcaíno, natural de la villa de Durango, adornado de todas virtudes y buenas letras. Tomó el hábito de la religión del padre San Francisco en el convento de Nuestra Señora de Aranzazú de la provincia de Cantabria (que entonces se contaba en Burgos), y después se pasó a la de la Concepción, por vivir en casas del sayal y recoletas, y fué en ella muchas veces guardián y definidor, y una provincial, los cuales oficios ejercitó con mucha prudencia y cristiandad. Siendo guardián de la religiosa casa del Abrojo, cerca de Valladolid, tuvo allí una Semana Santa el cristianísimo Emperador Carlos V, nuestro rey y señor. Y como por madado de S. M. se hiciese muy larga limosna al monasterio, de comida y de todo lo demás necesario al sustento de los religiosos, de ninguna cosa de cuantas le dieron se quiso el buen prelado aprovechar para sí ni para sus frailes, mas todo lo mandó repartir entre pobres, y él y sus frailes se pasaron con su acostum-

brada pobreza. Vino esto a noticia del Emperador, el cual como viese al siervo de Dios celebrar los oficios de aquella semana con singular devoción y gravedad, y contemplase en él toda religión, reposo, santidad y mortificación en su persona, lo tuvo de allí en adelante en mucho precio y estima, y desde a poco tiempo hizo que le fuese encomendado el oficio de la santa inquisición, para que (pues era vizcaíno y sabía la lengua de aquella tierra) fuese a castigar y enmendar el abuso de las brujas que en Vizcaya se levantaban. Hizo aquel oficio con mucha rectitud y madurez, y por esto y por sus muchos merecimientos lo eligió el Emperador en primer obispo de México. Rehusó esta dignidad todo cuanto pudo el humilde y apostólico varón, mas fué compelido por la obediencia de su superior a aceptarlo. Hecho obispo, antes de consagrarse pasó a estas partes de la Nueva España, el año de mil quinientos veintiocho, con título de electo obispo y protector de los indios, y con grandes poderes del invictísimo César para ejercitar esta defensa de menores. Venido a la Nueva España, como era el santo Obispo tan celoso de la honra de Dios, y viese la tierra muy disoluta en costumbres, sin temor de la justicia divina, procuró reformarla con todo su posible. Fué esto ocasión para que siendo el obispo a todos muy amable, los españoles de esta tierra, que estaban apoderados de los indios y se servían de ellos más que inhumanamente, le cobrasen odio y rencor a él y a los demás religiosos que miraban por la honra de Dios y por la cristiandad y amparo de los recién convertidos, y los persiguiesen como a capitales enemigos. Eran los autores de esta maldad los mismos que goberna-

ban la tierra en ausencia de Don Hernando Cortés. Y sucedió que habiendo sacado un hombre que estaba retraído en el convento de San Francisco de México, y llevándolo a la cárcel, estando puesto en entredicho, lo querían sacar a ajusticiar. Viendo esto el siervo de Dios, con algunos de sus clérigos y con una cruz cubierta de luto fué a la cárcel a que le diesen el preso y no lo ajusticiasen, pues le valía la inmunidad de la Iglesia, la cual de oficio estaba obligada a defender. Los ministros de la justicia, que estaban por la parte de dentro, no sólo con palabras de poco respeto, mas también con lanzas y otras armas se pusieron a defender que no llegasen los eclesiásticos a la puerta de la cárcel, y al mismo obispo le tiraron un bote de lanza con el reca-tón, que le pasó por debajo del sobaco. Mas Nuestro Señor, que lo guardaba para mayores cosas, no permitió que le acertasen, como acaeció cuando Saúl tiró la lanza a David, que no le acertó por permisión divina. Levantaron en esta persecución al siervo de Dios y a aquellos santos religiosos de aquel tiempo muchos falsos testimonios de cosas feas y deshonestas, que aun la imaginación de ellas no cabía en pechos tan llenos de Dios como los suyos. Escribieron contra estos santos varones al Emperador y a su consejo de Indias, para desacreditarlos, por si informasen contra ellos de lo que pasaba. Y por otra parte pusieron la diligencia posible para no dejar pasar a España cartas suyas, como en efecto no las pudieron enviar hasta que un marinero vizcaíno se ofreció al santo obispo en secreto de llevarlas y darlas en su mano al Emperador. Y así lo cumplió, que las llevó dentro de una boya muy bien breada y ecbada a la

mar, hasta que la pudo sacar a salvo, y llegado a España las puso en las manos de la cristianísima Emperatriz en ausencia del Emperador, la cual las leyó con muchas lágrimas, sintiendo los grandes trabajos y persecuciones que el siervo de Dios y los otros religiosos padecían. Y mandó luego con toda brevedad despachar navío para la Nueva España, y deponer de sus oficios al gobernador y oidores y embarcarlos para España, los cuales murieron malamente en breve tiempo, y los que acá quedaron, que habían sido en infamar falsamente a los santos religiosos, se desdijeron públicamente con testimonio de escribano. Proveyó de allí a poco la Emperatriz, gobernadora de los reinos de España, otros jueces para la audiencia real de México, buenos cristianos y temerosos de Dios, y envió a llamar al obispo para que se consagrara. Volvió por este mandato a España, el año de mil quinientos treinta y dos, con harta pobreza de dineros y de lo demás (según lo mucho que le convenía negociar) para su consagración. En España defendió con pecho apostólico la inocencia de los religiosos y suya, y quitó (en lo que pudo) la miseria y vejación de los afligidos indios. Anduvo por España pobre y penitentemente, animando a los religiosos que veía ser para ello, a que viniesen a tan santa empresa, como era la conversión de tantas almas a la fe de Cristo. Tornó consagrado a esta Nueva España, el año de mil quinientos treinta y cuatro, con mucha honra y valor, como su persona y vida lo merecían. Tenía más tierno amor a los indios convertidos, que ningún padre tiene a sus hijos. En sus enfermedades y trabajos lloraba con ellos, y nunca se cansaba de servirlos y llevarlos

sobre sus hombros como un verdadero pastor. Fué parte para quitarles los excesivos tributos que entonces daban, así al rey como a los encomenderos, de oro, plata, piedras preciosas, plumas, mantas ricas, esclavos e indios de carga, y para que no fuesen vejados con el trabajo de los suntuosos edificios de casas que hacían para los españoles. Antes de su ida a España, había escrito al Emperador y a su consejo de Indias, suplicando que a los indios esclavos se diese libertad, por el inicuo abuso que acerca de esto pasaba, pues los que los tenían, era con mal título y contra conciencia. Y lo mismo escribieron otros graves religiosos de aquel tiempo, y lo solicitaba en corte el obispo de Chiapas, Don Fray Bartolomé de las Casas. A lo cual acudió con mucho acuerdo el dicho consejo, y se envió la primera provisión para que fuesen libertados los indios esclavos, antes que este santo obispo fuese a España, firmada de la Emperatriz, el año de mil quinientos treinta. Y después que de allá volvió con otros mayores favores que trajo, lo solicitó con mucha diligencia, hasta que tuvo el debido efecto. Dijéronle a este varón de Dios una vez ciertos caballeros que no gustaban de verlo tan familiar para con los indios: "Mire vuestra señoría, señor reverendísimo, que estos indios, como andan tan desarrapados y sucios, dan de sí mal olor. Y como vuestra señoría no es mozo ni robusto, sino viejo y enfermo, le podría hacer mucho mal el tratar tanto con ellos." El obispo les respondió con gran fervor de espíritu: "Vosotros sois los que oléis mal y me causáis con vuestro mal olor asco y disgusto, pues buscáis tanto la vana curiosidad, y vivís en delicadezas como si no fuédes

cristianos; que estos pobres indios me huelen a mí al cielo, y me consuelan y dan salud, pues me enseñan la aspereza de la vida y la penitencia que tengo de hacer si me he de salvar.”

II

Fué este benditísimo prelado muy amigo de la virtud y de virtuosos, y acérrimo reprendedor de vicios y viciosos, y tan enemigo de la ociosidad, que no permitía que alguno de su casa estuviese ocioso. Jamás consintió que mujer alguna entrase en su casa, aunque fuese necesaria al servicio de ella. Ni nunca consintió que por alguna ocasión subiese mujer a lo alto de la casa y aposentos de ella, antes lo tenía todo cerrado como un monasterio. No le daban gusto las ceremonias excusadas, y aborrecía los cumplimientos vanos y sin provecho. En su comer y beber y vestir era muy limpio, aunque comía y vestía pobremente. Y solía decir, que el clérigo y religioso habían de traer sus vestiduras limpias, aunque pobres y remendadas, por la dignidad de su oficio. Siendo obispo vivió como muy perfecto religioso, así en preciarse de la humildad y pobreza en lo que tocaba a su persona, vistiéndose como en la orden, de áspero vestido, y durmiendo en pobre cama, como en levantarse a maitines a media noche y comer siempre con lición y silencio, y no permitir que se trajesen a su mesa más raciones y platos de los que suelen comer comúnmente los religiosos en sus conventos. Los tapices y paños de su casa, eran muchos y buenos libros, porque era amicísimo de letras y de

los que las tenían con humildad. En las misas y órdenes que celebraba y otros actos pontificales, y en predicar la palabra divina, su muy venerable persona representaba bien la dignidad que tenía. Mas fuera de estos tiempos y oficios de autoridad, tratábase como fraile menor. El oficio de la crisma y confirmación lo hacía con tan grande espíritu y lágrimas, que movía a devoción a los que presentes se hallaban, y cuando lo ejercitaba no se acordaba de comer, ni jamás se cansaba, ni había otro remedio para acabar, más de quitarle la mitra de la cabeza y ausentarse los padrinos, porque si esto no hacían, estuviera hasta la noche confirmando. Cuando iba a confirmar y visitar su obispado, las más veces iba casi solo o con muy poca gente, por no dar vejación a los indios, y confirmábalos con las candelas que él de su casa llevaba por no echarlos en costa y porque algunos no dejasen de confirmarse por falta de un real o medio que podía valer la candela, considerando su mucha pobreza y miseria. Era tan fraile de Santo Domingo y de San Agustín en la afición, familiaridad y benevolencia, como de San Francisco, porque con una misma igualdad de amor y voluntad trataba a todos, así en obras como en palabras, con lo cual era a todos amabilísimo. Esforzábalos mucho y amonestábalos a que aprendiesen las lenguas de los indios, y a que trabajasen sin cansar en la viña tan amplia del Señor, donde estaban puestos por sus obreros. Defendíalos también de los que los perseguían y calumniaban, y bacíales muy largas limosnas, dándoles en común y en particular lo que habían menester de libros, vestuario y otras cosas, y ofreciéndose a lo demás que le quisiesen pedir. Proveía

abundantemente lo necesario a las enfermerías de los tres conventos de México, que en aquel tiempo no había otros. También en la misma ciudad hacía otras muchas limosnas a mujeres viudas y huérfanas y pobres necesitados, y todos se admiraban cómo con tan poca renta hacía tanta limosna. Una vez, no teniendo qué dar a un indio que le pidió limosna, le dió el paño con que se limpiaba el rostro. Edificó en México las casas arzobispales y el hospital de San Cosme y San Damián para curar en él los enfermos de enfermedades contagiosas. Edificó también la enfermería antigua del monasterio de San Francisco, adonde estuvo su retrato sacado al natural. Y no dejó de importunar a los religiosos que le dejasen edificar todo el monasterio, lo cual ellos no permitieron por el mucho celo que aquellos benditos padres tenían y amor a la santa pobreza. En Durango, su patria, puso cierta renta para sustento de religiosas beatas, y para que fuesen proveídos los frailes y pobres que allí llegasen. Cuando le venía de España algún pariente, hacíale que ejercitase el oficio que sabía y con él ganase de comer, y decíale que no esperase mayorazgos ni mercedes por ser deudo de obispo. Visitaba los hospitales y él mismo curaba los enfermos con mucha caridad. Su librería, que era mucha y buena, repartió, dejando parte de ella a la iglesia mayor y parte a los conventos de las tres órdenes. Ayunaba con los ayunos de la regla del padre San Francisco como cuando estaba sujeto a la orden, y algunas veces la cuaresma que llaman de los benditos, porque el bienaventurado San Francisco echó su bendición a los que la ayunasen, que es desde la fiesta de los Reyes hasta cuarenta días continuos. Sin es-

to ayunaba otros días por su devoción. Los viernes iba al monasterio de San Francisco, y decía su culpa en el capítulo de los frailes, y recibía con extraña humildad las repreciones y penitencias que le daba el que allí presidía; y esto hizo más veces el tiempo que estuvo electo antes de consagrarse. Una vez colgaron en su casa unos paramentos de lienzo de la tierra, y como fuese (como solía) al convento de San Francisco, dijéronle algunos frailes sus amigos y devotos que ya era obispo. Sintió esto dentro de su alma el santo prelado, y volviendo a su casa, él mismo comenzó a derribar los paramentos o cortinas, y decía a los de su casa con lágrimas: "Dícenme que ya no soy fraile sino obispo; pues yo más quiero ser fraile que obispo." Y bien lo mostró por la obra, que luego procuró renunciar el obispado, aunque no tuvo efecto su renunciación, porque ni el Papa ni el Emperador quisieron condescender con su petición. Cuando no tenía compañero religioso que lo confesase en su casa, se iba a confesar al convento de San Francisco, que no está cerca sino algo lejos, y se volvía a celebrar a su iglesia, llevándose él mismo el breviario en sus manos para rezar el oficio divino. Aconteció una vez que un hombre honrado que había venido del Perú a la ciudad de México, vió al santo obispo de esta manera ir solo por la calle, y pareciéndole persona de autoridad, preguntó quién era aquel fraile. Y como le dijesen que era el obispo de la ciudad, maravillado de su mucha humildad y llaneza, dijo: "¡Oh dichosa ciudad que tal obispo ha merecido tener!" Andando camino, cuando le acontecía llevar en su compañía religiosos de alguna de las órdenes, no quería

subir en un humilde jumento que para alivio de su vejez traían, mas caminaba a pie con ellos, porque en aquel tiempo todos los religiosos de las tres órdenes, aunque fuesen prelados superiores, andaban a pie, y muchos de ellos descalzos. Los religiosos con mucha importunación le rogaban que subiese en la bestia, pues para eso la llevaban, y que no convenía que una persona de su edad y dignidad se igualase a ellos. A lo cual respondía, que pues los siervos de Dios andaban a pie, no era justo que él en su compañía anduviese a caballo. Supo este santo varón el día y hora de su muerte, y díjolo a muchos. Y considerando que pasarían algunos años antes que viniese otro prelado que pudiese confirmar, mandó dar aviso por todos los pueblos de la comarca de México para que en aquella ciudad se viniesen a confirmar los que no se hubiesen confirmado, y a recibir el óleo santo y crisma los que no lo habían recibido cuando se bautizaron, que eran muchos. Los cuales, juntos en la solemne capilla de San José (que está en el patio del monasterio de San Francisco), confirmó, y puso la crisma y óleo santo a los que no lo habían recibido, ayudándole en estos actos muchos sacerdotes que se hallaban presentes.

III

Pocos días después, estando en el pueblo de Ocuituco, donde había ido a confirmar, le llegaron las bulas de su Santidad, procuradas por el Emperador, para que fuese el primer arzobispo de México. Las cuales le pusieron en gran-

de angustia, porque él por su mucha humildad no quería aceptar esta dignidad, diciendo que aun para la que tenía de obispo no era digno, cuánto más para otra superior. Los religiosos de todas las órdenes, por otra parte, le aconsejaban que la aceptase, salvo dos de quienes él hacía mucha cuenta. Y habiéndose ido del pueblo de Ocuituco a México, y estando perplejo y dudoso en lo que haría, porque los ciudadanos de México no le fuesen a importunar que aceptase la nueva dignidad, acordó de partirse para un pueblo que se llama Tepetlaoztoc, que dista de México ocho leguas, donde a la sazón era morador su muy íntimo amigo y siervo de Dios Fray Domingo de Betanzos, de la orden de los predicadores, en cuyas manos (como lo decía el bendito pontífice) deseaba morir. Salió de México la víspera de Pascua del Espíritu Santo, después de media noche, y dióse tanta prisa a caminar en un jumento harto humilde de que siempre usaba, que llegó a las nueve del día a Tepetlaoztoc, donde fué alegremente recibido de los religiosos del monasterio. Diéronle allí al tiempo del comer un poco de vino; mas por muchos ruegos y persuasiones que para ello le hicieron, no pudieron acabar con él que lo bebiese, aunque la necesidad que traía era grande por su vejez y cansancio. Esto hizo porque sabía que los religiosos de aquel convento no lo habían de beber. Y por no tenerse por más digno que ellos no lo quiso hacer. Estuvo allí cuatro días platicando y confiriendo sobre si aceptaría o no la dignidad de arzobispo, y en ellos confirmó catorce mil quinientos indios, trabajo muy excesivo para hombre de tanta edad. Esto certificó el vicario que entonces era de aquel mo-

nasterio, porque hizo contar las vendas de los confirmados. El jueves siguiente después de Pascua le dió su mal de orina de que era apasionado, y púsolo en tanto aprieto que tuvo necesidad de volverse a la ciudad, y acompañólo su fiel amigo Fray Domingo de Betanzos, que no lo desamparó hasta que en sus manos expiró, y así se cumplió su deseo. Una hora antes de su tránsito, dijo a los religiosos que con él estaban: “¡Oh padres, cuán diferente cosa es verse el hombre en el artículo de la muerte, o hablar de ella!” Recibidos con mucha devoción los sacramentos de la Eucaristía y extremaunción, dió el alma a su Criador, diciendo: “*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*”, el domingo después de la fiesta del Corpus Christi, a las nueve de la mañana, año de mil quinientos cuarenta y ocho, estando con todo su juicio, sin turbación alguna, y siendo de edad de más de ochenta años. Mandóse enterrar en el monasterio de San Francisco con los frailes sus hermanos; mas por haber sido el primer prelado de la Iglesia de México, lo sepultaron en ella a la puerta del Sagrario junto al altar mayor, a la parte del Evangelio, que otro sepulcro no se le pudo dar más preeminente. Su muerte se supo milagrosamente aquel mismo día por toda la comarca de México, y se hizo espantoso llanto en todas las ciudades y pueblos, y todos se cubrieron de luto. Fué mucha la gente que concurrió a su sepultura, y con tantas lágrimas y sollozos de los religiosos y clérigos fué sepultado, que no se podían hacer los oficios acostumbrados. Jamás fué visto tan doloroso sentimiento por prelado. El virrey y oficiales de la real audiencia estuvieron a su entierro vestidos de

lobas negras, dando muchos gemidos y suspiros, que no los podían disimular. El llanto y alarido del pueblo era tan grande y espantoso, que parecía ser llegado el día del juicio. Dícese que su cuerpo está entero, y tiénese creído que Nuestro Señor ha hecho algunos milagros por su siervo después de su muerte. El más auténtico es, que algunos años antes de su muerte había vedado el apostólico varón por causas justas que le movieron, los bailes y danzas profanas y representaciones poco honestas que se hacían en la procesión general de la fiesta de Corpus Christi, donde tanta atención y reverencia se requiere. Y aun para dejar más fundada esta reformatión, juntamente con una muy provechosa doctrina cristiana que él mismo compuso, hizo imprimir un tratado de Dionisio Cartujano del modo como se deben hacer las procesiones con reverencia y devoción. Y después de muerto el siervo de Dios, en sede vacante pareció a algunos de los del cabildo que se tornasen a hacer aquellas farsas y bailes que antes se hacían. Estando, pues, ya aparejados los representantes y todo a punto, el mismo día de la sagrada fiesta por la mañana llovió en tanta manera, que no fué posible hacerse la procesión acostumbrada por las calles, como se suele hacer. Visto esto por el cabildo de la Iglesia, y advirtiéndole que aquello era permisión divina por haber tenido en poco el mandato del varón santo, determinaron de allí adelante no se hiciesen aquellos juegos y danzas, y así se guardó todo el tiempo de la sede vacante, que fueron seis años.

FRAY ANDRES DE OLMOS

I

Si con atención se mira la vida, penitencia y obras heroicas de este santo varón, se hallará haber sido uno de los muy perfectos religiosos que ha tenido esta Nueva España, amado de Dios y de los hombres, cuya memoria es en bendición, y a quien hizo Dios en la gloria semejante a los santos, y lo engrandeció y sublimó en el temor de los enemigos, y en sus palabras y santa doctrina aplacó los monstruos bravos de los chichimecas. Fué este santo religioso, natural de tierra de Burgos, cerca de Oña, hijo de honestos y muy cristianos padres. Crióse algunos años con una su hermana casada, en Olmos, cerca de Valladolid, de donde tomó el nombre o apellido de Olmos. En su juventud se ocupó en el estudio de los sacros cánones y leyes; pero llegando a edad de veinte años, y considerando la oportunidad grande que en la religión hay para mejor servir al Señor, determinó de dejar el mundo y entrar en ella. Hízolo así, y tomó el hábito de los menores del padre San Fran-

cisco en el convento de Valladolid, de la provincia de la Concepción. Después de hecho religioso, vivió en mucho temor de Dios y observancia de su regla, ocupando el tiempo en aprender las divinas letras con que después fructificase en la viña del Señor. Era en aquella sazón guardián de la religiosa casa del Abrojo el santo Fray Juan de Zumárraga, y siéndole dada comisión del Santo Oficio, a contemplación del Emperador Carlos V, para castigar las brujas de Vizcaya, escogió por su compañero para negocio tan grave a Fray Andrés de Olmos, visto su gran espíritu, acompañado de letras y religión. Y después, siendo el mismo Fray Juan de Zumárraga promovido al obispado de México, tornó a elegir al dicho Fray Andrés para compañero de peregrinación tan larga, y lo trajo consigo a esta Nueva España por alivio de sus espirituales trabajos (año de mil quinientos veintiocho), y también para ayuda de la conversión de sus ovejas, conociendo (como en espíritu) la luz que de él había de salir para alumbrar los pobres y miserables naturales de esta tierra, que andaban en tinieblas. Y así fué dado como por luz y maestro a toda la Nueva España, y la alumbró por discurso de cuarenta y tres años que en ella vivió enseñando la ley de Dios con sus sermones, escrituras y santidad de vida. Era Fray Andrés de mediana estatura y buena complexión, y así aparejado para cualesquier trabajos y penitencias corporales, por lo cual escogió para sí las tierras más ásperas y necesitadas, y sobre todo, porque era muy amigo de la cruz de Cristo y quería que le cupiese gran parte de ella. Con este designio aprendió todos los géneros de lenguas que le parecieron de

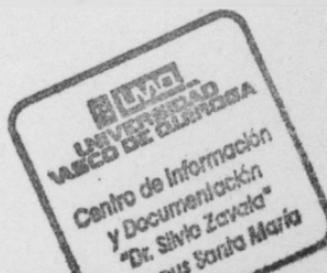
mayor necesidad y más universales, como son la mexicana, totonaca, tepehua y huasteca, con las cuales corrió las más provincias de esta Nueva España con celestial fervor y celo de la salvación de las almas, dando de sí (como luz divina) evangélico resplandor. Los inmensos trabajos que este santo varón sufrió andando siempre a pie por montañas y sierras fragosísimas y por valles, barrancas y honduras, de calores insufribles, sin ningún género de regalo (pues en aquel tiempo ni pan, ni vino, ni carne, ni otra cosa de las que hoy se usan había), ¿quién podrá ponerlos en suma tan pequeña? ¿Y quién habrá que los crea? Particularmente entre gente que parece tener espíritu de contradicción para contradecir a la razón y verdad, y para deshacer las vidas y obras maravillosas de los varones santos, midiéndolas con la bajeza de su entendimiento y pusilanimidad de sus ánimos. Ellos se desvelan imaginando cómo apocar los santos de Dios, y Dios ordena cómo por el mismo caso sean para siempre sublimados y gloriosos acá y allá. Y como los santos procuraron agrandar a su Dios y Señor, así él dispone cómo sean más honrados. Por la misma manera acaeció a este varón apostólico, que (permitiéndolo Dios para más mérito suyo) no le faltaron émulos y perseguidores, andando por los yerros desterrado, cansado y trabajado, evangelizando la palabra divina, todo comido de mosquitos, y por esto su rostro como de leproso llagado. Mas como prudentísima serpiente cerraba sus oídos al canto de los detractores y murmuradores, y callaba los bienes que Dios le comunicaba, tomando por medio cubrirse de cilicio y dar ceniza por pan a su apetito, considerando que Dios, a quien

él deseaba tanto agradar, le había de ser fiel tutor y defensor, aunque los pecadores (a quienes el santo procuraba convertir y cuyos vicios reprendía) se le volvían contrarios.

II

Era este varón santo muy humilde, y tenía se por vilísimo e indigno de algún bien en la tierra. Huía de las honras mundanas como de conocido peligro para su salvación. Por esta causa se alejaba de poblado y de la frecuencia y conversación de gentes, porque los religiosos de la provincia no le hiciesen prelado, que lo deseaban mucho por su virtud y letras, y así se alejó más de la comarca de México, pasando desde Veitlalpa a las sierras de Tuzapán, donde estuvo algunos días y convirtió y bautizó toda aquella gente, y aprendió y supo muy bien la lengua totonaca. Después, dejando ministros en aquella tierra, pasó a la costa de la Huasteca, predicando por lo de Pánuco y Tampico hasta entrar en los chichimecas bravos, que confinan con la Florida. Cosa maravillosa, que siempre buscaba las tierras más ásperas y estériles para plantar la fe, porque se temía quedarían sin ella los que en ellas vivían, si acaso rehusasen los otros ministros la aspereza, peligros, destemplanza y esterilidad de ellas, porque eran habitadas de gentes fieras y caribes que se andan por los campos como brutos animales, sin edificar casas ni sembrar para coger. Y a estas mismas partes vino este bendito varón a dar algún alivio a su cansada vejez, lleno de enfermedades que co-

bró en las tierras destempladas por donde había peregrinado. Con todo esto, después de tantos años de vida tan bien gastada, conquistaba y ganaba de nuevo a Cristo (con más ánimo y espíritu que en la mocedad) hombres que son más inhumanos y carniceros que las fieras del campo, entre los cuales vivía tan alegre y sin recelo, como si fueran muy domésticos españoles. Y así hacía entre ellos sus ermitas y chozuelas con sus altares y retretes para su reposo, como si no viviera entre una gente que se comen unos a otros, y que no tienen temor, ni vergüenza, ni ley, ni razón, más del arco y flechas con que derruecan los pajaritos que van por el aire volando. Mas no era esto sin particular milagro y voluntad de Dios, que cegaba aquellos bárbaros y aplacaba su fiereza y crueldad para que no se encarnizasen en su siervo, aunque hambrientos y deseosos de sus carnes, como lo afirmó por escrito un venerable religioso de la orden de San Agustín, que lo trató y conversó treinta años. El cual dice que le confesaron los mismos indios bárbaros que un Jueves Santo fueron a su ermita con intento de matarlo, y que por hacerle salir fuera le flecharon la cubierta de la casilla, que era de paja, con flechas en que pendían manojuelos de yerba seca encendidos, y viendo que el fuego no prendía en la choza, cobraron tanto pavor que se volvieron huyendo, sin seguirlos nadie. Los mismos dieron testimonio ante el gobernador de aquella tierra, que se llamaba Alonso Ortiz de Zúñiga, que muchas veces salieron a matar a este varón santo, y que las flechas que le tiraban se volvían con la misma furia contra ellos, por lo cual no osaban hacerle mal ninguno. antes se le venían mansos



como corderos y lo adoraban como a hombre del cielo, y de más de cuarenta leguas la tierra adentro venían a oír de su boca las palabras de Dios y a recibir el santo bautismo. Y por su respeto, el día de hoy tienen los indios bárbaros en mucha estima y veneración a los religiosos de San Francisco que andan cerca de ellos. Y con haberse después perdido gran parte de lo que este varón santo ganó, se coge en muchos el fruto de su predicación, perseverando en la fe, y muchos de aquellos infieles vienen hoy día a buscar los sacramentos y fe de la Iglesia católica. Traía Fray Andrés por común dicho a cada paso y como por bordón, “la cruz adelante”, significando en esto, que como soldado de la bandera de Cristo, escogido para ganar el reino de los cielos, no había de volver pie atrás, mas cada momento ofrecerse a más trabajos, penitencia y cruz. Particularmente yo, que esto escribo, le oí dar este dicho por respuesta (cuando venía a los capítulos) a los religiosos que compadeciéndose de su mucho trabajo, viéndole ya viejo y asmático, y comido todo el rostro de mosquitos y con otras enfermedades, le importunaban que se quedase ya a descansar en la tierra de México. A lo cual no respondía otra cosa, sino su común dicho: “Hermanos, la cruz adelante.” Y decía esto con un fervor, que bien mostraba, como otro San Pablo, no gloriarse sino en la cruz de nuestro Redentor Jesucristo, huyendo de todo consuelo, descanso y recreación humana. Por lo cual ya no echaba menos las cosas que el apetito naturalmente suele desear, ni sentía en ellas gusto ni olfato, porque comía cualquier cosa de mal sabor y

olor, como si fuera sabrosa y olorosa. Su principal regalo y consuelo era trabajar por salvar ánimas, y acudir siempre a la parte más necesitada y desamparada de ministros. Y como el siervo de Dios aprovechaba tan bien el tiempo, así se compadecía de los que lo empleaban mal y no gastaban el que Dios les dió en granjear el cielo para que fueron criados. Y para que se ocupasen en algo y no estuviesen ociosos, tradujo del latín en metro castellano el libro *De Haeresibus* del padre Fray Alonso de Castro, con gran curiosidad y artificio y con mucha erudición y doctrina. Y también dos epístolas de dos judíos rabíes, una de las cuales anda inserta en las Partes Teologales de San Antonio de Florencia. Pensando él, con su bondad, que por aquella vía aprovecharían el tiempo los que mal lo expendían. Compuso en la lengua mexicana un auto del juicio final, el cual hizo representar con mucha solemnidad en la ciudad de México en presencia del virrey Don Antonio de Mendoza, y el santo arzobispo Don Fray Juan de Zumárraga, y de innumerable gente que concurrió de toda aquella comarca, con que abrió mucho los ojos a todos los indios y españoles para darse a la virtud y dejar el mal vivir, y a muchas mujeres erradas, para movidas de temor y compungidas, convertirse a Dios. Sacó también en la misma lengua, para avivar los juicios bajos de los naturales, las pláticas que los viejos y señores mexicanos hacían a sus hijos y vasallos y otros muchos libros y tratados que abajo se contarán.

III

Tuvo este siervo de Dios espíritu de profecía, según se vió en dos casos. El uno fué que visitándole un sobrino suyo en el pueblo de Veitlalpa, supo lo que de él había de ser, y relató las cosas futuras que le habían de acaecer, y delante de él y de su compañero las lloró. Y todas ellas sucedieron sin faltar un punto, así como el santo varón las dijo. El otro caso fué, que poco antes que pasase de esta vida, le trajeron un enfermo para que le confesase, y después de haberle oído de penitencia, le dijo: "Andad con Dios, hermano, que sola una hora me llevaréis de delantera y no más." Lo cual sucedió así como lo dijo. Alzáronse los indios chichimecas que el santo Fray Andrés de Olmos había convertido, lo cual fué causa de caer él en una grave enfermedad que le acabó la vida. Recogióse en un pueblo de españoles, entretanto que aquellos indios se allanaban, donde con sus santas amonestaciones y vida apostólica procuraba desarraigar los vicios de aquellos vecinos. Estando un día en el pueblo tratando de la devoción que a la Virgen Madre de Dios se debe, se levantó una llama de fuego muy grande entre sus pies, y lo fué cercando y se le subió hasta la cabeza. Y pensando que eran cumplidos sus días, alzó las manos en alto volviéndose a Dios, atemorizado (por ventura) de tan repentino suceso. Levantóse entonces un su devoto con quien el santo hablaba, para apagar el fuego; mas por presto que llegó, ya había cesado la llama, quedando su cuerpo y ropa sin rastro ni olor del

fuego. Y admirándose grandemente los circunstantes, respondió con mucha humildad el siervo de Dios: "Al fin la cruz adelante", dando la gloria y honra a Nuestro Señor, que tan señaladamente le favorecía. Túvose por indicio este milagro, de que ya su resplandeciente alma quería desamparar aquellos cansados miembros de su cuerpo y volar a la gloria de aquel Señor que vive en fuego inaccesible. Y así fué, porque aquel mismo año pasó de esta vida a la inmortal. Lo cual conoció manifiestamente su espíritu de este famoso y gran ministro de Dios, porque luego se fué la tierra adentro, a las serranías donde se habían hecho fuertes aquellos indios bravos, y haciendo junta de muchos de ellos (con estar ya muy agravado de la enfermedad), les predicó algunos días con extraño espíritu y fervor, y les dijo cómo ya se iba a morir, y que se redujesen a la obediencia de la Iglesia y viniesen de paz al virrey y arzobispo, que ellos los recibirían con amor y proveerían de ministros para su doctrina. Y ellos con muchas lágrimas y sentimiento se despidieron de su verdadero padre y apóstol, teniendo por cierto que no lo verían más, pues él lo decía. De allí se vino luego a Tampico, pueblo de españoles, donde le fatigó la enfermedad hasta que murió. Habíasele hecho al siervo de Dios una postema, de sus muchos y continuos trabajos, que le reventó cuando quiso expirar. Viendo, pues, que su hora se le acercaba, llamó la gente de la casa donde estaba, y queriéndoles agradecer el bien que le habían hecho en hospedarle en ella, les repartió sus riquezas, que eran un rosario, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un cilicio. Y echándoles la bendición, comenzó a decir el Credo

con una devoción de un ángel, y acabándolo de decir dió su alma al Señor. En el mismo punto se le transfiguró el rostro en tan agradable y angélico semblante, que a todos daba notable consuelo. Los que presentes se hallaron, sintieron una fragancia de tan suave olor, que afirmaban no haberlo semejante en la tierra, puesto que antes que muriese, era tan grave de sufrir el mal olor que de la postema y de otros accidentes de su enfermedad en sí tenía. En la hora que expiró, se oyó una música del cielo entre los indios, de diversos instrumentos, como trompetas, flautas y chirimías, y acudieron todos corriendo a la iglesia, adonde les parecía oír la música, preguntando si había venido de fuera alguna persona de cuenta, a quien con tanta fiesta recibían. Mostraron los naturales por la muerte de su apóstol notable sentimiento, y todos se cubrieron de luto. Y lo que echa el sello en las alabanzas de este santo, es que un hombre pecador que estaba muy mal con él, y decía de sus cosas el mal que podía, viéndose confuso con tantas maravillas como en la muerte del siervo de Dios se veían, se fué para el lugar donde yacía muerto, y arrojándose a sus pies con gran ímpetu de lágrimas y suspiros, daba voces diciendo: "Este era varón santo, y él me decía la verdad; mas yo como malo, no lo quería creer." Y es de alabar a Nuestro Señor, que como le debió de alcanzar en el cielo el perdón de sus culpas, en testimonio y prendas de tanto bien le envió Dios la penitencia en esta vida a aquel buen hombre, dándole un cáncer en los labios con que solía detraer de su santo, y así se le comieron, y parte del rostro, de la cual enfermedad murió purgado en el hospital de San Cosme y

San Damián de México, habiendo primero desdichose y vuelto la honra que había quitado al siervo de Dios, por instrumento público de escribano. De la misma suerte aconteció a otro que puso lengua en el varón santo porque le reprendía su vida descuidada, el cual murió de una enfermedad contagiosa y sin poder confesarse, con haber sacerdote en la villa donde murió. Otro español que amaba mucho al siervo de Cristo y le hacía algunos beneficios, estando enfermo de cierta pasión penosísima, el día que trasladaron su santo cuerpo se llegó a su sepultura, y tomando de la tierra donde había estado y reverenciándola, sanó luego y quedó libre de aquel mal. Para que se entienda por esto, que Dios no se olvida de tomar venganza de aquellos que a sus siervos persiguen y maltratan, como también se acuerda de gratificar a los que hacen bien a los suyos. Murió el santo Fray Andrés de Olmos el año de mil quinientos setenta y uno, a ocho del mes de octubre. Los ornamentos de los altares y los con que el santo decía misa (aunque pobres y de poco valor) quedaron con tanta fragancia de olor después de su muerte, que los religiosos y españoles seglares que cerca de sí los tenían, alababan a Dios por ello, y afirmaban que aquella suavidad y olor sobrepujaba a los olores de la tierra, y así lo tenían por manifiesto milagro. Escribió este padre bendito muchos tratados en diversas lenguas, entre los cuales se hallan los siguientes: "Arte de la lengua mexicana." "Vocabulario" de la misma lengua. "El Juicio final", en la misma lengua. "Pláticas que los señores mexicanos hacían a sus hijos", en la misma lengua. "Libro de los siete sermones", en la misma lengua. "Trata-

do de los pecados mortales y sus hijos', en la misma lengua. "Tratado de los Sacramentos", en la misma lengua. "Tratado de los sacrilegios", en la misma lengua. "Arte de la lengua huasteca." "Vocabulario" de la misma lengua. "Doctrina cristiana", en la misma lengua. "Confesionario", en la misma lengua. "Arte de la lengua totonaca." "Vocabulario" de la misma lengua, y otros muchos libros.

FRAY DIEGO DE OLARTE

Fué este religioso varón natural de la villa de Medellín en Extremadura, aunque su dependencia (según parece) de las montañas. En esta tierra fué conquistador en compañía del excelente capitán y marqués del Valle, Don Hernando Cortés, hombre de mucha suerte en el mundo, y así lo fué después en la religión del padre San Francisco. Escogiólo Dios para obrero de esta su viña al tiempo que la comenzaban a plantar aquellos doce apóstoles varones primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio, cuya vida imitó en el fervor y celo de la observancia de la regla y de la conversión de los naturales, y en el rigor de la penitencia, en la cual excedió aun a algunos de ellos, porque en cuarenta y más años que vivió en el hábito, siempre anduvo descalzo y sin túnica. Su cama era unas tablas, sin ropa, con sola una estera, y no dormía tendido en ella, sino arrimado a la pared. Continuamente ayunaba, y casi nunca cenaba. Jamás bebió vino, aunque tuvo hartas y grandes necesidades, por mortificar su carne, acordándose de lo que dice el apóstol, que en el vino hay lujuria. Mas cuando

caminaba en compañía de algún religioso que sentía tener necesidad o flaqueza, llevaba una botilla con vino para darle; tanta era su caridad. Con los huéspedes era muy cumplido y largo, y procuraba de hacerles todo regalo. A todos convidaba e importunaba que comiesen, y para persuadirlos a ello, con su mucha caridad, tomaba él primero un bocado y hacía como que comía. Tenía con su buen espíritu eficacia en las palabras para persuadir lo bueno y disuadir lo malo. De esto bastará tener un ejemplo. Estaba un novicio en el convento de México muy tentado, y aun determinado de dejar el hábito, y no bastando con él largas pláticas y persuasiones de muchos siervos de Dios, le habló este bendito padre bien pocas palabras, que fueron bastantes no sólo para quitarle totalmente la tentación que entonces tenía, mas también para hacerle después estar muy contento con el estado que había tomado, y vivir como bueno y devoto religioso. Después que entró en la religión nunca quiso subir a caballo, ni para pasar ríos, ni para subir asperísimas sierras, ni por otra ocasión cualquiera que fuese, aunque muchas veces tuvo de ello necesidad. Yo que esto escribo le acompañé un año, siendo provincial de esta provincia, y pasando sierras muy ásperas en tierras calidísimas (como son hacia Teutitlán, y de Tlatlahquitepec a Veitlalpa, que entonces eran casas nuestras), le ví en veces tan descaecido del gran calor del sol, caminando por las tardes, que no podía dar paso adelante, y cuando lo daba, le era forzoso tenderse en el suelo, que parecía querer expirar. Y como los indios previniendo la inminente necesidad, llevasen caballos de respeto para los tales caminos fragosos y ellos y yo

le importunásemos que subiese un poco (siquiera por no llevar la compañía penada), no lo podíamos acabar con él, sino que a mí me decía que subiese a caballo, que él no lo había menester. Otras veces en caminos pedregosos y llenos de espinas (que los hay muchos en estas tierras, en especial en las cálidas), se iba lastimando, rozando y desangrando los pies, y le rogábamos se pusiese unas sandalias, pues Cristo nuestro Redentor las permitió a sus apóstoles, y nunca se las quiso calzar, sino que a todo respondía: "Ya poco queda." Fué increíble el tesón que tuvo en cosas de rigor y penitencia de su cuerpo, consolándose en todo con aquellas palabras: "Ya poco queda." Dando por esto a entender, que el tiempo que le restaba de la vida era poco. Porque (como dice el apóstol) el tiempo es breve, y con la brevedad de él se acaban los trabajos y penalidades de esta vida, con las cuales se merece la gloria, como también lo dice el mismo apóstol: "Lo que al presente es momentáneo de tribulación y fácil de llevar, en gran manera obra en nosotros muchos méritos de gloria." No aprendió este siervo de Dios muchas letras, porque era soldado cuando entró en religión, y hombre en días, y también porque en aquella sazón en esta tierra había poco ejercicio de letras (que todos los religiosos, por la mucha falta de ministros, se ejercitaban en la conversión de los indios, y así no había lugar de estudiar), mas por el buen espíritu que tenía, y por saber bien la lengua mexicana, fué uno de los mejores predicadores en ella que hubo en su tiempo, y de los que más fruto hicieron, y de los que más quisieron y amaron los indios. Y fué de tan buen entendimiento y plática y discreción,

que en congregaciones y juntas de personas sabias de todas las órdenes, tenía su dicho y parecer mucha autoridad. Y con este crédito y reputación, y ser muchas veces guardián del convento de México, y difinidor de la provincia, y después provincial, tuvo gran cabida con los virreyes y gobernadores de esta Nueva España, y con el segundo marqués del Valle, Don Martín Cortés, y también por haber sido criado de su padre, lo cual (al parecer del mundo) le hizo daño, mas en otro sentido provecho. Porque para purgar algunas culpas que por ventura se le pudieron pegar de la privanza de palacio y de tratar con los grandes, permitió el Señor le sucediese lo que al cabo de su vejez le sucedió. Y fué que los jueces visitadores enviados a esta Nueva España por mandado del rey Don Felipe nuestro señor, el año de mil quinientos sesenta y siete, sobre la rebelión que se dijo, haciendo información contra el marqués del Valle y otras personas, tuvieron al siervo de Dios por sospechoso, y como a tal lo enviaron a los reinos de España, cosa que para su hábito, canas y autoridad, se tuvo por muy afrentosa. Mas llegado a España, él dió tan buena cuenta de su persona ante la real presencia, que quedó muy enterado de la inocencia y santidad de tal varón. Y entendiendo claramente la sinceridad de su vida y ser hombre apostólico, sintió mucho el haberle dado tanto trabajo como era el de tan largo viaje. Y dicen que S. M. le ofreció un obispado, y que no queriéndolo aceptar, dijo que S. M. lo diese a quien mejor lo mereciese, que el obispado que él deseaba y la merced que se le podía hacer, era dejarle volver entre sus hijos, a quienes él entrañablemente amaba y había

V I D A S F R A N C I S C A N A S

criado para Dios. Y así, por orden de S. M. le tornó a enviar su consejo de Indias, con religiosos y con mucha honra, por comisario general de toda la Nueva España, donde llegó tan alcanzado de salud por los trabajos pasados, que no pudo pasar de los términos de Tlaxcala; mas volviéronlo de allí a la enfermería del convento de San Francisco de la ciudad de los Angeles, donde acabó el curso de esta vida muy santamente, recibidos los santos sacramentos, el año de mil quinientos sesenta y nueve, y allí está enterrado.

FRAY JUAN DE ALAMEDA

Fray Juan de Alameda vino de la provincia de la Concepción con el santo obispo Don Fray Juan de Zumárraga, el año de mil quinientos veintiocho. Aprendió luego la lengua de los naturales, y súpola muy bien, y trabajó con ella fielmente, predicando y confesando, siendo súbdito y prelado, que lo fué lo más del tiempo que acá vivió por sus buenas partes. Pasó al pueblo de Huexotzingo (que entonces tenía más de cuarenta mil vecinos) de las barrancas adonde estaba, al lugar y sitio donde ahora está, y edificó el monasterio que tiene. Siendo ya muy viejo, renunció de todo punto las confesiones (según se entendió) por ser tan celoso y amigo de la castidad y limpieza, que aun en confesión le era odioso y aborrecible oír el vicio contrario a ella. Fué muy religioso y concertado en su manera de vivir, y gran republicano, con lo cual adornó en gran manera los pueblos adonde residió, que fueron muchos, y entre ellos el pueblo de Tula, adonde fué guardián el año de mil quinientos treinta y nueve, el cual puso en mucha poli-

cía, y en muchas cosas lo ilustró, como los naturales de él han dado de ello testimonio. Falleció cerca del año de mil quinientos setenta, y está enterrado en el convento de Guacachula, cuya iglesia él había edificado.

FRAY JUAN DE ALAMEDA

Fr. Juan de Alameda vino de la provincia de la Compañía con el santo obispo Don Fray Juan de Zambrana, el año de mil quinientos veintiocho. Aprendió luego la lengua de los naturales, y después muy bien, y trabajó con ella firmemente predicando y confesando, siendo sabido y apreciado, por lo que en más del tiempo que acá vivió por sus buenas partes. Puso al pueblo de Huetzamal (que entonces tenía más de ochenta mil vecinos) de las partes que ahora están al lugar, y vino desde aquel país, y edificó el monasterio que tiene. Siendo ya muy viejo renunció de todo punto las cosas de este mundo, y se retiró a un lugar y amigo de la ciudad y limpió, que aun en confesión le era odioso y aborrecible por el vicio contrario a ella. Fue muy religioso y constante en su manera de vivir, y gran republicano, con lo cual aborreció en gran manera los vicios de los naturales, que hacen muchos y en los años de Tula, donde fue guardado el año de mil quinientos ochenta y nueve, el cual pasó en mucha paz.

FRAY JUAN DE SAN FRANCISCO

I

Este varón santo fué natural de un pueblo llamado Veas, en el reino de Murcia. Estando estudiando en la universidad de Salamanca, tocado de la mano del Señor, acordó de dejar el mundo, lleno de tantos peligros, y tomar el hábito de religión en el convento de nuestro padre San Francisco de la misma ciudad, donde habiendo pasado el tiempo de su noviciado y acabado el curso de sus estudios, acordó de pasar a esta provincia del Santo Evangelio en esta Nueva España, el año de mil quinientos veintinueve, con celo muy ferviente de la conversión de los indios. Fué varón de mucha oración y contemplación, y juntamente grande obrero en la labor de la viña del Señor, en la cual ocupaba lo más del día, por la muchedumbre de creyentes que en aquel tiempo ocurrían a recibir el bautismo y doctrina de la Iglesia católica, y por la falta de ministros que entonces había para este efecto. A la noche acudía a la oración y recogimiento interior, diciendo aquellas palabras del

profeta: "En el día encomendó el Señor las obras de misericordia, y en la noche sus alabanzas." Con lo cual fué tenido por uno de los señalados obreros que en esta Nueva España había, así en santidad de vida como en doctrina y fruto de los naturales. Fué electo en octavo provincial de esta provincia del Santo Evangelio, después de haber renunciado este oficio el muy docto y religioso varón Fray Juan de Gaona. Era sincerísimo, juzgando de la pureza de su alma que todos eran de su manera. Y así de ninguna persona puesta en estado de religión podía imaginar cosa de pecado. Lo cual fué causa que el oficio de provincial no lo ejercitase al gusto de algunos, porque hallando culpas en ciertos súbditos, las exageró y castigó con todo rigor, por el excesivo fervor de espíritu en que le encendía el celo de la honra de Dios, no pudiendo tolerar sus ofensas, y así era fuerte reprendedor de los vicios, porque se le representaban como monstruos apartados y aborrecidos de su pensamiento. Nunca en la noche metía lumbre en su celda, y lo mismo aconsejaba a sus compañeros, diciendo que de noche mejor se gusta de Dios sin lumbre material. Y en tanta manera guardaba esto, que aun siendo provincial no permitía que tañido el Ave María se le diesen cartas ni le tratasen de negocios, hasta haber dicho misa otro día, porque decía él aquellas palabras de Cristo: "Basta al día su trabajo." Y porque las cosas que se ofrecían del oficio, en aquel tiempo eran tan pocas y leves, que en cualquier hora se les daba suficiente despacho. En lo demás traía su vida tan concertada, que ninguna ocasión bastaba a sacarle de su punto. En diciendo misa (que era ordinariamente en sa-

liendo de prima) se recogía en su celda para dar las gracias, en que se detenía grande rato, puerta y ventana cerradas. Y salido de allí, se ocupaba lo más del día en las cosas anexas a su oficio y en la doctrina y ministerio de los naturales, sin tomar tiempo de alivio (como es permitido), porque tenía tanto cuidado de la pureza de su conciencia, que en ninguna cosa dejaba derramar sus sentidos. Fué electo este bendito religioso en obispo de Yucatán, la cual elección él renunció por su humildad, alegando que no era idóneo para semejante cargo. Cuando se ordenó de misa, dijo a los compañeros que con él se ordenaban: “¿No habéis visto el carácter del alma? Yo lo vi cuando se me imprimió en ella por el orden sacro que hoy he recibido.” Esto parecerá a alguno imposible, por ser el carácter invisible. Pero también el alma es invisible, y con todo eso puede uno entender el conocimiento de la limpieza que en ella tiene, revelándose el Señor. Y así no es inconveniente ver uno y entender cuando el carácter se le imprime, revelándose el Señor con los modos y maneras a la divina Majestad vistos y sabidos, por figuras representativas de esta impresión. Y aunque es verdad católica que ninguno puede saber con certidumbre de fe, si es amado de Dios en esta vida, pero si Dios lo quiere revelar, como lo reveló a muchos santos, y entre ellos a la Magdalena y a San Pablo y al padre San Francisco, y a otros (pues es Señor absoluto), él les puede conceder este privilegio particular, y así lo pueden saber, como este su siervo vió y entendió el carácter que se le imprimió. Y permitiría el Señor que lo descubriese, para afirmar la fe de alguno que por ventura va-

cilaba en ella. Cuando vino de España trajo gran deseo de saber la lengua más general de los indios para poder predicarles la palabra de Dios y enseñarles las cosas de la fe cristiana. Y pedíalo a Nuestro Señor con continuas lágrimas y oraciones. Y estando una noche en contemplación en su celda, en el convento de Tlaxcala, vino sobre él un grande resplandor, y admirado dijo: "*Dominus illuminatio mea*", que quiere decir: "El Señor es el que me alumbra." Y súbitamente se le manifestó que le era concedida por don del cielo la lengua mexicana (que es la más general), y luego otro día siguiente comenzó a predicar en ella con grande admiración de los naturales, y en ella compuso un muy cumplido sermonario y unas colecciones de diversas materias, llenas de maravillosos ejemplos, en muestra de la merced que Dios le había hecho en manifestarle aquella lengua para que predicase sus misterios, con lo cual hizo mucho fruto en la conversión de los indios, destruyendo la idolatría, desbaratando muchos templos de los demonios, quebrantando infinidad de ídolos y bautizando grande número de infieles en diversas provincias.

II

Una de las provincias donde más fruto hizo y donde más trabajó este siervo de Dios, fué la de Tehuacán, pueblo principal, y particularmente dedicado a la cultura y servicio de los demonios en su antigüedad, conforme a la etimología del nombre, que parece significar lugar de los

dioses, y así era grande el número de los ídolos que en aquel pueblo había. De éstos hizo recoger el siervo de Dios todos los que pudo, con intento de en un día señalado hacer un solemne sacrificio a la divina Majestad, destruyendo y asolando públicamente aquella abominación. Y para esto mandó llamar a todos los principales del pueblo, y estando juntos, les dijo que convenía mucho al servicio de Nuestro Señor se juntasen todos los indios de aquella comarca y provincia allí en la cabecera para el día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, porque tenía muchas cosas que decirles, y que ellos diesen orden como esto se hiciese y no hubiese falta. Hiciéronlo así los principales como el siervo de Dios se lo mandara, y estando aquel día todos allí juntos, y habiéndoles predicado el engaño y ceguedad en que los demonios enemigos del género humano los había puesto a ellos y a sus antepasados, haciéndoles adorar aquellas feas estatuas y ofrecerles su propia sangre y la de sus hijos en ofensa y desacato del verdadero Dios, que crió los hombres a su imagen y semejanza para que a él solo sirviesen y adorasen con sacrificios de alabanza. Acabado su sermón, luego allí delante de todos mandó a los mozueros fieles que tenía doctrinados en la fe, que quebrantasen y desmenuzasen aquellos ídolos que él tenía para aquel efecto aparejados y puestos en hilera. Lo cual ellos sin detenimiento lo hicieron, no dejando figura de ellos entera. Y el mismo Fray Juan con sus propias manos hizo pedazos el ídolo principal, diciendo aquellos versos del salmista: "*Simulachra gentium, argentum et aurum*", etc. "Los ídolos de los gentiles no son más que plata y oro y obras de

sus manos. Tienen ojos y no ven, orejas y no oyen." Y como llegaba a la boca, se la quebrantaba, diciendo las mismas palabras del salmo: "Boca tienen y no hablan." Y así de las manos y pies, diciendo las palabras del salmo, hasta que lo dejó trunco. Cosa de admiración, que en una inmensa multitud de infieles que al espectáculo estaban presentes, no hubo alguno que le osase contradecir, con ser él solo y no tener de su parte más que los muchachuelos que había enseñado y bautizado, hijos de los mismos infieles. Pero tenía por sí la razón y verdad, que convencidos por ella no podían dejar de conocer naturalmente que no podía haber más que un Dios Todopoderoso, invisible, y que aquellas estatuas o figuras no podían ser de dioses, sino de cosas malas y aborrecibles. Mas el maldito demonio, inventor de todas ellas, afrentado de aquel hecho, el mismo día apareció a un indio infiel, natural de Tehuacán, que andaba por otros pueblos veinte leguas de allí buscando su menester, y no se había hallado en aquel espectáculo, y aparecióle en la forma o figura del ídolo que el santo varón con sus propias manos había quebrantado, y con las mismas heridas y mellas que en la estatua había hecho, y díjole que mirase cuál le había parado aquel sacerdote cristiano que en Tehuacán estaba. Y que si se tenía por su fiel servidor, fuese luego a vengar aquella injuria. El indio le respondió que lo haría de muy buena voluntad, pero que temía a los caciques y pueblo que guardaban a aquel sacerdote con mucho cuidado. Replicóle el demonio y díjole que tomase un pesado garrote, y no temiese, pues era valiente, que él le ayudaría, y con aquel garrote se metiese dentro del monas-

terio, en el lugar secreto adonde el santo había de acudir, y que allí le diese con él y lo matase, que luego se podría salir fuera sin que alguna persona lo viese, ni se sabría quién lo hubiese muerto. El indio tomó luego su camino con voluntad de hacer lo que el demonio le mandaba, y puesto en aquel lugar que le señaló, entrando en él el bendito padre, descargó aquel ministro de Satanás el palo sobre él, pensando matarlo de aquel golpe; mas quiso Nuestro Señor, que lo guardaba para mayores cosas, que no le acertase, pasándole el palo por las espaldas sin hacerle mal ninguno. Visto esto, dió voces Fray Juan, y acudiéndole su compañero, no tuvo lugar el indio de escaparse. Y preguntándole qué era la causa porque lo quería matar, contó por extenso cómo el demonio le había persuadido lo que queda dicho. El indio, visto su engaño, se convirtió a la fe cristiana y recibió el santo bautismo. Entre muchos indios que no tienen cuenta, convirtió y bautizó este apostólico varón a un sacerdote de los ídolos en el mismo pueblo de Tehuacán. Y sucedió que estando en México el santo Fray Juan, cayó este indio en una muy grave enfermedad. Y aparecieronle los demonios en figura de su padre y madre, y dijeronle que estaban en una muy deleitosa tierra donde tenían mucho descanso, que se fuese con ellos. El indio les respondió que le placía. Tomáronlo luego y lleváronlo cerca de allí a una arboleda, y dijeronle que se ahorcase. Estando por hacerlo, por la persuasión de los demonios, aparecióle un fraile de la misma forma y figura que Fray Juan de San Francisco, que a la sazón (como dicho es) estaba en México, reprendiéndole porque se había olvidado tan pres-

to de lo que le había enseñado, y porque había creído a los demonios sus enemigos que le engañaban en figura de sus padres. Comenzó entonces el indio a dar voces y llamar a Dios, y en el punto los demonios desaparecieron y lo dejaron. Y teniendo el indio por cierto que era el mismo Fray Juan el que le había aparecido, salió a recibirlo al camino cuando volvía de México, y poniéndose de rodillas delante de él, le pidió perdón de sus yerros, dándole gracias porque lo había librado del infierno. Y como cayese en la cuenta este varón santo por la relación que le daba el indio, cómo Nuestro Señor lo había librado del lazo de Satanás, dió gracias a su Majestad por la merced que le hacía en que por su ángel (aunque en figura suya, para honra de su Evangelio) había socorrido a aquel pobrecito indio. Al cual amonestó que de allí adelante estuviese firme en la doctrina de Jesucristo, y no diese crédito a las mentiras y embustes de los demonios.

III

Una mujer devota trajo ante el siervo de Dios un niño hijo suyo, muerto, pidiéndole con mucha fe y devoción que le echase su bendición. Bendíjole el santo varón, y luego el niño muerto se levantó sano. Traíanle después los padres al hijo, agradeciéndole la merced tan grande que les había hecho en darle la vida al niño; mas el siervo de Dios con mucha humildad se excusaba de ello, diciendo que la grande fe de su madre le había recuperado la vida. En el mismo

convento de Tehuacán, estando un día Fray Juan recogido en su celda en oración después de haber celebrado, le aparecieron visiblemente el padre San Francisco y Santa Clara, y le hablaron con mucha familiaridad, y entre otras cosas, le dijeron: "Estos indios, guardan lo que vosotros prometisteis, que es pobreza, obediencia y humildad." Fué la vida de este santo varón tan llena de maravillas, que se le hace mucho agravio quererlas reducir a brevedad. Mas porque no podemos dejar de seguirla (por no ser enfadosos), contentémonos con lo dicho de su vida y tratemos su dichosa muerte, para dechado de bien morir y testimonio de quien él era. Siendo guardián en el convento de Cuernavaca, supo un año antes el día de su fin, y así dijo a su compañero Fray Rodrigo de Bienvenida, que sin falta había de morir antes que se tuviese capítulo. Y pasó así, que dos meses antes que se celebrase cayó enfermo, y sirviéndole en aquella enfermedad el Fray Rodrigo, le dijo: "Hermano, no curéis de hacer cosa para mi salud, porque todo es excusado, que lo que me dijo Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, se ha de cumplir." Era Fray Antonio de Ciudad Rodrigo uno de los doce primeros, y había más de dos años que era muerto, y la noche antes le había aparecido y dicho que se aparejase, porque aquella sería la última enfermedad. Y díjole también muchas cosas, de las cuales sola una descubrió a Fray Rodrigo de Bienvenida, y era que Dios estaba muy airado por la poca justicia que había en la Nueva España. Acaeció esto casi cuarenta días antes de su glorioso tránsito, en los cuales no entendía en otra cosa que en aparejarse para él, tratando a solas con Dios. Partió para Mé-

xico, despidiéndose de todos, como quien sabía muy bien que no los había de ver más. Llegado allá, recibió los santos sacramentos con suma devoción, respondiendo él mismo al ministro que le daba la santa unción, puestas sus manos y los ojos clavados en un crucifijo. Después de haberlos recibido, acabando la presente vida, dando el alma a su Criador, y diciendo aquellas últimas palabras que el Salvador del mundo dijo en la cruz: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, murió un viernes a las once del día, en el año de mil quinientos cincuenta y seis. El mismo día, casi a la media noche, apareció el santo varón en Cuernavaca a una devota mujer española, a quien él en vida solía oír de penitencia, y le dijo que doce horas había estado en purgatorio, y que ya se iba a la gloria. Otro día después de su muerte, apareció también a su íntimo compañero Fray Rodrigo, el cual lo vió a deshora para sí, estando en su lecho recostado, resplandeciendo la celda como la luz de la mañana, y tomándole de los brazos le dijo que se esforzase a vivir y servir al Señor, y en el instante desapareció.

FRAY ALONSO RENGEL

Fray Alonso Rengel, de la provincia de Santiago, vino en compañía del venerable padre Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, juntamente con Fray Juan de San Francisco, el año de mil quinientos veintinueve. Era hombre de buena habilidad y suficiencia de letras, y sobre todo muy ejemplar y grande obrero en la conversión de los indios. Aprendió en breve tiempo las dos lenguas más generales de esta Nueva España, es a saber: mexicana y otomí, y las puso en arte, particularmente la mexicana, de la cual hizo arte muy perfecta, y sirvió muchos años a los que la aprendieron, y en la misma lengua compuso sermones muy buenos de todo el año. En la otomí fué el primero que la alcanzó a saber (aunque es bárbara y dificultosa), y el primero también que en ella predicó la palabra de Dios y su Evangelio en las provincias de Jilotepec y Tula (que eran las más populosas de indios otomíes) y en sus comarcas, donde convirtió innumerables gentes a la fe de Nuestro Señor Jesucristo, y las bautizó, y destruyó todos los ídolos de aquellas provincias con sus templos y altares, con mucho riesgo de su

vida, porque los sacerdotes y ministros de ellos, no pudiendo llevar en paciencia que tan abarrisco les quemase sus dioses, y a ellos los privase de sus antiguas prebendas, trataron muchas veces de matarlo, y en dos partes lo quisieron poner por obra; la primera vez junto a un cerro de un pueblo llamado Chiapa, y la otra, cerca de otro que se dice Tepetitlán. Mas el Señor, cuya obra hacía, lo libró de sus asechanzas, porque la vida de este siervo era necesaria para la salvación de muchas almas. Dicen hoy los viejos de aquel tiempo, naturales de Tula, que la causa por que recibieron entonces la predicación de tan buena gana de este siervo de Dios y de sus compañeros, y los oían y obedecían, era principalmente por la pobreza voluntaria y paciencia que en ellos veían. Y que otras dos cosas les cuadraron mucho de la nueva religión (las cuales hicieron mucho al caso para que ellos diesen más crédito a la predicación evangélica): la una era, ver que la ley de Dios y sus divinas palabras se predicaban, proponían y declaraban públicamente a todo el pueblo, y se pretendía satisfacer a todos de aquellas verdades, lo cual no hacían los ministros de sus ídolos, porque nunca daban razón al pueblo de las cosas de su religión, antes querían que todo les fuese encubierto, salvo lo que ellos les querían decir y mandar para el culto y adoración de los demonios y para sus propios provechos de ellos mismos. La otra era, el ornato, limpieza y buena compostura con que los sacerdotes cristianos y ministros del santo Evangelio celebraban los oficios divinos, lo que los otros de los ídolos hacían al contrario, porque se tiznaban y ponían en sus rostros máscaras feas para sus diabólicos ritos, y usaban de

V I D A S F R A N C I S C A N A S

cantos y músicas infernales y de otras cosas que ponían espanto. Era este bendito varón amigo de su profesión y observancia, austero y penitente, y sobre todo celosísimo de la salud espiritual de las almas, y así trabajó con los indios hasta el fin de su vida con mucho ejemplo y santidad. Fué también muy ejercitado en la humildad y mortificación. Cuando pasaba a estas partes, estando en el convento de San Lúcar, entró una vez en el refectorio, desnudo, azotándose, y lo mismo hizo acá en el convento de México, de lo cual fué muy reprendido, como él lo deseaba, y así lo sufría con mucha alegría. Ejercitó muchas veces el oficio de guardián, y del convento de Tula lo fué dos o tres veces, donde (según dan testimonio los naturales) trabajó grandemente en predicarles y doctrinarlos, y en hacerles la primera iglesia, de que gozaron hasta que se edificó la suntuosa que ahora tienen. También fué quinto ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio el año de mil quinientos cuarenta y seis. Y yendo a un capítulo general de Asís con negocios graves de esta tierra, murió en la mar la muerte de los siervos de Dios, que mueren bienaventuradamente por el celo de su honra.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN

Fray Bernardino de Sahagún, natural del mismo pueblo, siendo estudiante en Salamanca, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de aquella ciudad. Y enseñado bastante en las letras divinas, pasó a esta Nueva España con Fray Antonio de Ciudad Rodrigo el año de mil quinientos veintinueve, juntamente con los arriba nombrados, que en aquellos tiempos eran todos escogidos varones, y venían con espíritu de verdaderos apóstoles. Llegado a esta tierra, aprendió en breve la lengua mexicana, y súpola tan bien, que ninguno otro hasta hoy se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella, y ninguno tanto se ha ocupado en escribir en ella. Porque además de sermones que escribió doblados de todo el año, y una muy elegante postilla sobre las epístolas y evangelios dominicales, y el modo y pláticas que los doce primeros padres tuvieron en la conversión de los señores y principales de esta tierra, y doctrinas y otros tratados que compuso, yo tuve en mí poder once libros de marca de pliego, en que se contenían en curiosísima lengua mexicana declarada en roman-

ce, todas las materias de las cosas antiguas que los indios usaban en su infidelidad, así de sus dioses e idolatría, ritos y ceremonias de ella, como de su gobierno, policía, leyes y costumbres de mayores, y de todo género de conversación y trato humano que ellos tenían antes que los españoles vienesen; los cuales libros también compuso con intento de hacer un Calepino (como él decía) en que diese desmenuzada toda la lengua mexicana (que es de maravilloso artificio) en su propiedad y naturaleza, según los mismos indios la usaban, viendo que se iba corrompiendo por la mezcla de la nuestra, por la conversación española con que los indios iban perdiendo su modo natural y curioso de hablar y tomando nuestra barbaridad con que la hablamos, por no entenderla de raíz. Tuvo tan poca dicha este bendito padre en el trabajo de sus escritos, que estos once libros que digo, se los sacó con cautela un gobernador de esta tierra y los envió a España a un cronista que pedía papeles de Indias, los cuales allá servirán de papeles de especias. Y de los demás que acá quedaron, no pudo imprimir sino solos unos cantares, para que en sus bailes los cantasen los indios en las festividades de Nuestro Señor y de sus santos. En este ejercicio de la lengua mexicana, desarraigando la idolatría, predicando, confesando, doctrinando a los indios y escribiendo para su aprovechamiento, empleó este varón de Dios sesenta y un años que vivió en esta tierra. Particularmente se ocupó la mayor parte de ellos en sustentar y mejorar (como mejoró y adornó) el colegio de Santa Cruz, que está pegado al convento de Tlalteolco en México, donde sin descansar un día trabajó has-

ta la muerte en la instrucción y doctrina de los niños hijos de los principales indios que allí concurren de toda la tierra a enseñarse más perfectamente a leer y escribir, y a saber latinidad y medicina, según su menester, y cosas de policía y buenas costumbres. Fué Fray Bernardino religioso muy macizo cristiano, celosísimo de las cosas de la fe, deseando y procurando con todas sus fuerzas que ésta se imprimiese muy de veras en los nuevos convertidos. Amó mucho el recogimiento, y continuaba en gran manera las cosas de la religión; tanto, que con toda su vejez, nunca se halló que faltase de maitines y de las demás horas. Era manso, humilde, pobre, y en su conversación avisado, y afable a todos. En su juventud fué guardián de principales conventos; mas después, por espacio de casi cuarenta años, se excusó de este cargo, aunque en veces fué difinidor de esta provincia del Santo Evangelio y visitador de la de Michoacán, siendo custodio. En su vida fué muy reglado y concertado, y así vivió más tiempo que ninguno de los antiguos, porque lleno de buenas obras, fué el último que murió de ellos, acabando sus días en venerable vejez, de edad de más de noventa años. La manera de su muerte fué, que dándole la enfermedad del catarro, que el año de mil quinientos noventa corrió generalmente, temiendo los compañeros sacerdotes mancebos que se les fuese entre las manos, importunábanle que se dejase llevar a la enfermería de México para ser curado, o a lo menos, ya que no quería curarse, enterrarse con los santos viejos sus compañeros, como él mismo lo deseaba. A lo cual él les respondía diciendo: "Callad, bobillos, dejadme, que aún no es llegada mi hora."



J E R O N I M O D E M E N D I E T A

Mas tanta prisa le dieron, que por no serles pesado hubo de ir a la enfermería, y dijo al enfermero: "Aquí me hacen venir aquellos bobillos de mis hermanos sin ser menester." El enfermero le regaló algunos días, con que se volvió a su convento de Tlaltelolco, y al cabo de algunos días volvió a recaer, y entonces dijo: "Ahora sí que es llegada la hora." Y mandó traer ante sí a sus hijos los indios que criaba en el colegio, y despidiéndose de ellos fué llevado a México, donde acabado de recibir devotamente todos los sacramentos en el convento de San Francisco de la dicha ciudad, murió bienaventuradamente en el Señor, y está allí enterrado.



FRAY JACOBO DE TESTERA

Fray Jacobo de Testera fué de nación francés, natural de la ciudad de Bayona de Francia, y de gente noble, cuyo hermano servía de camarero al rey Francisco. Era varón muy enseñado en las divinas letras, y religioso muy observante de su profesión, pobre, humilde, alegre y gracioso de condición, y de extremado fervor en las cosas del servicio de Dios y salud de las almas. Vino a estas partes de la Nueva España con Fray Antonio de Ciudad Rodrigo el año de mil quinientos veintinueve, aunque algunos quieren que el de treinta. Antes que pasase a estas partes, estuvo en España poco menos de veinte años, predicando parte de ellos en la corte del Emperador con grande aplauso y aceptación, aunque la mayor parte ejercitó este oficio en la ciudad de Sevilla. Venido a esta tierra, como no pudiese tomar tan en breve como él quisiera la lengua de los indios para predicar en ella, no sufriendo su espíritu dilación (como era tan ferviente) dióse a otro modo de predicar por intérprete, trayendo consigo en un lienzo pintados todos los misterios de nuestra santa fe católica, y un indio hábil

que en su lengua les declaraba a los demás todo lo que el siervo de Dios decía, con lo cual hizo mucho provecho entre los indios, y también con representaciones, de que mucho usaba. Como supo que los indios de Yucatán todavía se estaban idólatras por falta de doctrina, partiése para allá el año de mil quinientos treinta y uno. En Champotón comenzó a enseñar a los hijos de los más principales, siguiendo el estilo que se había tenido en esto de México, y trabajaron mucho él y los compañeros que llevó consigo en apartar la gente de aquella tierra del culto y servicio de los ídolos, y era mucho el fruto que iban haciendo. Mas como el enemigo del género humano no deja de estorbar todos los bienes que puede, procuró de impedir también esta santa obra por medio de los soldados españoles. Porque visto por ellos que los religiosos tenían los indios ya domésticos y juntos en sus escuelas, comenzaron a desordenarse en servirse de ellos, de tal manera, que totalmente les impedían la doctrina que los religiosos les querían enseñar. Fray Jacobo les iba a la mano en esto, y en otras cosas y excesos que hacían, por donde comenzaron a tener entre sí disensiones. Y tales obras hicieron los españoles al bendito Fray Jacobo y tal tratamiento, que le compelieron a dejarlos y volverse a México, donde luego lo eligieron por cuarto custodio de la custodia que entonces era del Santo Evangelio, el año de mil quinientos treinta y tres. Fué a ver la tierra de Michoacán, y puso diligencia para que toda se poblase de religiosos. Envió a Fray Toribio Motolinía con religiosos a lo de Guatemala para que lo poblase de monasterios donde los naturales fuesen doctrinados. De

suerte que todo lo anduvo y todo lo proveyó, o por su persona o por sus comisarios, como otro San Pablo, que andaba solícito en la provisión y cuidado de todas las iglesias. Eligiéronlo los padres de esta provincia por custodio para el capítulo general de Mantua, que se celebró el año de mil quinientos cuarenta y uno, y a la vuelta trajo muchos religiosos de España, y vino por comisario general de todas las Indias, y que por muerte suya le sucediese (como le sucedió) Fray Martín de Hojacastro, que había ido por su compañero al dicho capítulo. Fué este varón de Dios aficionadísimo a la conversión y doctrina de los indios, y de que los religiosos se extendiesen a todas partes, por que a todos alcanzase la palabra de Dios y ministerio de los sacramentos. Era celosísimo de la santa pobreza, y muy dado a la oración, humildísimo y despreciador de sí mismo sobremanera; tanto, que me afirmó quien lo vió, que siendo prelado superior, le acaecía estar remendando su ropilla públicamente, aunque fuese en la portería. Acabó el curso de su vida en venerable vejez, y enterróse en el convento de San Francisco de México.

FRAY MIGUEL DE LAS GARROBILLAS

Fray Miguel de las Garrobillas, natural del mismo pueblo, tomó el hábito en la provincia de la Piedad en el reino de Portugal, y fué discípulo de aquel gran religioso Fray Juan de Guadalupe. Después se pasó a la santa provincia de San Gabriel, por la célebre fama de su recolección y santidad, desde la cual vino a ésta del Santo Evangelio en compañía del memorable varón Fray Alonso de Escalona, el año de mil quinientos treinta y uno. No supo la lengua de los indios; mas por ejemplo de vida predicó y fué firme pilar de esta nueva Iglesia. Ni menos se dió al estudio de las letras, aunque tenía un juicio muy claro y se mostraba en sus razones filósofo natural, mas era muy enseñado por el Espíritu Santo, y ferviente en el celo de toda virtud y de la perfecta guarda de su profesión, ejercitado en suma mortificación, menosprecio del mundo, aspereza de vida y en continuo ejercicio de la santa oración. Tenía con esto una apacible conversación, que a todos daba contento. Su comida era una escudilla de sopas, hechas con el agua del caldero que había para lavar la loza de la comunidad, y unas

pocas de cerrañas u otra yerba de la huerta. Y con esto pasó lo más de su vida, hasta que faltándole la virtud natural por la mucha vejez, llegando a los noventa años, le hicieron comer carne y beber un poco de vino, y calzarse unas sandalias (porque siempre había andado descalzo y con sólo un hábito de sayal grosero y lleno de remiendos). Era tanto el deseo que tenía de llegar a la perfección de la vida pobre y estrecha, que como otros siervos de Dios con este mismo celo y espíritu se apartasen de esta provincia del Santo Evangelio con licencia del general de la orden, Fray Andrés de la Insula, para hacer casas de nueva recolección, donde hallasen más cómodo, este siervo de Dios, de edad de más de ochenta años, se fué con ellos, y anduvo muchas tierras por los confines de la Nueva Galicia y otras partes, caminando a pie, como siempre lo acostumbró, y sin túnica, con un fervor increíble, como si entonces comenzara a tomar la cruz de Cristo y seguirle por el camino estrecho de la penitencia. Certificó un gran siervo de Dios amigo de este varón santo, y que fué su prelado y lo confesó generalmente, que no había sentido de él en su confesión haber conocido mujer en su vida, ni sabido qué cosa era. Murió santamente en el Señor en edad decrepita de más de cien años, y está enterrado en el convento de Texcoco.

FRAY ALONSO DE ESCALONA

I

Nació este siervo de Dios en la villa de Escalona, cerca de Toledo. Careciendo de padre y andando en el servicio de su madre, siendo de edad de casi diez y ocho años, acordó de dejar el mundo y entrar en religión, y fué a tomar el hábito del padre San Francisco a la provincia de Cartagena, por ventura por no ser estorbado de la madre. Y desde el principio de su vocación propuso en su corazón de siempre servir a Nuestro Señor con toda fidelidad, y así lo guardó como fiel siervo hasta el fin de su vida. Estudiando las artes, después de hecha su profesión, en el convento donde recibió el hábito, vió una noche desde el claustro alto, que en el bajo jugaban a los bolos, y oía que los que jugaban decían todo lo que se suele decir cuando se juega aquel juego, y el estruendo de cómo los derribaban. De lo cual atemorizado pidió licencia a su prelado para dejar aquel convento y pasarse a otro, y fuéle concedida. Pasados algunos días, siendo guardián en San Miguel del Monte, una

legua de Alcocer, oyendo decir la falta que había de ministros en estas partes para la conversión de los indios, doliéndose de tantas almas como el demonio había tenido engañadas, y de la necesidad que padecían del pan de la doctrina, inspirado del Señor pasó a esta Nueva España el año de mil quinientos treinta y uno. Llegado a esta tierra estuvo tres años en Tlaxcala, donde siendo guardián el siervo de Dios Fray Luis de Fuensalida, comenzó a aprender la lengua mexicana. Y como tenía tenacísima memoria y deseo de saberla para poder aprovechar a la salud de tantas almas, en breve tiempo salió con ella y la supo muy bien, y en ella hizo sermones que han aprovechado a muchos predicadores de los indios mexicanos, porque hasta entonces no había otros con que aprovecharse los que aprendían la lengua, los cuales se tradujeron en la lengua achí o de Guatemala. Juntó en la misma ciudad de Tlaxcala casi seiscientos niños, y enseñóles a leer, escribir, cantar y la doctrina cristiana. Después de algunos años, conociendo aquellos primeros santos religiosos la virtud y santidad de este siervo de Dios, y venídose a enterar y ser ciertos de sus buenas partes, luego le dieron cargos, y fué dos o tres veces maestro de novicios en el convento de México, donde sacó muchos discípulos y tuvo algunos hijos espirituales que fueron grandes siervos de Dios y ayudaron a la provincia con vida, ejemplo, letras y cargos que administraron. Fué también guardián de muchos conventos de la provincia, y algunas veces difinidor. En las vidas de algunos padres arriba puestas, se ha tocado lo de la provincia Insulana que ellos y otros de quienes abajo se hará mención pretendieron fundar

de nuevo con celo de más perfección y observancia de la regla, pareciéndoles que con la multiplicación de religiosos iba ya declinando el rigor de la pobreza y estrechura en que se había fundado esta provincia del Santo Evangelio. Uno de los que esto pidieron con mucha instancia al ministro general Fray Andrés de la Insula, fué este bendito padre Fray Alonso de Escalona. Y venido el despacho para que se pusiese en efecto, juntáronse los que eran del concierto en su congregación, ocho sacerdotes y cuatro legos, todos varones apostólicos muy escogidos y perfectos, y de conformidad eligieron por primero provincial de la provincia nuevamente erigida, al siervo de Dios Fray Alonso de Escalona, el cual como buen caudillo y pastor quiso encaminar su pequeña grey hacia lo interior del desierto buscando la soledad, y anduvo con ellos por diversas partes tomando el tiento a la tierra por ver dónde podrían mejor hacer su asiento. Mas porque esta división fuera en aquel tiempo de mucho daño y dispendio de la provincia del Santo Evangelio, así en perder aquellas tan buenas piezas, como otras que después los siguieran, no permitió Nuestro Señor que hallasen *ubi requiescerent pedes eorum*, sino que en todas partes hallaban tantos inconvenientes y dificultades, que de común consentimiento hubieron de dar la vuelta, como la paloma a la Arca de Noe, y sujetarse (como se sujetaron) de nuevo a la provincia. Entonces se ofreció necesidad de enviar religiosos a la provincia de Guatemala (era esto el año de mil quinientos cincuenta y cuatro), y el bendito Fray Alonso gustó de tomar aquel trabajo, y fué electo en prelado de nueve religiosos que allá fueron, y los llevó con

grande religión y ejemplo, caminando siempre a pie y descalzo en trescientas leguas que hay de camino. En Guatemala estuvo algunos años procurando de reformar lo que por falta de ministros estaba caído. Mas después, visto que ya era poco el provecho que allá hacía, y que de esta provincia del Santo Evangelio lo llamaban con mucha instancia, hubo de dar la vuelta, trayendo consigo por compañero un religioso hijo de aquella provincia, llamado Fray Francisco Gómez, por hallarlo conforme a su corazón y espíritu. Y fué esto causa en alguna manera para que ambos a dos hubiesen de volver otra vez a Guatemala, porque pasando algún tiempo, como aquella provincia aún no estaba bien asentada, siendo comisario general de esta Nueva España Fray Francisco de Bustamante, de buena memoria (como buen prelado que era), queriendo remediar aquella quiebra, y no hallando mejor medio que enviar al mismo Fray Alonso de Escalona, que había visto y palpado las necesidades de aquella tierra, y tenía tan buenas partes para salir con lo que emprendiese, y que con él volviese el compañero que había traído, que era de mucha importancia para su contento y para el efecto que se pretendía, por ser Fray Francisco Gómez esencial religioso y muy buena lengua de aquella tierra. Atento a esto los compelió a ambos por obediencia que volviesen allá. Fué su partida el año de mil quinientos sesenta y dos, caminando a pie y descalzo el santo viejo, como siempre lo usaba, sin túnica, ni bordón, ni sombrero que le amparase del sol y del agua, ni otro regalo más del que los indios de los pueblos por donde pasaban, por amor de Dios les daban a él y a su compañero.

En Guatemala, como la lengua de aquella tierra es diversa de la mexicana, con deseo de aprovechar a todos, siendo de edad de casi setenta y cinco años, la aprendió, y en ella confesaba a los naturales de aquella tierra, siendo como es bárbara y dificultosa. Habiendo estado de esta última vez en aquella provincia seis años, trabajando con los indios y ayudando a la reformatión de ella con gran vida y ejemplo, se volvió a ésta del Santo Evangelio; lo uno, porque halló disfavor y contradicción en el obispo, que pretendía no entendiesen los religiosos en la obra de la conversión de los indios, y lo otro, porque le enviaron una licencia del ministro general para volverse a esta provincia, procurada por el provincial de ella Fray Diego Olarte. Prosiguiendo su camino por la Mixteca, y entrando un día en uno muy pedregoso, viólo un hombre que criaba seda en aquel lugar, y como contemplase las asperezas del camino y la mortificación y desnudez del bendito viejo, edificado de esto, dijo: "Ahora veo lo que en mi vida no he visto: que un viejo como éste camine por tierra tan fragosa descalzo y con sólo un habitillo, sin sombrero ni bordón." Llegó a esta provincia el año de mil quinientos sesenta y ocho, habiendo pasado por el camino los mismos trabajos que a la ida y aun mayores, por caminar en tiempo de cuaresma y de muchas aguas, que fueron aquel año tempranas.

II

Entrado el año de mil quinientos setenta se celebró capítulo provincial en el convento de México, y en él fué

el siervo de Dios electo en quinto décimo ministro provincial, después que acabó su trienio la primera vez Fray Miguel Navarro. Hizo este oficio lo mejor que pudo (aunque su mucha edad no le ayudaba), teniendo siempre celo de la observancia de la regla y de la religión, visitando la provincia a pie y descalzo. Todo el tiempo que vivió en la orden, mostró bien cuánto amaba la preciosa margarita de la santa pobreza, porque lo mostraba en el uso de todas sus necesidades corporales. Contentábase con una refección al día, y mediante esta costumbre usaba de otra para su ejercicio espiritual, que mientras los otros religiosos estaban en el refectorio cenando, él se azotaba en su celda con mucha crueldad, castigando su cansado cuerpo por tenerlo sujeto al espíritu. No bebía vino, sino cuando tuvo el oficio de provincial, o en otra manera por causa de camino largo, y entonces era un poco y muy aguado, y para ello había de ser muy importunado de los compañeros. Los libros que tenía eran hasta dos o tres, espirituales y devotos, y el breviario. Eran los paños menores que traía de lienzo flaco de la tierra, y cuando estaban gastados, él mismo los remendaba, y le duraban mucho. Jamás traía túnica, sino sólo un hábito, y ese había de ser del más grosero sayal que hallase, y él solo lo cortaba y cosía sin ayuda de otro. Siendo provincial y visitando la provincia en tiempo de invierno, por el valle que llaman de Toluca, tierra frigidísima, como iba el viejo santo a pie y descalzo, y con sólo su habitillo estrecho, sin bordón ni sombrero, viéndolo un español, y admirado de ver en un viejo tanta mortificación y penitencia, dijo con mucha devoción y fe: "En tiempo del

patriarca Abraham, perdonaba Dios a las ciudades de Sodomá y Gomorra por diez justos que se hallasen en ellas, mas yo creo que por este santo religioso perdonará Dios a todo el mundo." Tanta fué la edificación que aquel hombre recibió de este varón santo. Holgaba de ser menospreciado y tenido en poco, y por esto todos los jueves de la Semana Santa se desnudaba y se hacía llevar con una soga al pescuezo al púlpito, y allí públicamente se azotaba, y predicaba la pasión del Señor a los indios. Celebraba todos los días, si no era en algún camino adonde no hallaba recado, y siendo ya muy viejo hacía lo propio, aunque tenía una enfermedad de no poder tragar lo que comía. Amaba la soledad y holgaba de estar solo, como quien sabía cuán bien se gusta Dios a solas y sin testigos. Levantábase siempre antes de maitines, y cuando no había otro que tuviese este cuidado, o si el que lo tenía se descuidaba, él despertaba a los demás al punto de la media noche, y nunca lo dejó de hacer caminando, por cansado que llegase a la posada. Y si alguna vez dormía en el campo, allí encendía lumbre a la media noche y rezaba los maitines, y tenía su oración mental, la cual tampoco perdía a prima noche a las completas, y finalmente, era muy continuo y perseverante en seguir el coro y lugares de la comunidad. Conocióse en él gran paciencia y humildad, pobreza, penitencia y mortificación; de suerte que se puede decir de él con verdad, que era un espejo de virtudes para todos los religiosos de su tiempo. Cuando caminaba, no quería rezar el oficio divino caminando, como algunos lo hacen, mas parábase en el camino para rezarlo con más quietud y devoción, porque

(decía él) pues para comer se sentaban en reposo, y no comían caminando, más justo era lo hiciesen así para las alabanzas del Señor, para las cuales se requiere quietud y atención. Sabía de memoria casi todo el Salterio, y decía que lo había aprendido cuando caminaba, por ir siempre ocupado en cosas buenas y santas. No dormía acostado del todo, sino arrimada la almohada a un rincón de la cama y recostado en ella. Su cama era una manta vieja para cubrir las tablas, y cubríase con el manto, que para sólo aquello se servía de él. Siendo morador en la ciudad de los Angeles, moraba allí otro religioso mancebo que estudiaba las artes, el cual estando interiormente afligido y desconsolado, un día estando en vísperas en el coro considerando su tribulación, y el poco remedio que tenía, miró al siervo de Dios y dijo entre sí: "Si este hombre es tan santo, como dicen, ¿cómo no ve y conoce la tribulación en que estoy y me llama y me consuela, como lo hacían nuestro padre San Francisco y San Antonio y otros santos, los cuales veían las tentaciones ocultas y secretas de los frailes, y los llamaban y consolaban?" Y acabadas las vísperas, luego inmediatamente antes de salir de la ordenación (que es adonde los frailes se juntan para ver lo que les manda la obediencia, en saliendo del coro), lo llamó a su celda y le dijo: "Hermano mío, ¿qué habéis? ¿qué turbación es la que tenéis? Mirad que no entristecerá al justo cualquier cosa que le sucediere." Y díjole otras palabras llenas de devoción y santidad con que aquel religioso quedó espiritualmente consolado, y juntamente espantado y fuera de sí, en ver cómo el santo viejo acudía en semejante necesidad a favorecerle

con tanta caridad, y también temeroso, que casi huía de él entendiéndolo que le conocía y sabía sus pensamientos. A otro religioso le acaeció otro caso semejante a éste con el santo varón. Siendo provincial, andando visitando la provincia, caminando por unos montes ásperos del pueblo de Zacatlán, no llevando cosa alguna de comer, preguntó al compañero, llamado Fray Juan de la Mota, si llevaba algo de comer, porque se sentía con necesidad. Y como le respondiese que no (porque le había mandado que nunca llevase cosa de comer), súbitamente pareció delante de ellos un hombre que les dió un pan y un jarro de agua, y mirando por él nunca más apareció. Debió ser algún ángel del Señor, el cual preguntó a sus discípulos: "Cuando os envié por el mundo sin zurrón ni otro refugio humano, ¿por ventura faltóos algo?" Y ellos respondieron que no. Lo mismo casi les aconteció otra vez, pasando otra sierra muy áspera, llamada de Tlalmanalco, adonde hay un muy alto volcán. Un religioso (como testigo de vista) dió testimonio, que morando él en compañía de este siervo de Dios Fray Alonso, un día puso recaudo en la mesa el santo viejo, y en su misma ración puso una pera podrida, y este testigo advirtió en ello, y dijo entre sí: "¿Qué pera es ésta que pone en su ración este viejo?" Y cuando querían acabar de comer, el viejo quiso comer por postre la pera podrida, y a deshora entró en el refectorio un niño que traía una pera muy hermosa, y dióla al santo viejo y la comió, y dijo a este religioso: "En mi vida he comido cosa más sabrosa." Este mismo religioso dió, que una vez habiendo gran falta de agua (aunque el cielo estaba nublado), pues-

tas las manos el bendito viejo, alzó los ojos al cielo, y dijo: "Ea, Señor, haced como quien sois, enviadnos agua." Hecha por Fray Alonso esta oración, dentro de poco rato llovió mucho, por la bondad divina, con que se remedió la falta que había de agua. Llegado el varón santo a la edad de ochenta y ocho años, y habiendo servido al Señor fielmente los setenta en la orden del padre San Francisco, y en esta Nueva España cincuenta y dos, trabajando en doctrinar y predicar a indios y españoles, dió el ánima a su Criador en el convento de México, sábado diez de marzo, a las ocho de la noche, del año de mil quinientos ochenta y cuatro. Después de muerto quedó su cuerpo más hermoso que cuando era vivo. Los religiosos, conociendo su santidad de vida por tan larga experiencia, con mucha devoción le cortaron los cabellos de la corona y las uñas de las manos y pies, y cada uno procuró alguna cosa del varón santo, por pequeña que fuese, o un pedacito de su hábito u otra cosa semejante. Leonor Marín, mujer española, estando muy enferma de calenturas, pidió con fe y devoción un pedacito del hábito de este bendito padre, y recibéndolo en su poder, luego se le quitaron las calenturas y nunca más le volvieron. A su entierro vino gran parte de la ciudad, y muchos llevaron del hábito con que lo enterraron, que casi no dejaron pedazo de él. Desde el capítulo adonde se depositó aquella noche el santo cuerpo, hasta la iglesia, lo llevaron en hombros los priores de Santo Domingo y San Agustín de la dicha ciudad, y otros maestros de estas dos órdenes, y como lo enterraron sin ataúd (por no advertir en ello), al tercero día pareció a los prelados que lo desen-

terrasen para poner el cuerpo bendito en un ataúd, y así lo hicieron a las ocho de la noche. Y aunque habían pisado el cuerpo con pisones cuando lo enterraron, cuando lo desenterraron lo hallaron sin alguna lesión, muy tratable y hermoso y sin ningún mal olor, y todos los miembros y junturas de su cuerpo se mandaban como si estuviera vivo. Halláronse presentes al desenterramiento el comisario general de la Nueva España, y el provincial de la provincia, y el guardián del convento de México y otros muchos religiosos, y le besaron los pies y manos con mucha devoción. Y por el gran contento que recibieron en ver y tratar aquel cuerpo santo, se estuvieron en este acto hasta media noche, alabando a Nuestro Señor en sus santos.

veía no con menos trabajos que a la isla, y resultó de aquella larga jornada una grave enfermedad de que padeció talido hasta la muerte. En Fray Marcos varón muy religioso, doctor y celoso de la conversión y salvación de las almas. Murió santamente en el convento de México, adonde está enterrado.

FRAY MARCOS DE NIZA

Fray Marcos de Niza, natural de la misma ciudad en el ducado de Saboya, partió para esta Nueva España el año de mil quinientos treinta y uno. Antes de llegar acá se quedó en la isla Española, de donde se partió para el Perú, que era recién conquistado. Y no hallando allí el cómodo que deseaba para convertir y doctrinar los naturales de aquellas partes, se vino a la Nueva España a esta provincia del Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fué elegido en tercer ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso. Y satisfecho en alguna manera de las poblaciones que por allá había, volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos, en compañía del capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fué por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dió la

vuelta no con menos trabajos que a la ida, y resultóle de aquella larga jornada una grave enfermedad de que quedó tullido hasta la muerte. Era Fray Marcos varón muy religioso, docto y celoso de la conversión y salvación de las almas. Murió santamente en el convento de México, adonde está enterrado.

FRAY MARCOS DE NIZA

Fray Marcos de Niza, natural de la misma ciudad en el ducado de Saboya, partió para esta Nueva España el año de mil quinientos treinta y uno. Antes de llegar acá se quedó en la isla Española de donde se partió para el Perú, que era recién conquistado. Y no hallando allí el cómodo que deseaba para convertir y doctrinar los naturales de aquellas partes, se vino a la Nueva España a esta provincia del Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fue elegido en tercer ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso. Y establecido en alguna manera de las poblaciones que por allá había, volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos, en compañía del capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fue por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dio la

FRAY JACINTO DE SAN FRANCISCO

Fray Jacinto de San Francisco (que corrompido el vocablo lo llamó el vulgo Fray Cintos) fué conquistador de esta Nueva España en compañía del marqués del Valle Don Hernando Cortés. Cupiéronle en repartimiento los pueblos de Veitlalpan y Tlatlahquitepec, donde andando trabajando por hacerse rico a costa del sudor y sangre de los indios que tenía en encomienda, al tiempo que más engolfado estaba de la codicia de las cosas temporales, lo escogió Nuestro Señor para sí, haciéndole renunciar todas las cosas y de todo punto en un momento. Su conversión fué en esta manera: Enviando una vez de Veitlalpan unos indios criados suyos a otro pueblo dos leguas de allí, supo cómo otros indios infieles los habían cautivado y los querían sacrificar a sus ídolos. Tomó luego el camino para allá con la gente que pudo de sus tributarios y procuró librar a los que estaban en tanto riesgo y peligro de sus vidas. Mas por permisión divina sucedió muy al revés de lo que pensaba, porque los indios infieles prevalecieron contra él en tanta manera, que haciéndole volver las espaldas lo siguie-

ron muy gran trecho con deseo de matarlo, y bajando por una cuesta abajo le dieron tantas pedradas y golpes, que se tuvo por milagro haber entonces escapado con la vida. Aunque de otros peligros semejantes contaba él haberle librado Dios por su infinita misericordia, como a quien tenía escogido para servirse de él en la religión. Y así en aquella presura, con ir turbado y medio muerto, le dió ventura para evadirse de sus enemigos, caminando por un arroyo arriba fuera de camino. Cuando se vió solo y que ninguno lo seguía, apeóse del caballo y echóse a descansar en el campo sobre la tierra, donde fué arrebatado en espíritu ante el tribunal de Dios y duramente reprendido porque tenía esclavos, que pasaban de quinientos. Y fuéle dicho que si quería salvarse, dejase los pueblos que tenía en encomienda y los esclavos, con todo lo demás que traía su corazón cautivo. Y en volviendo en sí y despertando, puso luego por obra sin detenimiento alguno lo que le fué mandado, obedeciendo el consejo del profeta, que dice: "Si oyereis hoy la voz del Señor, no queráis endurecer vuestros corazones." Y así fué derecho a su casa, y dió luego a todos los esclavos libertad, y tuvo deseo que los indios de sus pueblos quedaran libres de todo tributo, y lo procuró con todas sus fuerzas después de fraile. Mas no los pudo libertar para siempre, por ser hacienda que de los encomenderos vuelve a la corona real de Castilla. Pero con todo eso, fué medio para que fuesen reservados de tributo por algunos años, y procuró que se les diesen ministros religiosos, y fueron doctrinados con mucho cuidado, aunque andando el tiempo se hubieron de dejar aquellos conventos a clérigos, por falta muy gran-

de que hubo en aquellos tiempos de religiosos. Finalmente, el siervo de Dios Jacinto, despojado de todos los bienes de la tierra, tomó el hábito de religión en San Francisco de México, y no para el coro (aunque sabía bien leer y escribir), mas para lego. Y después de profeso sirvió en aquel convento de portero muchos años con grandísimo ejemplo y edificación de toda aquella ciudad, que lo tenía en mucha estima y veneración. Desde el principio de su conversión hasta lo último de su vida, resplandeció en él todo género de virtud y santidad. Andaba de continuo como extático y arrobado en Dios, por donde muchas veces hacía falta en los cumplimientos exteriores que eran a su cargo. Y puesto de propósito en la oración, era tanta la vehemencia con que su espíritu se allegaba a Dios, que las más veces quedaba elevado y absorto fuera de sí, como hombre sin sentido. Y a las veces rompía este fervor en voces que daba sin saber lo que se hacía, como hombre ajeno de los sentidos. Tuvo ferviente celo de la salvación de las almas, con el cual a todos amonestaba la guarda de la ley de Dios. Y cuando veía mancebos solteros españoles, considerando el peligro de aquella edad, compadecíase de ellos y deseaba (si fuera posible) que todos entraran en religión, y a los que podía se lo persuadía, porque se librasen de los peligros del mundo en que él se había visto. También procuraba por los indios todo lo posible porque les diesen ministros y tuviesen doctrina. Y creciendo en él cada día más el fervor de la caridad, pareciéndole al cabo de su vejez que se le había pasado la vida sin aprovechar al prójimo, pidió licencia a sus prelados para ir a ayudar a convertir los

indios chichimecas en la frontera de los zacatecas. Concedida la licencia, fué en compañía de Fray Pedro de Espinareda, gran religioso y siervo de Dios, de la provincia de Santiago, y de otros sacerdotes, el año de mil quinientos sesenta, y en poco tiempo pacificaron aquella tierra por más de cincuenta leguas, e hicieron poblaciones de aquella gente alarbe, que ahora está en policía y cristiandad. Ayudó mucho el siervo de Dios Fray Jacinto y con mucha fidelidad en esta conquista de ánimas por espacio de cinco o seis años. Cuando llegaron de nuevo adonde después edificaron la villa que ahora está poblada, llamada del Nombre de Dios, era una tarde y día de ayuno, y llegaron fatigados de hambre, porque aquel día no habían comido bocado, y como iban a pie y bien cansados, echáronse a descansar en el suelo, arrimados los unos a los otros por causa del frío (que lo hace muy grande en aquella tierra), y un indio que iba con ellos se allegó a un arroyo que pasa junto a la villa, y halló en la ribera de él doce peces grandes muy hermosos, que en esta tierra se llaman bagres y son como los barbos de España, y llevólos a aquellos santos religiosos, a los cuales con ellos la Divina Providencia quiso proveer en aquella necesidad, y así, como dón enviado de tan larga mano, lo recibieron con mucha consolación de su espíritu, dándole por él muchas gracias. Después entendieron más claro haber sido aquella provisión milagrosa que Nuestro Señor quiso hacer por los méritos de su siervo Fray Jacinto, porque desde entonces acá, nunca en aquel arroyo se ha hallado tal pescado. Quince días antes de su fallecimiento, estando bueno y sano, no cesaba de cantar como otro cisne

con los indios mozuelos nuevos cristianos, y provocaba a su mismo guardián a que cantase con él, y decíale que le comunicaba Dios cosas nuevas que nunca hasta entonces se las había comunicado. Al cabo de estos días, saliendo al patio fuera de la casilla donde moraban, le mordió una araña negra bien pequeña. Visto por el santo varón que su muerte se le acercaba, confesóse generalmente con el dicho guardián, el cual afirmó después (para gloria de Nuestro Señor) no haber hallado en este su siervo que pecase mortalmente después que entró en la religión. Recibió todos los santos sacramentos con mucho espíritu y devoción. Y encomendando al Señor la fe y cristiandad de los indios, pasó de esta vida a la eterna el año de mil quinientos sesenta y seis. Enterraron su cuerpo debajo del dormitorio (que entonces servía de iglesia) y trasladándolo al cabo de un año a la iglesia nueva que se acababa de hacer, lo hallaron todo entero, tan sólo el hábito gastado. Algunos afirmaron que olía suavemente. Está enterrado en la villa del Nombre de Dios, en medio de la capilla, con sepultura señalada. Es muy grande la memoria que de este santo religioso tienen los españoles de México que le alcanzaron a conocer.

FRAY JUAN FUCHER

Fray Juan Fucher, de nación francés, vino de la provincia de Aquitania a esta tierra, algunos años después que fué descubierta de nuestra nación española. Era en París doctor en leyes antes que tomase el hábito; después en él, estudió la santa teología y sacros cánones, y en todas tres facultades fué consumadísimo letrado. Parece que lo proveyó y trajo Nuestro Señor a esta tierra en aquellos tiempos para luz de esta nueva Iglesia, como lo fué en más de cuarenta años que en ella vivió, mayormente en los principios, antes de la promulgación del santo concilio Tridentino. Porque como en aquel tiempo los matrimonios clandestinos eran válidos, y se casaban de ordinario grandísima cantidad de indios nuevos cristianos, ofrecíanse por momentos gravísimas dificultades, que fuera menester la consulta de una universidad para desatarlas, con todas las cuales se acudía de trescientas leguas alrededor de México a sólo el decreto de este doctísimo y santo varón para la declaración de ellas, y a todas respondía por escrito con admirable claridad la resolución de ellas. Y no solamente le

preguntaban cerca de este artículo, sino de todos los tocantes a la administración de los demás sacramentos y de otra cualquiera materia que se ofreciese, como a verdadero manantial de sabiduría. Y a esto acudían, no sólo la gente común, mas también los oidores y letrados de la ciudad de México, y la clerecía y religiosos de todas las órdenes. Y así fueron innumerables los casos a que respondió, haciendo muchas veces tratados enteros para la respuesta de ellos. Y en todas las consultas que en su tiempo se tuvieron en la ciudad de México, y juntas de prelados, su parecer se tenía por última decisión. Y así dijo un religioso muy docto de la orden de San Agustín, a su muerte: "Pues el Padre Fucher es muerto, todos podemos decir que quedamos en tinieblas." Cuando vino a esta tierra aprendió la lengua mexicana en muy pocos días y compuso un arte de ella, y la ejercitó confesando y predicando, aunque su principal ocupación fué en el estudio de las letras y ciencias que había en su juventud aprendido, en el cual era continuo e incansable, fuera del tiempo que se daba a la oración, que no era poco, sino buena parte del día y mucha de la noche. Fué religioso observantísimo de su regla, y muy pobre, que con ser tan profundo letrado y tan ocupado en el continuo estudio de todas las facultades, no tenía otro libro de su uso sino el Derecho canónico, y éste por tenerlo rubricado de su mano. Todos los demás que había menester, los buscaba en la librería del convento donde moraba. Era obedientísimo a sus prelados y muy honesto a maravilla. Siempre fué muy amigo de todas las obras de humildad, gran seguidor del coro sin faltar jamás de maitines, donde se quedaba

hasta dadas las tres. Murió santamente en México el año de mil quinientos setenta y dos, y allí está enterrado. Escribió mucho y muy doctamente. Algunos de sus tratados, por falta del debido cuidado, se han desaparecido y derramado por diversas partes; los que al presente se hallan, son los siguientes: "*De electionibus per scrutinium celebrandis confermiter ad concilium Tridentinum.*" "*Expositiones diversorum Diplomatum pro Fratibus Indiarum in Evangelicis mysterii favorem.*" "*Antidotus infirmorum, hoc est, quomodo absolvendi sint infirmi loquela privati.*" "*De iudice Ecclesiastico.*" "*Manuale Praelatorum.*" "*De cognitionis spiritualis tertia specie.*" "*De justa delinquentium punitioe.*" "*De immunitate Ecclesiarum.*" "*Itinerarium catholicum*", y otras muchas obras bien doctas y necesarias para utilidad de esta nueva Iglesia.

La misma casa ha conservado una vez, pasando otra vez muy ligera. Habiendo de Toluca, almorzando con un muy alto volado. Un discípulo como amigo de suyo, del continuo, que acordado el ser compañero de los señores de Dios. Pero Alonso, un día como estaba en la casa el santo varón, y en un momento, como una gran pedrada, y este siempre sobreviene en él, y dijo entre sí: "¿Qué pena es esta que pone en un tal día una vez?" Y cuando querían volver de unirse, al día, como cuando por poner la para podrida, y a distancia entre en el tabernáculo un niño que traía una para muy hermosa, y había el santo varón y la comió, y dijo para este religioso: "Un día sólo he comido tres mil calabres." Esta misma religión dice, que una vez habiendo gran falta de agua (cuando el cielo estaba nublado), puse-

con tanta caridad, y también temeroso, que casi huía de él entendiéndolo que le conocía y sabía sus pensamientos. A otro religioso le acaeció otro caso semejante a éste con el santo varón. Siendo provincial, andando visitando la provincia, caminando por unos montes ásperos del pueblo de Zacatlán, no llevando cosa alguna de comer, preguntó al compañero, llamado Fray Juan de la Mota, si llevaba algo de comer, porque se sentía con necesidad. Y como le respondiese que no (porque le había mandado que nunca llevase cosa de comer), súbitamente pareció delante de ellos un hombre que les dió un pan y un jarro de agua, y mirando por él nunca más apareció. Debió ser algún ángel del Señor, el cual preguntó a sus discípulos: "Cuando os envié por el mundo sin zurrón ni otro refugio humano, ¿por ventura faltó algo?" Y ellos respondieron que no. Lo mismo casi les aconteció otra vez, pasando otra sierra muy áspera, llamada de Tlalmanalco, adonde hay un muy alto volcán. Un religioso (como testigo de vista) dió testimonio, que morando él en compañía de este siervo de Dios Fray Alonso, un día puso recaudo en la mesa el santo viejo, y en su misma ración puso una pera podrida, y este testigo advirtió en ello, y dijo entre sí: "¿Qué pera es ésta que pone en su ración este viejo?" Y cuando querían acabar de comer, el viejo quiso comer por postre la pera podrida, y a deshora entró en el refectorio un niño que traía una pera muy hermosa, y dióla al santo viejo y la comió, y dijo a este religioso: "En mi vida he comido cosa más sabrosa." Este mismo religioso dijo, que una vez habiendo gran falta de agua (aunque el cielo estaba nublado), pues-

tas las manos el bendito viejo, alzó los ojos al cielo, y dijo: "Ea, Señor, haced como quien sois, enviadnos agua." Hecha por Fray Alonso esta oración, dentro de poco rato llovió mucho, por la bondad divina, con que se remedió la falta que había de agua. Llegado el varón santo a la edad de ochenta y ocho años, y habiendo servido al Señor fielmente los setenta en la orden del padre San Francisco, y en esta Nueva España cincuenta y dos, trabajando en doctrinar y predicar a indios y españoles, dió el ánima a su Criador en el convento de México, sábado diez de marzo, a las ocho de la noche, del año de mil quinientos ochenta y cuatro. Después de muerto quedó su cuerpo más hermoso que cuando era vivo. Los religiosos, conociendo su santidad de vida por tan larga experiencia, con mucha devoción le cortaron los cabellos de la corona y las uñas de las manos y pies, y cada uno procuró alguna cosa del varón santo, por pequeña que fuese, o un pedacito de su hábito u otra cosa semejante. Leonor Marín, mujer española, estando muy enferma de calenturas, pidió con fe y devoción un pedacito del hábito de este bendito padre, y recibéndolo en su poder, luego se le quitaron las calenturas y nunca más le volvieron. A su entierro vino gran parte de la ciudad, y muchos llevaron del hábito con que lo enterraron, que casi no dejaron pedazo de él. Desde el capítulo adonde se depositó aquella noche el santo cuerpo, hasta la iglesia, lo llevaron en hombros los priores de Santo Domingo y San Agustín de la dicha ciudad, y otros maestros de estas dos órdenes, y como lo enterraron sin ataúd (por no advertir en ello), al tercero día pareció a los prelados que lo desen-

V I D A S F R A N C I S C A N A S

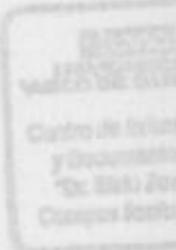
terrasen para poner el cuerpo bendito en un ataúd, y así lo hicieron a las ocho de la noche. Y aunque habían pisado el cuerpo con pisones cuando lo enterraron, cuando lo desenterraron lo hallaron sin alguna lesión, muy tratable y hermoso y sin ningún mal olor, y todos los miembros y junturas de su cuerpo se mandaban como si estuviera vivo. Halláronse presentes al desenterramiento el comisario general de la Nueva España, y el provincial de la provincia, y el guardián del convento de México y otros muchos religiosos, y le besaron los pies y manos con mucha devoción. Y por el gran contento que recibieron en ver y tratar aquel cuerpo santo, se estuvieron en este acto hasta media noche, alabando a Nuestro Señor en sus santos.

Después de llegar acá se quedó en la Isla Española, de donde se partió para el Perú, que era recién conquistado. Y no hallando allí el convento que deseaba para conventir y doctrinar los naturales de aquellas partes, se vino a la Nueva España a esta provincia del Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fue elegido en tercer ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso. Y entretanto en alguna manera de las poblaciones que por allí había, volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos, en compañía del capitán Francisco Vázquez de Tamando, que fue por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dió la

vuelta no con buenos trabajos que a la ida y vuelta de
aquella larga jornada una grave enfermedad de que padeció
luchó hasta la muerte. Era Fray Marcos varón muy reli-
gioso, docto y celoso de la conversión y salvación de las
almas. Muñó santamente en el convento de México, adon-
de está enterrado.

FRAY MARCOS DE NIZA FRANCISCO

Fray Marcos de Niza, natural de la misma ciudad en el ducado de Saboya, partió para esta Nueva España el año de mil quinientos treinta y uno. Antes de llegar acá se quedó en la isla Española, de donde se partió para el Perú, que era recién conquistado. Y no hallando allí el cómodo que deseaba para convertir y doctrinar los naturales de aquellas partes, se vino a la Nueva España a esta provincia del Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fué elegido en tercer ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso. Y satisfecho en alguna manera de las poblaciones que por allá había, volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos, en compañía del capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fué por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dió la



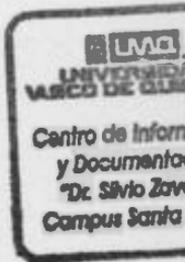
vuelta no con menos trabajos que a la ida, y resultóle de aquella larga jornada una grave enfermedad de que quedó tullido hasta la muerte. Era Fray Marcos varón muy religioso, docto y celoso de la conversión y salvación de las almas. Murió santamente en el convento de México, adonde está enterrado.

FRAY MARCOS DE NIZA

Fray Marcos de Niza, natural de la misma ciudad en el ducado de Saboya, partió para esta Nueva España el año de mil quinientos treinta y uno. Antes de llegar acá se quedó en la isla Española, de donde se partió para el Perú, que era recién conquistado. Y no hallando allí el cómodo que deseaba para convertir y doctrinar los naturales de aquellas partes, se vino a la Nueva España a esta provincia del Santo Evangelio, donde por sus letras religión y buenas partes fué elegido en tercer ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso. Y asínto en alguna manera de las poblaciones que por allá había, volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos, en compañía del capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fué por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dio la

FRAY JACINTO DE SAN FRANCISCO

Fray Jacinto de San Francisco (que corrompido el vocablo lo llamó el vulgo Fray Cintos) fué conquistador de esta Nueva España en compañía del marqués del Valle Don Hernando Cortés. Cupiéronle en repartimiento los pueblos de Veitlalpan y Tlatlahquitepec, donde andando trabajando por hacerse rico a costa del sudor y sangre de los indios que tenía en encomienda, al tiempo que más engolfado estaba de la codicia de las cosas temporales, lo escogió Nuestro Señor para sí, haciéndole renunciar todas las cosas y de todo punto en un momento. Su conversión fué en esta manera: Enviando una vez de Veitlalpan unos indios criados suyos a otro pueblo dos leguas de allí, supo cómo otros indios infieles los habían cautivado y los querían sacrificar a sus ídolos. Tomó luego el camino para allá con la gente que pudo de sus tributarios y procuró librar a los que estaban en tanto riesgo y peligro de sus vidas. Mas por permisión divina sucedió muy al revés de lo que pensaba, porque los indios infieles prevalecieron contra él en tanta manera, que haciéndole volver las espaldas lo sigui-



ron muy gran trecho con deseo de matarlo, y bajando por una cuesta abajo le dieron tantas pedradas y golpes, que se tuvo por milagro haber entonces escapado con la vida. Aunque de otros peligros semejantes contaba él haberle librado Dios por su infinita misericordia, como a quien tenía escogido para servirse de él en la religión. Y así en aquella presura, con ir turbado y medio muerto, le dió ventura para evadirse de sus enemigos, caminando por un arroyo arriba fuera de camino. Cuando se vió solo y que ninguno lo seguía, apeóse del caballo y echóse a descansar en el campo sobre la tierra, donde fué arrebatado en espíritu ante el tribunal de Dios y duramente reprendido porque tenía esclavos, que pasaban de quinientos. Y fuéle dicho que si quería salvarse, dejase los pueblos que tenía en encomienda y los esclavos, con todo lo demás que traía su corazón cautivo. Y en volviendo en sí y despertando, puso luego por obra sin detenimiento alguno lo que le fué mandado, obedeciendo el consejo del profeta, que dice: "Si oyereis hoy la voz del Señor, no queráis endurecer vuestros corazones." Y así fué derecho a su casa, y dió luego a todos los esclavos libertad, y tuvo deseo que los indios de sus pueblos quedaran libres de todo tributo, y lo procuró con todas sus fuerzas después de fraile. Mas no los pudo libertar para siempre, por ser hacienda que de los encomenderos vuelve a la corona real de Castilla. Pero con todo eso, fué medio para que fuesen reservados de tributo por algunos años, y procuró que se les diesen ministros religiosos, y fueron doctrinados con mucho cuidado, aunque andando el tiempo se hubieron de dejar aquellos conventos a clérigos, por falta muy gran-

de que hubo en aquellos tiempos de religiosos. Finalmente, el siervo de Dios Jacinto, despojado de todos los bienes de la tierra, tomó el hábito de religión en San Francisco de México, y no para el coro (aunque sabía bien leer y escribir), mas para lego. Y después de profeso sirvió en aquel convento de portero muchos años con grandísimo ejemplo y edificación de toda aquella ciudad, que lo tenía en mucha estima y veneración. Desde el principio de su conversión hasta lo último de su vida, resplandeció en él todo género de virtud y santidad. Andaba de continuo como extático y arrobado en Dios, por donde muchas veces hacía falta en los cumplimientos exteriores que eran a su cargo. Y puesto de propósito en la oración, era tanta la vehemencia con que su espíritu se allegaba a Dios, que las más veces quedaba elevado y absorto fuera de sí, como hombre sin sentido. Y a las veces rompía este fervor en voces que daba sin saber lo que se hacía, como hombre ajeno de los sentidos. Tuvo ferviente celo de la salvación de las almas, con el cual a todos amonestaba la guarda de la ley de Dios. Y cuando veía mancebos solteros españoles, considerando el peligro de aquella edad, compadecíase de ellos y deseaba (si fuera posible) que todos entraran en religión, y a los que podía se lo persuadía, porque se librasen de los peligros del mundo en que él se había visto. También procuraba por los indios todo lo posible porque les diesen ministros y tuviesen doctrina. Y creciendo en él cada día más el fervor de la caridad, pareciéndole al cabo de su vejez que se le había pasado la vida sin aprovechar al prójimo, pidió licencia a sus prelados para ir a ayudar a convertir los

indios chichimecas en la frontera de los zacatecas. Concedida la licencia, fué en compañía de Fray Pedro de Espinareda, gran religioso y siervo de Dios, de la provincia de Santiago, y de otros sacerdotes, el año de mil quinientos sesenta, y en poco tiempo pacificaron aquella tierra por más de cincuenta leguas, e hicieron poblaciones de aquella gente alarbe, que ahora está en policía y cristiandad. Ayudó mucho el siervo de Dios Fray Jacinto y con mucha fidelidad en esta conquista de ánimas por espacio de cinco o seis años. Cuando llegaron de nuevo adonde después edificaron la villa que ahora está poblada, llamada del Nombre de Dios, era una tarde y día de ayuno, y llegaron fatigados de hambre, porque aquel día no habían comido bocado, y como iban a pie y bien cansados, echáronse a descansar en el suelo, arrimados los unos a los otros por causa del frío (que lo hace muy grande en aquella tierra), y un indio que iba con ellos se allegó a un arroyo que pasa junto a la villa, y halló en la ribera de él doce peces grandes muy hermosos, que en esta tierra se llaman bagres y son como los barbos de España, y llevólos a aquellos santos religiosos, a los cuales con ellos la Divina Providencia quiso proveer en aquella necesidad, y así, como dón enviado de tan larga mano, lo recibieron con mucha consolación de su espíritu, dándole por él muchas gracias. Después entendieron más claro haber sido aquella provisión milagrosa que Nuestro Señor quiso hacer por los méritos de su siervo Fray Jacinto, porque desde entonces acá, nunca en aquel arroyo se ha hallado tal pescado. Quince días antes de su fallecimiento, estando bueno y sano, no cesaba de cantar como otro cisne

con los indios mozuelos nuevos cristianos, y provocaba a su mismo guardián a que cantase con él, y decíale que le comunicaba Dios cosas nuevas que nunca hasta entonces se las había comunicado. Al cabo de estos días, saliendo al patio fuera de la casilla donde moraban, le mordió una araña negra bien pequeña. Visto por el santo varón que su muerte se le acercaba, confesóse generalmente con el dicho guardián, el cual afirmó después (para gloria de Nuestro Señor) no haber hallado en este su siervo que pecase mortalmente después que entró en la religión. Recibió todos los santos sacramentos con mucho espíritu y devoción. Y encomendando al Señor la fe y cristiandad de los indios, pasó de esta vida a la eterna el año de mil quinientos sesenta y seis. Enterraron su cuerpo debajo del dormitorio (que entonces servía de iglesia) y trasladándolo al cabo de un año a la iglesia nueva que se acababa de hacer, lo hallaron todo entero, tan sólo el hábito gastado. Algunos afirman que olía suavemente. Está enterrado en la villa del Nombre de Dios, en medio de la capilla, con sepultura señalada. Es muy grande la memoria que de este santo religioso tienen los españoles de México que le alcanzaron a conocer.

FRAY JUAN FUCHER

Fray Juan Fucher, de nación francés, vino de la provincia de Aquitania a esta tierra, algunos años después que fué descubierta de nuestra nación española. Era en París doctor en leyes antes que tomase el hábito; después en él, estudió la santa teología y sacros cánones, y en todas tres facultades fué consumadísimo letrado. Parece que lo proveyó y trajo Nuestro Señor a esta tierra en aquellos tiempos para luz de esta nueva Iglesia, como lo fué en más de cuarenta años que en ella vivió, mayormente en los principios, antes de la promulgación del santo concilio Tridentino. Porque como en aquel tiempo los matrimonios clandestinos eran válidos, y se casaban de ordinario grandísima cantidad de indios nuevos cristianos, ofrecíanse por momentos gravísimas dificultades, que fuera menester la consulta de una universidad para desatarlas, con todas las cuales se acudía de trescientas leguas alrededor de México a sólo el decreto de este doctísimo y santo varón para la declaración de ellas, y a todas respondía por escrito con admirable claridad la resolución de ellas. Y no solamente le

preguntaban cerca de este artículo, sino de todos los tocantes a la administración de los demás sacramentos y de otra cualquiera materia que se ofreciese, como a verdadero manantial de sabiduría. Y a esto acudían, no sólo la gente común, mas también los oidores y letrados de la ciudad de México, y la clerecía y religiosos de todas las órdenes. Y así fueron innumerables los casos a que respondió, haciendo muchas veces tratados enteros para la respuesta de ellos. Y en todas las consultas que en su tiempo se tuvieron en la ciudad de México, y juntas de prelados, su parecer se tenía por última decisión. Y así dijo un religioso muy docto de la orden de San Agustín, a su muerte: "Pues el Padre Fucher es muerto, todos podemos decir que quedamos en tinieblas." Cuando vino a esta tierra aprendió la lengua mexicana en muy pocos días y compuso un arte de ella, y la ejercitó confesando y predicando, aunque su principal ocupación fué en el estudio de las letras y ciencias que había en su juventud aprendido, en el cual era continuo e incansable, fuera del tiempo que se daba a la oración, que no era poco, sino buena parte del día y mucha de la noche. Fué religioso observantísimo de su regla, y muy pobre, que con ser tan profundo letrado y tan ocupado en el continuo estudio de todas las facultades, no tenía otro libro de su uso sino el Derecho canónico, y éste por tenerlo rubricado de su mano. Todos los demás que había menester, los buscaba en la librería del convento donde moraba. Era obedientísimo a sus prelados y muy honesto a maravilla. Siempre fué muy amigo de todas las obras de humildad, gran seguidor del coro sin faltar jamás de maitines, donde se quedaba

hasta dadas las tres. Murió santamente en México el año de mil quinientos setenta y dos, y allí está enterrado. Escribió mucho y muy doctamente. Algunos de sus tratados, por falta del debido cuidado, se han desaparecido y derramado por diversas partes; los que al presente se hallan, son los siguientes: "*De electionibus per scrutinium celebrandis confermiter ad concilium Tridentinum.*" "*Expositiones diversorum Diplomatum pro Fratribus Indiarum in Evangelicis mysterii favorem.*" "*Antidotus infirmorum, hoc est, quomodo absolvendi sint infirmi loquela privati.*" "*De iudice Ecclesiastico.*" "*Manuale Praelatorum.*" "*De cognitionis spiritualis tertia specie.*" "*De justa delinquentium punitio- ne.*" "*De immunitate Ecclesiarum.*" "*Itinerarium catholicum*", y otras muchas obras bien doctas y necesarias para utilidad de esta nueva Iglesia.

FRAY FRANCISCO DE TEMBLEQUE

Fray Francisco de Tembleque, natural del pueblo de Tembleque en tierra de Toledo, vino también de la provincia de Castilla, juntamente con Fray Juan de Romanones, cuyo indiviso compañero fué todo el tiempo o lo más del que estuvieron en esta Nueva España. Aprendió la lengua mexicana para confesar a los indios, y aunque no se dispuso a predicar en ella con el aparato acostumbrado, leía por el libro a los indios la doctrina o sermón que le parecía convenirles, porque leía expeditamente su lengua. Como morase en el convento de Otumba, viendo que toda aquella provincia carecía de agua, y que la de las balsas llovendiza, con que en su infidelidad se sustentaron los indios, se la encenagaban los españoles con sus ganados y bestias, de suerte que ya bebían cieno y lodo en lugar de agua, de que iba enfermando y muriendo mucha gente, condoliéndose de tan extrema necesidad de los pobres, puso haldas en cinta, determinando de acometer una hazaña que grandes y poderosos reyes apenas se atrevieran a salir con ella. Ni él pudiera disponerse a semejante obra, si no fuera con inspi-

ración y particular auxilio de la gracia divina. Y fué traer agua corriente de nueve o diez leguas de allí, sacándola de muy pequeños manantiales y de parte (al parecer humano) mucho más baja que adonde había de correr, y metida entre cerros y barrancas. De cuya empresa se pueden ponderar tres cosas notables. La primera, su admirable ingenio e industria con que hizo obra tan insigne, segura y perfecta, sin haber aprendido en su vida aquel oficio. La segunda, su extremado ánimo con que emprendió lo que grandes señores con buenos maestros dificultaran de emprender; mas todo lo suple la caridad. La tercera, su increíble perseverancia con que pasó adelante, y duró diez y seis años o más en esta obra, teniendo muchas contradicciones para ella, no sólo de seglares, mas también de los frailes, que se lo atribuían a temeridad, y decían que consumiría los indios de aquella provincia con el trabajo, y al cabo no saldría con su empresa. Empero él salió con ella, y proveyó de muy escogida agua a la provincia de Otumba y a la de Cempoala, en cuyos términos halló su origen, dejando alcantarillas de trecho a trecho por todo el caño para provisión de todos los convecinos. Los cinco años de los arriba dichos se detuvo en edificar un altísimo puente o arco por donde pasase el agua, sobre una honda y ancha barranca, que se puede contar entre las obras señaladas del mundo. Allí edificó para su habitación, por el tiempo que durase la obra del arco, una devota ermita dedicada a la Natividad del Señor, y la llamó Santa María de Belén, donde decía misa y doctrinaba y consolaba a los indios de la obra. En ella no tuvo otro compañero durante los cinco años, sino un grande gato

pardo que cazaba de noche en el campo, y al amanecer traía a su amo la caza que había hecho de conejos o codornices, como yo lo vi por mis ojos haciendo allí noche algunas veces de paso. Vivió después de esto Fray Francisco muchos años, y fué guardián del convento de la ciudad de los Angeles y de otras partes, y difinidor de la provincia, siendo siempre amado de todos, súbdito y prelado, por su religiosa y agradable condición y conversación. Al cabo de su vejez lo visitó Nuestro Señor con los regalos que suele enviar a sus muy particulares escogidos, privándolo de la vista corporal poco más de un año antes de su muerte, con que fué bien ejercitado y purificado, mediante la virtud de la paciencia, que la tuvo como otro Job o como otro Tobías, señaladamente en una ocasión ordenada del demonio, que puso en corazón a un fraile lego algo falto de juicio, que le servía, que lo matase, sin más causa de que por estar ocupado con el bendito viejo, no lo enviaban fuera de casa como antes solían. Y así, una noche, con achaque de quitarle un paño que tenía en el cuello, le dió en la garganta una cuchillada con un cuchillo, queriéndolo degollar como a un cordero; sin advertir el santo viejo a su mal intento, mas que pareciendo que le cortaba, le dijo: "Mirad, hermano, lo que hacéis; Dios os perdone, que creo me cortáis la garganta." Turbado con estas palabras el fraile, lo dejó. Y aunque la llaga abrió respiradero, no permitió el Señor que de ella muriese, antes fué curado y sano por entonces, puesto que se entendió le abrevió los días de la vida. El malhechor fué recluso, y el viejo bendito con mucha instancia rogó por su libertad, como otro San Esteban por los

que le apedreaban, aunque por secretos juicios de Dios, el desventurado lego vino a parar en lo que Judas, porque *abiit, et laqueo se suspendit*. Corre el caño del agua que este siervo de Dios trajo a Otumba, por distancia de ciento sesenta mil cuatrocientas noventa y seis tercias, que son más de quince leguas, por los muchos rodeos que lleva. Pasa por tres puentes que edificó en tres barrancas; la primera, de cuarenta y seis arcos; la segunda, de trece; la tercera, de sesenta y ocho tercias.¹ El arco de en medio tiene de altura ciento veintiocho y de hueco sesenta. Murió este siervo de Dios en la santa vejez, y sepultóse en el convento de la ciudad de los Angeles.

1 Así el MS.; mas parece haber error, y que debe leerse *arcos* en vez de *tercias*. Puede haber también alguna omisión del copiante, entre *sesenta y ocho* y *tercias*, puesto que si se suprimiera esta última palabra, sustituyéndola con *arcos*, faltaría en la línea siguiente la designación de la unidad a que se refieren las medidas. J. G. I.

FRAY FRANCISCO DE TORAL

Fray Francisco de Toral fué natural de Ubeda, y en su tierna edad se abrazó con el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión del padre San Francisco en la provincia de Andalucía. Con celo de la salvación de las almas vino a ésta del Santo Evangelio, donde vivió con mucho ejemplo y observancia de su regla. Fué el primero que aprendió la lengua popoloca (dificultosísima de aprender) y la enseñó a otros frailes, y la puso en arte y método para más facilitarla. Aprendió también la mexicana y trabajó en ambas lenguas fidelísimamente en la provincia y comarca de Tecamachalco. Bautizó allí gran número de popolocas y mexicanos, y plantó en ellos la doctrina y fe cristiana, y púsolos en policía lo mejor que pudo. Fué electo en custodio de esta provincia del Santo Evangelio para el capítulo general que se celebró en Salamanca el año de mil quinientos cincuenta y tres. Anduvo la mayor parte de España buscando religiosos observantes y celosos del bien de las almas, para obreros de esta viña del Señor, y siempre a pie, con un pobre hábito de sayal, remendado, con que

dejaba muy edificados a todos los religiosos de los conventos por donde pasaba. Dió la vuelta a esta Nueva España el año siguiente de mil quinientos cincuenta y cuatro, trayendo consigo treinta y seis religiosos. Pocos años después fué electo en décimo ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, el cual oficio ejercitó con común aprobación y contento de todos sus súbditos, porque los gobernó con mucha discreción y madurez. En acabando su oficio, fué luego electo en primer obispo de Yucatán, porque aunque primero había sido electo otro de la misma orden, llamado Fray Juan de la Puerta, no llegó a su obispado. Aceptó esta dignidad el siervo de Dios, constreñido por la obediencia, y por no haber en aquel obispado otros ministros del Evangelio sino solos religiosos de San Francisco, y por el deseo que tenía de ayudar a los naturales, a los cuales siempre tuvo entrañable afición de verdadero padre. Antes de consagrarse partió otra vez para España a negocios que se le ofrecieron, de donde volvió a su obispado consagrado. Al cabo de algunos días, deseando la quietud de su celda, y de enterrarse entre los santos religiosos que en esta provincia del Santo Evangelio había conocido, renunció muchas veces el obispado. Y este deseo (puesto que no se le aceptó la renunciación del obispado) quiso Nuestro Señor se le cumpliese, porque viniendo de Yucatán a México a algunos negocios, estando aposentado en el convento de San Francisco, acabó el curso de esta vida, y enterróse en medio de la capilla mayor de la iglesia vieja, en el mes de abril del año de mil quinientos setenta y uno.

FRAY DOMINGO DE AREIZAGA

Fray Domingo de Areizaga, natural de Villarreal, pueblo conjunto a Legazpi en la raya de Guipúzcoa, desde su niñez se crió en la ciudad de Vitoria, donde tomó el hábito en el convento de San Francisco de aquella ciudad, siendo mozo de mucha simplicidad, como los hay y se crían en aquella tierra. En ordenándose de misa, pasó a esta Nueva España el año de mil quinientos cincuenta y cuatro, con deseo de emplearse en la obra de la viña del Señor. El comisario que lo trajo (que después fué obispo de Yucatán, Fray Francisco de Toral, primer evangelizador de la nación popoloca), conociendo la bondad y virtud de este mancebo, lo escogió y llevó consigo a la provincia de Tecamachalco (que es de los popolocas), para que aprendiese aquella lengua, como de hecho la aprendió en breve tiempo, y sabida, fué enviado al estudio, donde comenzando desde los primeros rudimentos de la gramática latina, hasta concluir el curso de la sagrada teología, salió en pocos años tan buen letrado, que por su suficiencia en letras, acompañada con la perfección de su religiosa vida, los prelados superiores

le encomendaron en veces la visita de otras provincias, y en ésta del Santo Evangelio fué difinidor y provincial dos veces, con suma aceptación de los religiosos y españoles. En la lengua bárbara que aprendió, fué de los que mejor la supieron, y en ella trabajó muchos años confesando y predicando y rigiendo en lo espiritual a los nuevos convertidos. Muchas y muy escogidas virtudes pudiera relatar quien supiera mejor que yo considerar las de este siervo de Dios, así para el ornato de su persona, hábito y profesión, como para los oficios que ejercitó de prelado. Demás de ser humilde, sincero, afable y benigno con todos, fué tan honesto por todo el espacio de su vida, que no se pudo sospechar de él palabra ni pensamiento que maculase la integridad de su limpieza. No sabía tratar cosa de burlas, ni podía oír lo que era ajeno de verdad y razón, además de que nunca se le oía palabra que tocase a la honra del prójimo. Era de grandísimo secreto, tanto, que con traer compañero o secretario, en extremo arreado (entre otras muchas) de esta virtud del secreto y silencio, nunca escribía carta a sus súbditos sino de su propia mano, porque entendiesen todos que no comunicaba con otro alguno las cosas que tocaban a sus frailes, por leves que fuesen. Mostróse observantísimo de la santa pobreza y obligaciones de su regla. Nunca usó más vestido ni calzado del que por ella es concedido; en el andar a pie fué extremado, con ser los caminos de sus visitas tan largos y continuos, tanto que el achaque de esto le hubo de acabar la vida. Porque la segunda vez que fué provincial, por ser ya hombre mayor y corpulento, le quedó una hinchazón o tumor en un pie, que entendiendo en cu-

V I D A S F R A N C I S C A N A S

arlo, lo llevó a la sepultura, con suntuosísimo acompañamiento de todas las religiones y alguna clerecía, hallándose presentes a él el virrey y dos obispos, el uno de los cuales hizo el oficio, habiendo primero besado los pies al siervo de Dios difunto, y otros muchos se los besaron, teniéndolo por hombre santo y morador del cielo. Fué su muerte llorada con particular sentimiento, confesando todos a una voz, ser muy notable la falta que hacía su persona a las cosas de su religión y a la satisfacción del pueblo. Quedó su cuerpo depositado al pie de la grada del altar mayor de la capilla de San José, a la parte del Evangelio, hasta que se acabe la suntuosa iglesia que se va edificando en el convento de San Francisco de México, donde murió siendo guardián.

...y cantidad de vida. Podría decir de sus
...que hizo de él un
San Francisco, que pudo haber pasado años en
...hombre. Luego en llegando a esta tierra leyó un
curso de artes y teología con tanta asiduidad, destreza,
gracia y aplicación de los ojos y de los demás hono-
res de los mejores tiempos, como uno de los más fa-
mosos y distinguidos doctores del mundo. Y no hay de
que repantarse por esto, pues el Espíritu Santo (que es
el maestro, y se considera sabiduría), abre la boca de los
muñecos y hace fluir y desmenuzar las lenguas de los niños.
Antes que ocupado en sus ejercicios, que pueden no que-
dar tiempo para tratar las necesidades corporales. Tenía
más horas de ociosidad mental (que era su principal y conti-
nuo ejercicio), y componía juntamente unos comentarios

FRAY MIGUEL DE GORNALES

Fray Miguel de Gornales fué natural de la isla de Mallorca. Vino a esta provincia del Santo Evangelio el año de mil quinientos cincuenta y cinco, de edad de veintiocho años, varón (aunque tan mozo) escogido entre millares en ciencia y santidad de vida. Puédese decir de este angélico varón lo que Alexandre de Ales solía decir de San Buenaventura, que parecía no haber pecado Adán en aquel hombre. Luego en llegando a esta tierra leyó un curso de artes y teología con tanta autoridad, destreza, gracia y aprobación de los oyentes y de los demás hombres doctos de aquellos tiempos, como uno de los más famosos y consumados doctores del mundo. Y no hay de que espantarnos por esto, pues el Espíritu Santo (que en él moraba, y es verdadera sabiduría), abre la boca de los mudos y hace facundas y elegantes las lenguas de los niños. Andaba tan ocupado en sus ejercicios, que parecía no quedarle tiempo para tomar las necesidades corporales. Tenía seis horas de oración mental (que era su principal y continuo ejercicio), y componía juntamente unos comentarios

que cada día daba a sus discípulos, por ser el texto de Orbello que leía, muy breve, los cuales comentarios o escolios, por estar llenos de mucha erudición e ingenio, los tienen muchos en grande estima y precio. Leía sus lecciones, y tenía cada día sus normas y repeticiones y componía otros tratados de mucha sustancia, lo cual (como otro Paulo) podía bien hacer en aquel que lo confortaba. Celebróse en aquella sazón capítulo provincial en el convento de Huexotzingo, y como viniese a él de las partes de Jalisco el santo viejo, ya ciego, Fray Antonio de Segovia, y oyese la fama del bendito mancebo, comunicóse con él. Conociéronse ambos los espíritus inflamados en el amor divino y quedaron con deseo de comunicarse más por entero y de más cerca. Persuadió entonces el santo viejo al bendito mozo que fuese a las partes de Jalisco, que allá haría gran servicio a Nuestro Señor y más fruto en las almas, por haber allí más falta de ministros. Condescendió Fray Miguel a la persuasión del viejo, y dióle la palabra que si la obediencia se lo mandase, iría de buena voluntad. El prelado superior, que gustaba de favorecer las partes más necesitadas, solicitado del viejo Fray Antonio, dió una obediencia a Fray Miguel para que en acabando de leer la teología fuese por morador a Michoacán, que entonces era custodia y contenía en sí las partes de Jalisco, y así lo cumplió. Fué cosa maravillosa cuán breve aprendió dos lenguas, la mexicana y la tarasca, porque en muy pocos días que acá se detuvo, acabado el curso que leía, entendió la mexicana, y por los caminos iba confesando en ella. La tarasca supo bien, dentro de ochenta días después que llegó a Micboacán,

con la cual acudía a las necesidades espirituales de los naturales con tanta caridad y fervor de espíritu, que parecía un ángel de Dios en la tierra. Mas ¡ay dolor!, que la muerte derribó las esperanzas que todos tenían concebidas de su ciencia y religión. Acabó el curso de esta vida muy mozo para condenar nuestro descuido, porque (como dice el Espíritu Santo) el justo muerto condena los vivos malos, y la juventud difunta del mancebo santo, arguye y acusa la larga vida y mala del pecador. Murió en el convento de Pátzcuaro, de la provincia de Michoacán, donde yace su santo cuerpo sepultado.

FRAY GARCIA DE SALVATIERRA

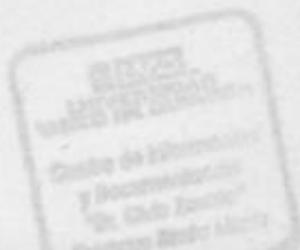
Fray García de Salvatierra fué natural de un pueblo del mismo nombre, que cae en Extremadura. Su padre era hijodalgo, aunque labrador y hombre del campo y de buena hacienda. Según parece, no tenía hermano varón, porque muertos sus padres (siendo él todavía mozo) quedó con la casa, y acogía en ella a los frailes de San Francisco, como lo hicieron sus padres, que eran hermanos de la orden. Dotóle Dios de una sincerísima ánima desde su niñez, con que no tuvo pensamiento de casarse ni aficionarse a las cosas del mundo, mas de vivir llana y simplemente, ocupándose en la labor de aquella hacienda que le había quedado, hasta la edad de treinta años, poco más o menos. En aquel tiempo fué tocado de la mano del Señor y llamado para el estado de perfección con santas y particulares inspiraciones que recibía su espíritu, a las cuales él respondió sin dilación con toda prontitud y brevedad, determinando de dejar el mundo y entrar en alguna religión donde sirviese a Dios y salvase su ánima. Mas conociéndose por ignorante e insuficiente para elegir el estado que para este efecto le

convenía, acordó dos cosas: la una, hacer una romería para pedir a Nuestro Señor lo alumbrase en el camino que había de tomar para agradarle más, y la segunda, aconsejarse con personas de ciencia y experiencia que se lo enseñasen. Y para lo primero, se ofreció una de las solemnidades en que en la ciudad de Jaén se muestra la santa Verónica, y ésta escogió al mozo García para su romería, y la cumplió con algunos trabajos que pasó en el camino. Y para lo segundo, viendo a un letrado que le pareció buen hombre, dióle dos reales porque le diese parecer, y dijese en qué orden podría ser religioso y salvar su ánima. El letrado le respondió que le parecía lo más acertado ser fraile en la orden de San Jerónimo, que es abastada de lo necesario, donde sin la inquietud de buscarlo, tendría seguro de vestir y comer, y no en orden mendicante, como la de los frailes menores, donde todo era penuria y miseria, y donde había de andar distraído, buscando lo necesario para si y para los otros frailes. De esta respuesta no quedó satisfecho García, y pasando su camino adelante, aposentóse en un mesón para dormir una noche, donde llegó juntamente un pobre, que le dijo: "Hermano, si hubieres de ser religioso, entra en la orden de San Francisco y serás pobre perfecto, y no te faltará cosa alguna, porque dondequiera que llegares hallarás lo necesario a la vida humana, y sin cuidado de caballos irás donde te envíaren, y escoge el estado de lego, que es el más seguro." Esto le cuadró mucho al buen García, y sin más detenerse dejó la hacienda en poder de una hermana que tenía, y fué a pedir el hábito al provincial de la provincia de San Miguel (que es la de Extremadura), que como ya lo conocía, se lo

dió luego. Esto contó él mismo al último guardián que tuvo, preguntándole de su vida pasada y la manera de su conversión. Y añadió más, que siendo recién profeso lo envió su guardián cierto camino a acompañar otro fraile, donde halló cumplido lo que aquel pobre le había dicho, y en el Evangelio se lee, que al pobre evangélico sin llevar talega, ni zurrón, y yendo descalzo, no le faltaría lo necesario. Porque como perdiesen el camino y llegasen ya de noche cerca de un arroyo que de fuerza habían de pasar, y no se atreviesen a pasarlo por correr con mucho ímpetu, estando pensando qué harían en aquella necesidad, vieron buen trecho de sí una candelada o fuego en una cabañuela de pastores, y determinaron de irse a ella, aunque no veían camino por donde guiarse, y con ser esto así, e ir ellos descalzos, no les empecieron infinitas púas de juncos que por allí había, ni cantidad de mastines que con furia salieron a ellos para morderlos y herirlos. Llegados a la choza, fueron muy bien recibidos de los pastores, que estaban haciendo migas y cociendo leche para su cena, los cuales por su venida doblaron la ración. Y visto esto, el Fray García dió muchas gracias a Nuestro Señor, por haber visto cumplido lo que el pobre le había dicho, que a doquiera que llegase hallaría lo necesario, atribuyendo todo lo que se ha dicho al merecimiento de su compañero. Al cabo de algunos años, habiendo sido portero en los conventos de Hornachos y Alcántara, lo enviaron sus prelados con otros religiosos que venían a reformar a los frailes de la isla de Santo Domingo. Y porque no tuvo efecto la reformatión, por causas que para ello hubo, Fray García con un sacerdote llamado

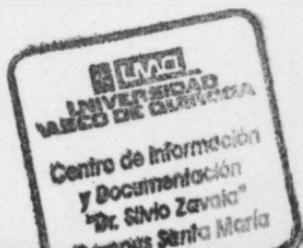
Hernando Pobre, se vino a esta provincia del Santo Evangelio, donde residió muchos años en diversos conventos. Y donde más tiempo estuvo fué en el de Toluca, sirviendo principalmente de portero, a causa de haber siempre en aquella casa estudio. Era Fray García tan pobre en el uso de las cosas, tan abstinente, humilde, sufrido y mortificado, y tan perfecto en toda virtud, que desde que pasó a estas partes, de todos los que lo conocieron y conversaron, siempre fué tenido por hombre santo, verdadero imitador del padre San Francisco. Entre todas las virtudes que en él resplandecieron, su caridad se señaló más, la cual tenía con todos, y particularmente con los pobres y enfermos. En la oración y contemplación era continuo sin cesar, que nunca Dios se apartaba de su memoria. Y así decía él cuando alguno le preguntaba qué hacía: "Amar a Dios con continuo pensamiento." Y esto confirmé pocas horas antes que muriese, diciendo: "Sabe Dios que le he procurado amor desde que lo conozco, con continuo pensamiento." A esta causa andaba como transportado y absorto, que no atendía ni respondía a lo que le decían, especialmente en el lugar de su ordinario asiento, que era en el tránsito de la portería. Allí lo vió un religioso agustino, llamado Fray Luis Ramos (que entonces era huésped en aquel convento de Toluca, y salía a la portería), arrebatado en éxtasis con el rostro encendido como un fuego, y aunque le habló, no le respondió ni sintió salir de casa. Y lo mismo dijo haber visto en veces el organista del convento, llamado Juan de Vargas Becerra. Con los seglares que acudían a la portería a sus negocios, siempre hablaba de Dios y lo mismo con los frailes dentro

de casa, y ninguno le oía hablar palabra ociosa, sino todas de edificación. Muchas veces le oían cantar, así de día como de noche, andando arrebatado en Dios, estas palabras: "Señor mío Jesucristo, para siempre seáis bendito de mí y de todo espíritu." Como su sinceridad era extremada, y no menos el respeto y obediencia que tenía a su prelado, instigaban los frailes a su guardián que le preguntase cosas de su vida pasada, por curiosidad de saberlas y alabar a Dios en la santidad de su siervo (porque realmente lo tenían por santo, sin hallar cosa de que le pudiesen tachar), y él respondía simplemente a lo que su prelado le preguntaba aunque algunas veces con turbación y temor, si era cosa que le podía acarrear propia alabanza. En especial, preguntándole una vez acerca de su virginidad, si la había guardado toda su vida, turbóse no sabiendo qué decir, y por no mentir, no respondió otra cosa sino que sabía Dios que le había sido fiel en su amor. Esta fidelidad mostró Dios haberle sido acepta, obrando cosas maravillosas por medio de este su siervo. Morando en el pueblo de Tehuacán, que es tierra cálida y hay gran copia de hormigas, eran notablemente molestas al santo Fray García en la oficina del refectorio, porque no dejaban cosa que se pudiese comer, según la mucha cantidad que cargaba de ellas sobre cada cosa de lo que allí se ponía. No pudiendo sufrir esto el siervo de Dios, mandóles por obediencia con grande sinceridad, que se fuesen y no entrasen más allí, lo cual ellas cumplieron inviolablemente, que aunque llegaban a la puerta de la oficina, ninguna de allí adelante se vió entrar dentro. Esto me contó a mí muchos años antes que Fray García muriese, su guardián, que

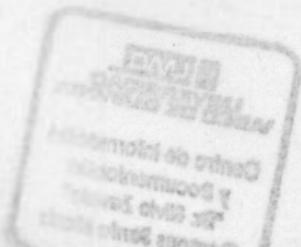


a la sazón era en Tehuacán, siendo mi guardián en Tlaxcala, hombre de toda verdad y muy esencial religioso. Y como este milagro era tan notorio, preguntóle después su guardián (morando el siervo de Dios en Toluca) cómo había desterrado las hormigas de la oficina de Tehuacán, a lo cual respondió Fray García, que viéndose afligidísimo por no poder guardar cosa de comer en aquella oficina, un día, con esta aflicción, hizo oración a la gloriosa Santa Ana, pidiéndole fuese intercesora para que se viese libre de aquella plaga. Y luego confiado en Dios se levantó y mandó a las hormigas que se saliesen fuera todas sin quedar alguna, y no entrasen más allí. Y me parece que movidas de aquella obediencia se salieron luego todas fuera y nunca más volvieron, aunque llegaban a la puerta y a la ventana. Y que de esto se había de dar la gloria (después de Dios) a la gloriosa Santa Ana. Cuando iba a morar a aquel convento de Toluca, le tomó la noche en una visita de Coyoacán (que ambas son villas del marqués del Valle), y la iglesia de aquella visita es de la vocación de la bienaventurada Santa Lucía. A la mañana cuando quiso partir de allí para proseguir su camino, no le fué posible descubrir un indio que lo guiase y le llevase cierto hatillo que traía consigo. Y estando afligido (porque se hacía tarde y temía que había de llover y no podría hacer jornada), púsose en oración delante del altar de la santa, y le pidió le socorriese en aquella necesidad. Hecha su oración, salió a la puerta de la Iglesia que mira hacia el camino real, y vió venir por él hacia sí dos indios de gentil disposición, y llegados junto a él, les preguntó de dónde eran y a dónde iban. Ellos le respondie-

ron que eran de Toluca, y para allá iban. Rogóles entonces Fray García que lo guiasen y le llevasen aquella ropilla, pues pesaba poco y ellos iban descargados, lo cual de muy buena voluntad hicieron. Llegados a Metepec (donde hay monasterio), una legua de Toluca, Fray García los acarició, habiéndoles preguntado sus nombres y el barrio donde tenían sus casas, y lo uno y lo otro le dijeron. El siervo de Dios les dijo luego que le esperasen y les sacaría algo que comiesen, y entróse dentro dejándolos a la puerta. Volviendo luego prestamente para despedirlos, no los halló. Llegando a Toluca inquirió por sus nombres y barrio que le dijeron, mas tampoco los pudo descubrir. Instando Fray García sobre esto, y preguntando por ellos muchas veces, le contó a su guardián lo que le había pasado con ellos. Y añadió que vivía con este dolor de no haberlos hallado, para agradecerles y satisfacerles la caridad y buena compañía que le hicieron, dando gracias a Santa Lucía que oyó su oración. Mas puesto que Fray García no lo declarase así, todos los que supieron, tuvieron por entendido que aquellos fueron ángeles enviados de Dios para aquel ministerio, como el ángel San Rafael para acompañar al mozo Tobías en su viaje. Porque si fueran indios, aguardaran la comida y se hallaran sus nombres y barrios. Y también parece cosa extraordinaria, llegar al tiempo y punto de aquella urgente necesidad. Mandado Fray García por su guardián que dijese lo que había visto un día de difuntos que fué a acompañar a un sacerdote llamado Fray Juan de Castroverde, dijo todo temblando (porque como era humilde, temía alguna vanagloria o loor propio), que había visto antes que se co-



menzase la misa de aquel día, toda la tierra cubierta de una como neblina, que (según pareció) eran ánimas del purgatorio. Y que en comenzándose la misa, como suele la neblina huir con la presencia del sol, así comenzaron las ánimas a irse subiendo hacia el cielo, de que él quedó maravillado, y alabó a Dios en sus grandes misericordias. Un vecino de Toluca, llamado Miguel González, dió testimonio de que llegando él a la portería de aquel convento, rabiando de dolor de muelas, de que andaba notablemente atormentado, el siervo de Dios Fray García le preguntó qué era la causa de su venida y la pena que traía. Y que comunicándole su dolor, el santo varón le puso un dedo sobre todas las muelas, con que se sintió luego sano, y nunca más le volvió el dolor. Doña Ana de Reinoso, mujer de Nicolás de Robles, dijo también, que llegando ella en días de parir, a la portería del dicho convento a pedir confesor, y estando allí sentada y triste, llegó el santo Fray García, y habiéndole ella rogado que la encomendase a Dios, el santo le respondió que no tuviese pena, que el día siguiente a la hora que él esto le decía, habria parido un hijo, lo cual sucedió así como lo dijo. Al sindico del mismo convento de Toluca, llamado Francisco Rodriguez Magallanes, habiéndosele muerto la primera mujer, le dijo que no casase segunda vez, porque padecería muchos trabajos, y que vería la justicia por su casa y le llevarían a su mujer sin poderlo remediar. Mas él, no curando de lo que el siervo de Dios le decía, dos años después le sucedió todo lo susodicho, que la justicia le sacó la mujer de casa, sin saber él la causa porque había pedido divorcio, y esto contó él con lágrimas



a un religioso. Habiendo pestilencia, de que morían muchos niños, fué este varón santo con un sacerdote a un obraje de un español, llamado Juan García, y todos los niños que le sacaron para que los bendijese y tocase con sus manos, vivieron, y los demás casi todos murieron. Contó esto el dicho Juan García y otros españoles. Algunos días antes que muriese estuvo muy inquieto en la cama, y de cuando en cuando se levantaba con sobresaltos sobre ella, diciendo: “¡Ea! ¡ea!”, como quien riñe con alguno, y dos o tres días antes que expirase, habiendo estado una noche en extremo inquieto, después de las dos se levantó con gran furia, diciendo las mismas palabras: “¡Ea! ¡ea!”, con más prisa que la de antes y dió en las tablas de la cama un muy gran golpe, y dijo en alta voz: “Caído ha el espíritu”, con lo cual se tornó a acostar, quedando muy sosegado, y lo estuvo hasta que dió el alma a Dios. Fué esto, lucha que el siervo de Dios tuvo con el adversario enemigo nuestro, que le debía de tentar; mas con la ayuda de Dios, el demonio quedó vencido y el santo Fray García sosegado y victorioso. Al tiempo de su muerte se cumplió lo que él algunos días antes había dicho: que no moriría desacompañado. Y fué así, que como los religiosos del convento (por ser Cuaresma) andaban fuera confesando los indios por las visitas, vinieron todos al convento sin ser llamados, en un mismo día. Y queriéndose otra vez partir para volver a su obra, les fué forzoso tornar del camino para hallarse en su muerte, que fué un día a las tres de la tarde, año de mil quinientos noventa y uno. El pueblo todo, sin ser convocado, se juntó a ver muerto al que siempre tuvieron por santo, y lo vie-

ron sin comparación muy más hermoso que cuando vivo, y más tratable y blando su cuerpo que antes, y lo estuvo otro día siguiente después de haber estado toda una noche sobre el suelo frío. Y no sólo tratable, mas aún caliente, según lo afirmaron muchos españoles, que sin podérselo estorbar los frailes, llegaron con sus manos a sus pechos y espaldas, habiéndole rompido el hábito y llevado sus pedazos por reliquias. Pasados diez meses después de su muerte, estando el guardián del convento ausente, el presidente que en su lugar quedó, teniendo muy gran deseo de ver aquel cuerpo santo por su devoción, hizo abrir la sepultura y hallólo entero, convocó a todo el convento para que lo viesen y alabasen al Señor. Estaba sin corrupción alguna: los ojos enteros; los cabellos y barba como cuando murió, tan pegados, que con mucha dificultad le pudieron arrancar algunos. La ternilla de la nariz y las orejas sanas y buenas, que tirando de ellas no había manera de dar de sí, y el hábito y capilla no estaban podridos, ni en la sepultura había algún género de mal olor. De casi todo lo arriba dicho, que pasó en Toluca en vida y muerte del varón santo Fray García de Salvatierra, dieron testimonio seis sacerdotes, firmado de sus nombres.

FRAY HERNANDO POBRE

Fray Hernando Pobre o de la Puebla tomó el hábito de religión en el reino de Portugal, en la muy religiosa provincia de la Rábida, donde fué guardián por sus méritos y religión. Y pareciéndole que aunque en la dicha provincia se podía vivir con mucha observancia de la regla (como siempre allí se ha hecho), mas con todo, advirtiéndole en lo que dice San Gregorio, que no hay sacrificio más acepto a Dios que el celo de las almas, como muy celoso de ellas, se vino a esta provincia del Santo Evangelio, donde vivió como muy santo y perfecto religioso. El santo varón Fray Alonso de Escalona (cuya vida arriba hemos contado) daba testimonio de él, diciendo que era uno de los más perfectos religiosos que había en la orden de nuestro padre San Francisco. Y era tan riguroso en su penitencia, que siendo (como dicho es) guardián en la provincia de la Rábida, no podían sufrir tanto rigor los que con él moraban. Fué varón de profunda humildad, mortificado en la guarda de sus sentidos, dado a los ejercicios espirituales,

en especial a la devota oración y altísima contemplación, por las cuales virtudes muchas veces se arrobaba, quedando por espacio de tiempo extático y como muerto, sin algún sentido. Andaba tan arrobado y elevado en Dios, que siendo hebdomadario (como nosotros decimos) o semanero, para comenzar el oficio y cantar la misa conventual, muchas veces se acababa de cantar la nona, y no se acordaba de irse a vestir hasta que lo llamaban. Y después de haber dado muchos golpes a la puerta de su celda, salía como adormecido y fuera de sí. Y vistiéndose en la sacristía, muchas veces se iba al altar con sola el alba, si no le advertían de ello los que presentes se hallaban. Morando este santo varón en el convento de Jalapa, y estando una noche en oración en el coro, entró allí otro religioso, y vió en él una luz y claridad como si fuera de día, y no sabiendo lo que fuese, se tornó a salir con alguna turbación y espanto. Otro día siguiente, el santo Fray Hernando preguntó a este religioso a qué hora había ido al coro la noche pasada, y si había sentido o visto alguna cosa. Con lo cual aquel religioso entendió ser el siervo de Dios el que estaba en el coro al tiempo que él entró en él, y por quien había allí tanta luz y claridad. Un hombre vecino del pueblo de Tlalmanalco, vió muchas veces arrobado y fuera de sí por espacio de dos horas a este siervo de Dios, y de intento se iba tras él al coro en acabando de oír su misa. Y afirmaba este hombre, que cuando estaba en el raptó este santo varón, con ser feo de rostro, se le tornaba tan hermoso, que era contento mirarle. Morando en la provincia de Jalisco, en tiempo de

unos grandes terremotos que hubo en aquella tierra, se cayó el convento de Amacueca, donde moraba, y cayó sobre él una viga y mucha tierra. Sacáronlo de allí tan molido y quebrantado, que de ahí a tres días dió el alma al Señor.

FRAY DIEGO DE GUADALCANAL

Aunque ha habido en esta santa provincia otros frailes letrados de quien justamente se pudiera hacer memoria, como de fray Jerónimo servos de Dios, concluyo este tratado de los otros varones de esta provincia del Santo Evangelio con la vida de Fray Diego de Guadalcanal, lego, por haber sido en muchas cosas semejante al bienaventurado San Diego de Alcalá, pues ya tenemos que en el nombre concuerdan y en el estado de lego, y fueron también pastores de una misma parroquia: a saber, el uno de San Nicolás, pueblo cerca de Chantecista, y el otro de Guadalcanal, y en la vida y la muerte fueron semejantes también, como aquí veremos. Tomó el hábito Fray Diego de Guadalcanal en el convento de México, y fue de los primeros que en esta provincia profesaron. Y como de su natural era hombre simple y sin malicia, de la que el siglo a sus hijos enseña, y se cría con santos religiosos, perseveró en aquella simplicidad por todo el discurso de su vida (que fue poco menos de sesenta años) en el hábito de la religión, sirviendo a aquellos primeros evangelizadores de esta santa Iglesia con grandí-

FRAY DIEGO DE GUADALCANAL

Aunque ha habido en esta santa provincia otros frailes legos de quien justamente se pudiera hacer memoria, como de muy conocidos siervos de Dios, concluyo este tratado de los claros varones de esta provincia del Santo Evangelio con la vida de Fray Diego de Guadalcanal, lego, por haber sido en muchas cosas semejante al bienaventurado San Diego de Alcalá, pues ya tenemos que en el nombre conforman y en el estado de legos, y fueron también naturales de una misma comarca y tierra; es a saber, el uno de San Nicolás, pueblos cerca de Constantina, y el otro de Guadalcanal, y en la vida y la muerte harto semejantes también, como aquí parecerá. Tomó el hábito Fray Diego de Guadalcanal en el convento de México, y fué de los primeros que en esta provincia profesaron. Y como de su natural era hombre simple y sin malicia, de la que el siglo a sus hijos enseña, y se crió con santos religiosos, perseveró en aquella simplicidad por todo el discurso de su vida (que fué poco menos de sesenta años) en el hábito de la religión, sirviendo a aquellos primeros evangelizadores de esta nueva Iglesia con grandí-

sima fidelidad y ejemplo de vida, ayudándolos a destruir ídolos y a plantar la fe del Evangelio con el talento que el Señor le había comunicado. Fué amigo de los pobres, y tuvo siempre cuidado dondequiera que estaba de darles de comer, y los socorría en sus necesidades. Era devoto y dado a la oración y recogimiento, y muy observante y amigo de la santa pobreza. Tenía dichos y consejos saludables con que persuadía a la virtud a sus hermanos los frailes y a los seglares que lo trataban, como amigo y celoso de lo bueno y enemigo de lo malo y vicioso, y a veces los ponía por escrito, porque más se dilatasen las fimbrias de su caridad. Visítolo el Señor (como lo usa hacer con sus escogidos) al cabo de sus días, siendo de edad de más de ochenta años, y morando en mi compañía en el convento de Tepeaca, con una enfermedad de las graves y recias que un cuerpo humano puede pasar, siendo (como fué) de sola una mano, como la que le dió y acabó al bienaventurado San Diego, de postema o nacido en un brazo. Mas la enfermedad de este siervo de Dios Fray Diego, fué cosa nunca vista ni conocida en cuerpo humano, como lo afirmaron el médico y cirujano que lo curaron en la ciudad de los Angeles, hombres muy expertos en sus oficios, y así no le supieron dar nombre. Era una carnosidad que se le crió en el envés de la mano, a la manera de clavo, que lo trajo atormentado por espacio de dos años, en que se le dieron muchos cauterios de fuego y se le hicieron otras curas penosísimas, que aunque parecía quedaba sano, volvía luego a criar aquel clavo, hasta que le horadó y abrió la mano de una parte a

otra, y finalmente le llevó a la sepultura, porque fué necesario irle cortando los dedos de la mano uno a uno, y al cabo toda ella. Fué tanta la paciencia del siervo de Dios en este su trabajo, que el médico y cirujano estaban admirados, y no lo podían curar sin lágrimas, llamándolo otro San Francisco, porque nunca le oyeron quejar ni decir otra palabra en los cauterios y tormentos, sino "Jesús María". No menos quedó edificado de su paciencia el enfermero, el cual dió testimonio que por todo el discurso de ésta su enfermedad, le sintió que traía grandísimas batallas con el demonio, porque pasando de noche por delante de su celda descuidado, al servicio y necesidades de los otros enfermos, le oía hablar como si platicara con otra persona. Y parándose a escuchar a la puerta, entendía que confutaba al demonio las cosas que le ponía delante, haciendo cuenta de su vida y en lo que había ofendido a Dios, y alegando que de aquello ya había hecho penitencia, y que Dios era misericordioso. Y a otras cosas respondía, que aquello lo había hecho por la obediencia, y no tenía para qué darle a él razón de ello. Otras veces parecía que lo tentaba en las cosas de la fe, y esta tentación dice un padre sacerdote que había mucho tiempo que padecía, porque morando los dos juntos en un convento, le vió andar inquieto sobre esto, e ir muchas veces al coro de noche, donde protestaba delante del Santísimo Sacramento que creía todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia. Esto protestó más de veras al tiempo de su muerte, recibiendo todos los sacramentos con grandísima devoción, como la tuvo en vida, no dejando de oír todas

J E R O N I M O O D E M E N D I E T A

las misas que se celebraban en la iglesia de San Francisco de la ciudad de los Angeles todo el tiempo de su enfermedad, hasta que murió bienaventuradamente en el Señor, y está sepultado su cuerpo en el mismo convento.

INDICE

Advertencias	v
Prólogo	vii
Fray Martín de	1
Fray Juan de	37
Fray Juan de	41
Fray Pedro de	43
Fray Francisco de	49
Fray Martín de S. Catalina	57
Fray Juan Soler	59
Fray Antonio de Ciudad Rodrigo	61
Fray Tomás Monreal	65
Fray García de Cisneros	69
Fray Luis de	71
Fray Juan de	73
Fray Francisco	77
Fray Andrés de	81
Fray Juan de	83

157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

Fray Juan de Zambrana
Fray Andrés de Olmos
Fray Diego de Olarte
Fray Juan de Alameda
Fray Juan de San Francisco
Fray Alonso Rengel
Fray Bernardino de Sahagún
Fray Jacobo de Tecto
Fray Miguel de las Gamobilias
Fray Alonso de Escalona
Fray Marcos de Niza
Fray Jacinto de San Francisco

Págs.
—

Advertencia	v
Prólogo	vii
Fray Martín de Valencia	1
Fray Juan de Tecto	37
Fray Juan de Aora	41
Fray Pedro de Gante	43
Fray Francisco de Soto	49
Fray Martín de la Coruña	57
Fray Juan Suárez	59
Fray Antonio de Ciudad Rodrigo	61
Fray Toribio Motolinía	65
Fray García de Cisneros	69
Fray Luis de Fuensalida	71
Fray Juan de Ribas	73
Fray Francisco Jiménez	77
Fray Andrés de Córdoba	81
Fray Juan de Palos	83

	Página
Fray Juan de Zumárraga	85
Fray Andrés de Olmos	99
Fray Diego de Olarte	111
Fray Juan de Alameda	117
Fray Juan de San Francisco	119
Fray Alonso Rengel	129
Fray Bernardino de Sahagún	133
Fray Jacobo de Testera	137
Fray Miguel de las Garrobillas	141
Fray Alonso de Escalona	143
Fray Marcos de Niza	155
Fray Jacinto de San Francisco	157
Fray Juan Fucher	163
Fray Antonio de Huete	167
Fray Martín Sarmiento de Hojacastró	171
Fray Juan de Gaona	179
Fray Francisco de Tembleque	183
Fray Francisco de Toral	187
Fray Domingo de Areizaga	189
Fray Miguel de Gornales	193
Fray García de Salvatierra	197
Fray Hernando Pobre	207
Fray Diego de Guadalcanal	211
69	
71	
73	
77	
81	
83	

EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,
BAJO LA DIRECCIÓN DE FRANCISCO
MONTERDE, FUÉ IMPRESO ESTE
LIBRO QUE ILUSTRÓ JULIO PRIETO.



BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO